



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año VI. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Sordo, núm. 39, principal. **Madrid 24 Setiembre de 1862.** Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. **Núm. 14.**

DIRECTOR PROPIETARIO. DON EDUARDO ASQUERINO. (COLABORADORES. Espanoles. Sres. Amador de los Rios (José) Alarcon (Pedro Antonio). Alcalá Galiano (Antonio). Arias Miranda (José). Aree (Gaspar Nuñez). Aribau (Buenaventura). Sra. Avellaneda (Gert. de). Sres. Asquerino (Eusebio). Auñon (Marqués de). Ayala (Adelardo Lopez de). Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Benavides (Antonio). Bueno (Juan José). Borao (Gerónimo). Bona (Félix).	Sres. Breton de los Herreros (M) Borrego (Andrés). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martin (Pedro). Campanor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.) Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A.) Castro y Serrano (José). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustin). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escozura (Patricio de la).	Sres. Estévez Calderon (S.) Estrella (Gabriel). Fernandez Guesta (Nem.). Ferrer del Rio (Antonio). Fernandez y Gonzalez. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Forteza (Guillermo). Garcia Gutierrez (A.º) Gayangos (Pascual). Gener (José). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Mariano de la Paz) Güel y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Llorente (Alejandro). Lopez Garcia (Bernardo). Larrañaga (G. Romero).	Sres. Lasala (Manuel). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Luna (Luis Garcia). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Barc.º Martos (Cristino). Mora (José Joaquín de). Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Olozabal (Lúcas). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Perez Calvo (Juan). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Ribot y Fonsere (Ant.º).	Sres. Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivas (Duque de). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.º). Rodriguez y Muñoz (Tib.º). Rosa Gonzalez (J. de la) Ros de Olano (Antonio). Ramirez (Javier de). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Saco (José Antonio). Sagarminaga (Fidel de). Sanchez Fuentes (Eugenio). Seigas (José). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio María). Salvador de Salvador (José). Trueba (Antonio).	Sr. Vega (Ventura de la). Valera (Juan). Viedma (J. A.). Portugueses. Sres. Almeida Aburquerque. Bordallo (F. M). Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Castello Branco (Camillo). Castilho (Antonio F. de) Coelho de Magalhaes) César Manchado (Julio). Carvalho (Tomas de). Herculano (A.). Latino Coelho (J. M.). Lobato Pirés. Magalhaes Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Oliveira Marreca (Ant.).	Sr. D'Oliveira Pimentel (J. M) Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Rebello de Silva (L. A.). Rodrigues Sampayo (A.). Silva Tullio (Ant.º da). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Visconde de Gouvea. Americanos. Alberdi (J. Bia.). A. Alemparte (J.). Bello (Andrés). B. Vicuña Mackenna. Caicedo (J. M. Torres). Corpancho (Nicolás). Gana (Guillermo B.). Gonzalez (Marcial). Lastarria (J. U.). Llorente (Sebastian). Matta (Guillermo)..
--	---	---	--	--	--	---

SUMARIO.

Revista general, por M.—Italia y Garibaldi, por D. Emilio Castelar.—Sueños.—De la nobleza considerada como elemento político, (conclusion) por D. Antonio Benavides.—Los economistas modernos, (artículo primero) por D. José Joaquín de Mora.—De la Novela, (artículo tercero) por D. Antonio Alcalá Galiano.—La supresion del tráfico de esclavos africanos, (continuación) por D. José Antonio Saco.—Roma y Francia, por D. Jacinto Beltran.—Isla de Cuba: última Memoria, por D. José de la Concha.—Las reformas en la Isla de Cuba, por ***—Aspromonte.—Sueños.—Dicha comprada, por doña Joaquina García Balmaseda.

LA AMÉRICA.

REVISTA GENERAL.

Todavía no consta que se haya embarcado la totalidad de las fuerzas imperiales destinadas a pacificar y civilizar la república mejicana. Las noticias que de aquella region nos llegan están impregnadas de una insuperable monotonía. Que el gobierno de Juárez se hace cada día mas impopular y molesto; que cada día son mas opresivas y tiránicas sus medidas; que sus ejércitos están disueltos y hambrientos y desnudos; que los franceses han fortificado á Orizaba, donde desafían todo el poder de sus adversarios, y cuyas salidas son otros tantos triunfos obtenidos sobre las fuerzas de la república—tales son los temas obligados de los periódicos franceses, de donde los copian todos los de las naciones extranjeras. Sin embargo, Lorencez no se atreve á dar un paso fuera de los muros de la ciudad, ni enviar á la costa un correo, sin un batallón de escolta. Las guerrillas son bastante numerosas para tener sitiada por hambre á Veracruz. En la correspondencia interceptada por estas partidas, se han encontrado cartas de oficiales franceses en que se quejan de las privaciones y penalidades que sufren. Dicen que las tropas están á media ración: que carecen absolutamente de forraje para los caballos: que el descontento contra lo que se llama el gobierno de Almonte crece de día en día; que ninguna población importante se había declarado en su favor; en fin, que si no llegaban muy pronto los socorros prometidos, la división Lorencez desaparecería por sí misma, sin necesidad de que los mejicanos la hostilizaran. Parte de estos asertos se hallan con-

firmados por los diarios ministeriales de Madrid, no obstante su conocida adhesión al gobierno imperial. Según algunas correspondencias de París, la tardanza en el embarque de la expedición ha consistido en el aumento proyectado de las fuerzas que han de componerla. Parece que se trata nada menos que de un ejército de 40,000 hombres, lo cual confirmaría la noticia recientemente propagada sobre un cambio radical en los designios del emperador. Méjico, según este nuevo programa, se trasformaría en colonia francesa, ó, á lo menos, en estado nacional bajo el protectorado del imperio. Esta solución sería lo que mas podrian apetecer los enemigos de la Francia. Méjico es un sumidero de dinero y de hombres, algo mas hondo y algo mas voraz que Argelia, y aun suponiendo posible la ocupación de las diez y ocho ó veinte ciudades importantes que lucen en su territorio, desde Sonora hasta Campeche, y desde Veracruz hasta Acapulco, no por esto podrian afianzar su dominio los invasores, ni mantener sus comunicaciones expeditas, ni extinguir los focos de insurrección que por todas partes se formarían, ni mucho menos trasformar en ciudadanos sumisos, trabajadores y sedentarios, á centenares de millares de hombres acostumbrados al merodeo, á combates diarios, á una cerril independencia y al desprecio de toda autoridad y de toda disciplina.

Lo que podría inclinarnos á creer en la realidad de este proyecto es el aislamiento en que se halla colocado el gobierno francés en esta cuestión. Uno de sus órganos en la prensa había dicho, no hace mucho tiempo, que la Francia resolvería por sí sola la cuestión militar, y, una vez vencido este obstáculo, la cuestión política se resolvería de comun acuerdo con las potencias que firmaron el tratado de Londres. Tenemos muy fundados motivos para creer que Lord Palmerston se ha hecho el sordo á esta invitación, y, en general, puede asegurarse que los ingleses miran con invencible repugnancia todo lo relativo á la intervención en aquellos negocios. Lejos de oponerse á la ocupación, y, si quier, á la conquista de aquel territorio por los franceses, no se abstienen de expresar su satisfacción al ver á sus caros aliados comprometidos en tan árduo empeño. Acaban de acreditarlo, permitiendo que las tropas expedicionarias establezcan sus campamentos en la Jamaica, como si abrigasen el convencimiento de que este favor es uno de aquellos que se vuelven contra el que los recibe. En opinión de los ingleses, su gobierno no pasará mas adelante de la línea que ha seguido hasta ahora, y que se reduce á exigir la reparación de los agravios y pérdidas que á sus súbditos se infligan. Desearíamos que el gabinete español adoptase este mismo sistema, ya que la noble resolución del general Prim ha cortado de raíz los incalculables males que nos habría acarreado la permanencia de

nuestros soldados en aquellas fatales regiones. Los diarios ministeriales piensan de distinto modo, y no cesan de abogar por nuestros intereses en Méjico, y, lo que es todavía mas extraordinario, por los intereses de nuestra raza. Estos escritores confunden deplorablemente la raza con la nación. ¡Qué! Porque hay en aquel país familias que se llaman Sanchez y Gutierrez, ¿hemos de considerarlas como hermanas nuestras, como ligadas con nosotros por los mismos vinculos que nos ligan con los Sanchez y Gutierrez de las Castillas ó de las Asturias? La raza es un carácter etnológico: nada tiene que ver con la política. La raza no es una clasificación tan clara y distinta, que pueda conservar perpetuamente su fisonomía especial y sus idénticas facciones. Sería de ver que los franceses quisiesen intervenir en los negocios del Canadá y de la Luisiana, solo porque son innumerables las familias de raza francesa establecidas en aquellos países. Por nuestra parte, y de acuerdo en esta opinión con todos los buenos españoles, no podemos mirar sin la mas viva satisfacción el abandono que hemos hecho de una empresa, á la que nunca deberíamos haber contribuido. Era para nuestro gobierno una obligación sagrada proteger á nuestros verdaderos compatriotas establecidos en aquel territorio, y exigir satisfactorias reparaciones de los agravios y violencias de que habían sido víctimas. Todo esto se habría conseguido con el bloqueo de los pocos puertos de mar que la República posee en los dos Océanos. Los diarios á que hemos aludido, quieren mucho mas, y para colmo de inconsecuencia, el hombre en cuyo favor se pronuncian sus simpatías, el hombre cuyo gobierno apoyan nuestros compatriotas en Méjico, ni siquiera pertenece á la raza española. Ese hombre es indio.

De todos los pormenores que contienen los periódicos de la América del Norte sobre la guerra entre separatistas y unionistas, el único suceso importante que hemos deducido, es la unión de los ejércitos mandados por los generales Mac Cellan y Pope. Estos cuerpos obraban separadamente, con el objeto de atacar á sus contrarios por dos puntos distintos. Pero sus pérdidas han sido tan enormes, sus derrotas tan frecuentes y de tanta magnitud, y tan hábiles y acertadas las operaciones de los confederados, que aquellos dos jefes han reconocido la imposibilidad de sostener en su estado de separación una lucha desigual, que terminaría probablemente en una corrida como la de Bulbrun. Es verdad que los federales se consuelan con la esperanza de que dentro de poco sus tropas podrán atacar á sus contrarios, no ya por dos, sino por tres puntos: mas para ello necesitan que el gobierno les envíe refuerzos, y estos solo pueden proceder de la quinta sancionada ya por la legislatura. Ahora bien: esta palabra quinta ha producido un efecto mágico; ha enfriado de pronto aquel

ardiente patriotismo, origen de tan portentosos esfuerzos y tema de tan elocuentes proclamas y discursos. Todo hombre expuesto a sacar un número fatal de la urna se apresura a salir del territorio, a despecho de las órdenes severas del gobierno y de la vigilancia de sus agentes. Los periódicos del Canadá contienen datos muy interesantes relativos a la inmensa emigración que se acoge a sus fronteras, y que a las últimas fechas, contaba ya muchos millones de individuos. Esta acumulación de brazos útiles había producido la baja del precio del jornal en la orilla izquierda del San Lorenzo, y entre tanto los extranjeros acudían por pasaporte a los respectivos cónsules, y los buques destinados a los puertos de Europa, no podían dar cabida a los innumerables descuentos que pedían pasaje. Los enganches voluntarios habían cesado de un todo.

Se ha observado con bien fundada extrañeza que, mientras los federales han prodigado, por medio de la prensa, noticias oficiales y particulares sobre los movimientos de sus ejércitos, sus victorias, sus medidas legislativas y demás asuntos relativos a la guerra pendiente, han sido tan escasos los datos, que, sobre estos mismos puntos, han lanzado al mundo el gobierno y los Estados del Sur. De esta reserva no creemos que deba inferirse ninguna consecuencia desfavorable a la causa de la separación, y tiene además la ventaja de no penetrar los planes estratégicos, cuyo buen éxito depende en general del secreto. En este momento, nada se sabe en Europa acerca de la deuda del gobierno de Richmond; de la exacta posición de sus ejércitos; de los sacrificios impuestos a la población, ni del carácter y modo de proceder del gobierno que Jefferson Davis preside. Lo que se sabe es que, con una población inferior en número a la de los Estados del Norte, los del Sur, sin los excesos de prodigalidad de que ha hecho uso el presidente Lincoln, han puesto en campaña ejércitos más numerosos que los de sus rivales, los han vencido en frecuentes ocasiones y han contrariado todos sus designios y movimientos. Esto basta, sin duda, para conocer el patriotismo y la decisión con que los separatistas han sostenido la lucha; pero no suministra apoyo bastante para calcular su probable duración. Si, como carece de duda, los federales están agotando sus últimos recursos en hombres, en dinero y en crédito, los confederados, con menos población, y con menos ingresos en su tesoro, deben hallarse actualmente en grandísimos apuros. Ahora por primera vez, poseemos un documento oficial emanado de aquel gabinete, y su contexto puede suministrar alguna luz sobre los puntos enigmáticos que hemos indicado. Este documento es el mensaje dirigido a las cámaras por el presidente Jefferson Davis, en cuya redacción se nota desde luego un gran contraste con el lenguaje que el presidente de la federación emplea en semejantes ocasiones, ya que no contiene aterradoras amenazas, ni jactanciosos asertos, ni lisonjeras promesas de felices resultados. La última proclama de Lincoln anuncia un aumento de 600,000 hombres en el ejército. No tiene otro recurso de que echar mano, como ya hemos dicho, para completar este número que la quinta; pero en Europa se ignoraba, y el mensaje nos lo revela, que la quinta existía en el Sur, desde el principio de la guerra, y que los habitantes se sometían a ella sin la menor demostración de oposición ó repugnancia. De esta conscripción han estado exentos los hombres de mas de treinta y cinco años. Ahora el presidente anuncia que las necesidades de la guerra le obligan a traspasar este límite, y a exigir nuevos sacrificios de la población. Lisonjeados por los recientes triunfos de sus armas, los Estados del Sur se prestaron gustosos a estas exigencias, con la esperanza bien fundada de asegurar en breve tiempo su independencia y su autonomía.

Al llegar a tratar de los asuntos de Europa, un solo hecho absorbe nuestra atención como la de todo el mundo civilizado, y ya han conocido nuestros lectores que este hecho es la catástrofe de que Garibaldi ha sido víctima. Encierra tantas complicaciones y anomalías este gran acontecimiento, que es difícil saber por dónde ha de empezar el que quiera analizarlo en sí mismo en su origen y en sus consecuencias. Desde luego salta a primera vista el contraste que presentan el héroe y sus perseguidores; los principios y los sentimientos que han animado al primero, y las torcidas intenciones, y los detestables sofismas con que los segundos han consumado su designio, y han procurado justificarlo a los ojos de la humanidad. Por una parte magnanimidad, desprendimiento, abnegación de toda mira personal, consagración a una causa identificada con la de la civilización, con la de la libertad y con la de la justicia; por otra parte, envidia rastrera y pueril, ignominiosas condescendencias, inmolation de la dignidad de un trono y de la vida de una nación; y, en el fondo de este cúmulo de miserias, una política pífida y embaucadora, sostenida por la fuerza brutal y por la mas vana y deleznable sofistería. Añádase a esta repugnante perspectiva el abuso escandaloso de palabras, cuyo verdadero sentido se procura oscurecer con fallos oroculares y con interpretaciones sutiles, y se tendrá una verdadera idea de la impresión que ha debido hacer en el ánimo de todo hombre recto el suceso de Aspromonte. ¿En qué ha consistido la culpabilidad de Garibaldi? En qué ha desobedecido a la autoridad. ó, lo que es lo mismo, en que ha infringido la ley. ¿Y qué! ¿No hay en el mundo moral autoridad superior a la de un decreto ministerial? ¿No hay ley superior a las que los hombres sancionan? Pues entonces ¿a qué se reducen la razón y la justicia? ¿Han de sacrificarse estos sagrados poderes a los depravados designios de la ambición y a las mezquinas y torpes maniobras de la diplomacia solo por que se parapetan con la palabra ley? Autoridades fueron Felipe II y Calomarde; Neron y el último régulo de Módena; leyes fueron la Inquisición y el tormento; los diezmos y las vinculaciones, y, en una palabra, si los hombres han de postrarse ante toda autoridad, solo porque lo es, y si han de perpetuar el dominio de la ley, por in-

justa y perjudicial que sea, renuncien a toda esperanza de mejora y de adelanto; den por sellado el libro del destino; riansede la perfectibilidad humana como de una falaz quimera, y condenen a perpétua execración los nombres de los grandes bienhechores de la especie humana, que han arrostrado los mayores peligros y la muerte misma solo por salvarla y hacerla feliz. Lo que ha hecho Garibaldi ha sido infinitamente menos culpable, bajo el punto de vista de la ley, que lo que hicieron en Madrigal los ricos hombres de Castilla; que lo que hicieron los fundadores de nuestras libertades modernas en las cabezas de San Juan; que lo que hicieron los dos Napoleones, el uno el 18 de Brumario, y el otro en 2 de Diciembre. En todos estos casos, la autoridad y la ley quedaron holladas bajo los pies de la insurrección y de la violencia. ¿Y los autores de tamaños crímenes han merecido aplausos, y han sido apoyados por los votos de las naciones, y Garibaldi está preso y va a ser juzgado! Garibaldi no ha sido un momento rebelde al monarca cuyo dominio ha consolidado y engrandecido. Su rebeldía ha sido contra un ministerio, incapaz de cumplir la palabra que mil veces ha dado a la nación, de resolver el gran problema de su unificación; contra un ministerio sometido a los dictados de un monarca extranjero; contra un ministerio impuesto por ese mismo monarca, y ciego instrumento por tanto de sus miras. Garibaldi ha querido hacer lo que ese ministerio debería haber hecho y no podrá hacer jamás. Garibaldi ha querido derrocar el ministerio Ratazzi, como los hombres de Vilcálvaro derrocaron el ministerio San Luis. Estos y otros infinitos hechos semejantes que llenan las páginas de la historia, prueban que en el código moral de las naciones, el criterio de las acciones humanas, consiste generalmente en el éxito. Lo que es crimen en unos casos, es virtud, es heroísmo en otros. El trono ó el cadalso. Luis Napoleon sucumbe en Estrasburgo y en Boulogne; Luis Napoleon triunfa en París. Si de este modo y con estos principios se juzgasen las acciones humanas, en las clases medias é inferiores de los pueblos, la existencia de la sociedad seria un imposible.

En el caso de Garibaldi, han concurrido circunstancias que dan todavía un carácter de mas intensa odiosidad a la persecución que se le suscita. No solo su objeto era el mismo de Victor Manuel; no solo se proponía hacer a Victor Manuel rey de toda Italia (que no lo es todavía), como lo hizo dueño de Nápoles y Sicilia, sino que estaba autorizado para creer que el gobierno de Turin aplaudiría su segunda expedición, como aplaudió la primera. ¿Qué significación tenia su nombramiento, expedido por Ratazzi, de organizador del tiro nacional en toda Italia? ¿Por qué no se le mandó salir de Sicilia, inmediatamente que se tuvo noticia de lo que en aquella isla estaba haciendo, en lugar de dejarlo obrar libremente, por espacio de dos meses largos, si no con la convivencia, al menos con la tolerancia de las autoridades? ¿Estaban ciegos y sordos los dos hijos del rey, de quienes no se separó durante la mansión de estos príncipes en Sicilia, y que presenciaron las ovaciones de que Garibaldi era objeto, y oyeron sus arengas, y vieron los primeros armamentos, y no podían ensordecirse a los gritos y aclamaciones que en torno del héroe resonaban? Y, ¿por qué tanta impasibilidad? ¿Por qué tanta inacción? Porque aún no había salido de las Tullerías el formidable *quos ego*. ¿Qué papel está haciendo Victor Manuel en el mundo! Victor Manuel no es un monarca: es un prefecto. El representante de la libertad de Italia, es hoy el flexible instrumento del que le ha quitado la mejor perla de su corona. Otra joya mas preciosa le ha quitado: su prestigio; el eminente puesto que ocupaba en la region del patriotismo y de la libertad de Italia: pérdida irreparable, en la escasez de hombres eminentes que aqueja a las sociedades modernas.

¿Y qué es entre tanto de la cuestion de Roma? En otra ocasion lo hemos dicho, y no tenemos motivo para retractar nuestro aserto: la cuestion de Roma está resuelta, y la ocupación indefinida de aquella ciudad por las tropas francesas, es el principio fundamental de la política imperial en los negocios de la península. Por si acaso se había olvidado este propósito, el periódico de París la *France*, fundado quizás con el único objeto de inculcarlo en el convencimiento de las naciones, no pierde ocasion de proclamar el fallo pronunciado contra la libertad de Italia, y de quitar toda esperanza a los que aguardan que se realice. Es verdad que la *Patrie* y el *Constitutionnel* se esfuerzan en alimentar estas esperanzas, y que estos periódicos, como el primero, salen del mismo origen, y escriben lo que el mismo hombre les manda. Por medio de este trivial manejo y de estas evoluciones propias de un saltimbanqui, procura el gobierno francés halagar al mismo tiempo a los liberales y a los reaccionarios. Los franceses se rien de este tira y afloja; comprenden su objeto, y le aplican los versos de su inmortal fabulista:

*Arriere ceux dont la bouche
Souffle le chaud et le froid.*

Los franceses saben que aunque el Emperador quisiera hacer libre y una a la Italia, en lo que nunca ha pensado, todo su poder, todo su orgullo, toda esa firmeza de temple que se le atribuye, se estrellarían en la incontestable muralla que el clero le opondría. El clero francés, sabio, virtuoso, asiduo y ejemplar en el cumplimiento de sus deberes, dueño absoluto de las conciencias y de la opinión de la gran mayoría de la nación, que es la que vive en los campos y en las ciudades pequeñas, ese clero decimos, está cada día mas aferrado a sus simpatías favorables al dominio temporal del Papa, a la legitimidad de los Borbones napolitanos; cada día se muestra mas enemigo del reino de Italia, y mas esperanzado en el restablecimiento de lo que hemos visto desaparecer. El clero *tolera* la existencia del Imperio, con la condicion de que sostenga al Papa en Roma, y si *non, non*. Las armas que tiene a su disposición no se rechazan con bayonetas

ni con cañones rayados. Se bate con icteos, no con buques de coraza.

El gobierno de Turin ha merecido, por su reciente hazaña, las enhorabuenas de Mr. Thouvenel, y en verdad que, además de sus rigores con Garibaldi, se hace cada día mas acreedor al aprecio y a la benevolencia de los satélites del Imperio. Ya su policía va poniéndose a la altura de la de su protector y modelo. Ya está poniendo en práctica las medidas vulgares y pueriles del despotismo moderno: supresión de reuniones patrióticas, retirada de periódicos, arrestos arbitrarios, prohibición de manifestaciones inofensivas; en fin, todo el arsenal de recursos hostiles, recurso natural y lógico de un poder que pelea con la opinión general, y que tiene la conciencia de la justa desconfianza que inspira. ¿Es esta la Italia de Cavour y de Ricasoli? ¿Es esta aquella Italia tan lozana, tan expansiva, tan segura de su consistencia y de su vitalidad en los primeros días de su emancipación? Un solo hombre ha producido esta lamentable metamorfosis: el hombre que ha prometido libertar a Italia, y la esclaviza; el hombre que protege al Papa, y consiente en que se le arranque la mayor y mejor parte de su territorio; el hombre de cuyas amenazas se rie, y cuyos consejos y exigencias rechaza Antonelli; el hombre, en fin, que se hace pagar sus favores con provincias enteras, y deja al que era su deudor en sujeción humillante y en servil dependencia.

Que no desmaye por eso la noble, la ilustrada, la ya para siempre libre nación italiana. Los hombres pasan, decíamos en nuestro número anterior; las ideas y las convenciones se perpetúan. Las leyes físicas del Universo destruyen las esencias físicas; pero lo que reside en el alma no está al alcance de su poder aniquilador. En tiempo del célebre cardenal Richelieu, ministro universal de Luis XIV, había un clérigo en París que continuamente lo molestaba, pidiéndole una canongía. No pudiendo soportar tanta molestia, «no se cansa V. *monsieur L'Abbé*, le dijo un día el cardenal: mientras yo viva, no será V. canónigo.» «Pues entonces, eminentísimo señor, le respondió el abate, aguardaré.»

Ya saben los italianos lo que tienen que hacer: aguardar.

M.

ITALIA Y GARIBALDI.

I.

El siglo presente está destinado en los consejos de la Providencia a ver uno de los mayores milagros que registrará la historia: la resurrección de Italia. No hay dolor en el mundo que pueda compararse al dolor infinito de esa patria del genio; no hay lamento que, como su lamento, haya sido exhalado por un coro de artistas, y repetido por toda la sucesión de los siglos. Hora, ciertamente, era ya de que cesasen sus martirios, de que se cerraran los calabozos que habían atormentado a sus preclaros hijos, de que los genios italianos dejaran de ser una raza sin hogar, obligada a andar errante de nación en nación, y a morir lejos del amado cielo de la patria.

Subid con el pensamiento a contemplar lo que fué Italia en otros tiempos, y lo que ha sido en el presente siglo, y atónitos y confusos, apenas podéis medir los cambios de la suerte. Florencia, la madre del Dante, de Maquiavelo, de Galileo, apenas podía presentar mas que sus sepulcros y las elegías que, como otras tantas impreaciones, se elevaban sobre las cerradas losas de esos sepulcros al airado cielo, que no lucía ni con un rayo de esperanza. Milan, la ciudad de la corona de hierro, que codiciaron todos los poderosos del mundo, era un cuartel austriaco. Pisa, que con sus naves, unió el Oriente al Occidente; Bolonia, la primera ciudad que dió al mundo las tablas del derecho; solitarias y tristes, apenas veían mas que el peregrino extranjero que iba a renovar en sus sagrados muros antiguas memorias, ó a meditar sobre el dolor y la muerte en sus tristes cementerios. Nápoles, dormida al pié del Vesubio, entre flores y espumas, no era mas que la impura mancebía de los déspotas. Roma y Venecia, aquellas ciudades que dominaron, el mundo la una en la antigüedad, los mares la otra en la Edad Media, se ven holladas por extranjera gente todavía, como diciendo que no se ha concluido el martirio de Italia.

Y ya era hora de que la guerra cesase; de que no derramaran mas lágrimas las madres italianas ni mas sangre sus hijos; de que el genio allí tan solo destinado a entonar elegías y lamentos, tuviera aire para su voz y sus alas; de que dejara de ser el cuadrilátero como la bola de hierro puesta a los piés del cadáver; de que Venecia no viera pasar por sus celestes lagunas los bárbaros descendientes de Atila, ni Roma sintiera el hierro del imperio francés, clavado en sus llagas; de que Italia, la madre de los genios, la musa de las artes, sacudiera la ceniza de su sepulcro, y se levantara para abrir la era de la independencia de los pueblos y proclamar un nuevo derecho en el mundo. La Europa esperaba que sucediera así cuando comenzó la última guerra en Italia. La monarquía piemontesa, con la espada de la libertad en las manos; los ejércitos franceses, vencedores en Magenta y Solferino, renovando los grandes días de la república; el emperador de Austria forzado a guarecerse en el cuadrilátero; la mayor parte de los Estados pontificios, libres de la teocracia; los principes italianos en el destierro, los pueblos en los comicios; la revolución pasando de Génova a Marsala, y de Marsala a Palermo, y de Palermo a Nápoles, como el genio de la victoria; las ciudades italianas, olvidadas de sus antiguas guerras municipales, yendo a depositar sus coronas esmaltadas de bellisimos recuerdos en aras de la patria; el sufragio universal forjando aquella unidad con la cual soñaran tantos genios en toda la serie de los siglos; las mas grandes naciones, las que todavía prestaban culto a los antiguos principios del dere-

cho divino, forzadas á reconocer este milagro de la resurrección de un pueblo; tan grandioso espectáculo era parte á que creyéramos que la justicia divina estaba satisfecha y que la nación mártir, después de tantos siglos de tormentos, recobraba su independencia, su vida.

Ya no era Italia la tierra de los sepulcros. Los buitres que devoraban sus entrañas huían al primer rayo del sol de la libertad. Los pueblos maniatados se levantaban. Los hierros de las cadenas se convertían en espadas aperebidas á conquistar la libertad. Cerrábanse los calabozos donde agonizaran generaciones de mártires. Alzaba la tribuna el génio de la elocuencia y se oía el civilizador ruido de la imprenta. Las palabras «patria, libertad» llenaban aquellos aires impregnados de lágrimas, de sangre y de gemidos de esclavos. Una gran cruzada se alistaba para acabar esta obra, cruzada entusiasta y generosa que creía oír en los aires la voz de Dios, que la llamaba á la guerra santa, á la guerra por la patria.

Los grandes hombres, los que habían soñado con Italia, y habían escrito para Italia, y habían muerto por Italia, como que se despertaban de sus cenizas para ver esta nación que ellos quisieran avivar en vano mil veces, con ideas de su mente, con sangre de sus venas. Los pueblos oprimidos, descuartizados por los tiranos, palpitaban de esperanza. Un soplo de vida corría por todo el mundo, y secaba las lágrimas en las mejillas de los oprimidos. «Salud, Italia; salud, soldado de la libertad, decían á una todos los pueblos; Dios te bendice, Dios bendice tus armas, porque vas á pelear por el derecho, por la eterna causa del progreso.» Y la Europa se regocijaba de haber visto formarse de las cenizas de los muertos un gran pueblo.

II.

Porque Europa, el mundo civilizado se conmovían profundamente al ver la resurrección de un gran pueblo. Porque juzgaba que habían concluido los errores de Italia, la cual buscando siempre un cómplice extranjero á sus grandes levantamientos, cambiaba de dueño y añadía un eslabón mas á su pesada cadena. No nos cansaremos de repetirlo; el error de Italia, el que la ha seguido como una sombra maldita, y ha paralizado todos los movimientos de su vida, ha sido el de fiar á extrañas fuerzas la propia independencia, el de buscar un caudillo en extranjeras tierras donde solo podía encontrar un dueño. El pueblo italiano tenía fé en la virtud de su sagrado suelo, del que brotara la idea del derecho y la unidad material del linaje humano, y creía que con solo hollar su polvo sacratísimo, los déspotas se convertían en tribunos y los extraños en italianos. A esto se unía el sueño de su pasada grandeza que le obligaba á volver la vista atrás, á imaginar que eran posibles los tiempos heroicos de la antigüedad clásica, y á tomar por ideal de su esperanza las tinieblas de sus sepulcros, las sombras de sus héroes. Caído el imperio romano, Italia solo piensa en restaurarlo, y encarga su restauración al germano, al franco, al descendiente de los antiguos bárbaros. No era posible la independencia. En algunos momentos Italia al verse dueña del poder moral mas grande que han conocido los siglos, del pontificado, entrega al pontificado la custodia de su libertad. Pero esta institución, que no es solo italiana, sino universal; por su naturaleza, por su vocación en el mundo y en la historia, llama los extranjeros al suelo de Italia, y así no era posible la libertad. Cuando los italianos vieron que los dos grandes poderes universales á cuyo brazo habían fiado su defensa, eran impotentes, aisláronse en los muros de sus ciudades; y nació aquel feudalismo municipal que tanto brillo dió á su gloriosa historia. Es verdad que cada una de aquellas ciudades era un mundo; es verdad que Venecia exploraba el Oriente, que Génova y Pisa reinaban en el Mediterráneo, que Milan resucitaba la antigua cultura, que Florencia era como un nido de flores donde cantaba con voz no oída el génio italiano; pero también es verdad que, divididas entre sí aquellas ciudades, pugnaban, y con sus pugnas no era posible la unidad de Italia. Por la brecha del imperio entraba el germano, por la brecha de los municipios el francés y el español, por la brecha de la teocracia todos los extranjeros; é Italia, la tierra de la civilización, no era mas que un bazar de pueblos esclavos. El mal era tan profundo, tan duradero, que á principios del siglo, un gran poeta que personifica y como que condensa los dolores, la desesperación de Italia, ve entre el polvo de los combates, entre las nieblas del Norte, la juventud italiana peleando, no por el propio hogar ni por sus hijos, sino por sus enemigos, por sus déspotas, en extranjero suelo, sin que le fuera dado exhalar, al caer en la batalla, el grito que debe consolar al que muere por su patria:

*Alma terra natia
La vita che mi desti ecco ti rendo.*

¿Qué era necesario, pues, para impedir esta eterna servidumbre de Italia, para lograr la resurrección de este país, barrera opuesta á los insensatos proyectos de la Santa Alianza, y auxiliar seguro de los pueblos libres? Era necesario que Italia no confiase en el extranjero, sino en sus fuerzas, y que pensara con verdadero entusiasmo en su unidad. La unidad de Italia, única fuerza que puede salvarla; la unidad de Italia no ha sido posible por el odio del extranjero, por el feudalismo y el fraccionamiento municipal, y sobre todo, por la existencia en Roma de un poder cosmopolita, cuya idea humana, universal, exigía, en aras de la humanidad, el sacrificio de la patria. Y para realizar la unidad, soñada por tantos géneos, se necesitaban obras milagrosas, imposibles; vencer á Austria; arrojar de sus tronos á los proconsules austriacos; destruir, pulverizar la corona del rey de Nápoles; ahogar los recuerdos históricos de aquellos municipios gloriosos, ciudades aisladas que valían por muchas naciones; lograr que los viejos poderes europeos vieran, sin desvanecer sus espadas, el nacimiento de un gran pueblo; poner la mano sobre la autoridad mas sa-

grada, mas respetada del mundo, sobre aquella que simboliza la unidad del espíritu, la unidad del cristianismo, la unidad de la Iglesia, y obligarla á deponer su corona terrena; unir en una legión todos esos pueblos, desunidos por su historia, separados en mútuos odios por el egoísmo de sus viejos déspotas; y de esta suerte, por la victoria sobre tantos imposibles, hacer lo que no ha visto el mundo moderno en quince siglos, la Italia una, defendida por los Alpes, asentada en el Mediterráneo, anillo nupcial que une el Oriente y el Occidente; sagrada musa que transforma en grandes inspiraciones, en cánticos sublimes, todas las ideas del linaje humano.

Para lograr este grandioso fin los italianos atormentaban su pensamiento con toda suerte de proyectos. Unos creían que siendo la nación italiana la primera de las naciones por el poder moral que guarda en su seno, unidad maravillosa del mundo moderno, á ese poder moral debía confiarse la salvación de la península y su libertad. Esta idea se hizo hombre, se llamó Pio IX, y demostró en la piedra de toque de la experiencia no ser mas que una ilusión generosa. El pontificado no podía combatir con los austriacos porque los austriacos son hijos suyos como los italianos, y un poder imposibilitado de combatir con los eternos enemigos de Italia, si era universal, no debía ser exclusivamente italiano. Volvieron los ojos de los italianos cansados de llorar, á una monarquía que como nuestra monarquía de Asturias, se levantaba en los desfiladeros del Norte, que grababa en su bandera la redención de Italia, y que llamaba á una misma patria á todos los italianos. Pero esta monarquía que realizó grandes obras, é impulsó el movimiento nacional, ha caído en el error histórico que es la perdición de Italia. No confiando en sus propias fuerzas, si ha libertad parte de Italia del extranjero, ha sido para precipitarla á los pies de otro extranjero no menos alevé. Merced á esta gravísima torpeza, el problema de Italia se encuentra como en el siglo décimo-sesto, entre Francia y Austria; aquella, dueña de Niza y de Roma; esta, dueña del cuadrilátero y Venecia. Las sombras de Francisco I y Carlos V andan errantes todavía sobre el suelo de Italia empapado de sangre, y aparejado á continuar su eterna servidumbre. Como en el siglo décimo-sesto gran parte de Italia fia en el génio francés, y como en el siglo XVI el hombre que representa ese génio después de haber vencido en Solferino, de haber levantado tantas esperanzas en todos los pueblos, de haberse visto seguido de los italianos, aclamado por los húngaros y por los polacos, temido de los opresores de los pueblos, casi excomulgado por el Papa, vacila, tiembla, y va á caer á los pies del Austria y del Papa, y deja la cuchilla, que había querido levantar, hundida todavía en la garganta de la sacrificada Italia. ¿Dónde, pues, se encontrará la salud de Italia, ya que nada pueden ni el Papa, ni Francia, ni el Piemonte en su favor? La salud de Italia está en sí misma. Italia no debe esperar su independencia del extranjero, funesto don que cuesta mas caro aun que la antigua servidumbre. Italia debe convertir el hierro de sus minas en armas, los árboles de sus bosques en chuzos, sus montañas en fortalezas, los campos patrios en campos de batalla, todos sus hijos en soldados, todas sus artes, su literatura, su música en un grito de guerra que atruene al universo, todas sus pasiones en odio inmenso, infinito al extranjero; y de esta suerte levantarse, y en uno de esos momentos sublimes que tienen los pueblos, y en los cuales no resisten nunca los tiranos, lanzar allende los Alpes á su eterno enemigo, fundar su independencia y su unidad, y deberse á sí misma una vida que será bendita, entre las naciones, como santificada por su preciosísima sangre, como adquirida por sus esfuerzos. ¿Y quién es el hombre que representa esta única salvación posible de Italia? Es aquél que desde niño se consagró á la patria; que, soldado de la libertad en todo el mundo, hizo amar el nombre italiano en todas las regiones donde puso sus plantas; que ofrecía su espada á todos los que intentaron pelear por Italia; que nada quiso para sí, y lo quiso todo para sus hermanos; que atravesó el Pacífico, el Atlántico y el Mediterráneo en pos de oprimidos á quienes defender; que sin armas venció á los primeros ejércitos del mundo arrancándoles las armas de las manos y repartiéndolas entre su gente; que soldado de mar en América, y de tierra en Roma, resucitó en sus proezas los héroes de Plutarco; que con mil compañeros de armas ganó un reino, y después de haberlo ganado, lo arrojó de sí, como una joya inútil; que, héroe, dictador, general, el primer hombre de su patria, se redujo á una isla donde cultivaba la tierra como Cincinato ó salvaba los naufragos perdidos en aquellos inhospitalarios mares; que reunió en sí todas las virtudes de su raza, la poesía, la inspiración, el amor á lo sublime, á lo imposible, la pasión por la naturaleza, la dulzura inocente del niño unida á la implacable cólera del guerrero; que ha derramado su sangre, como todos los reformadores, herido por los mismos á quienes quería salvar, para que ninguna aureola falte á sus sienes, ni la del dolor ni la del infortunio; héroe legendario que no merece su siglo, que no merece su patria. Y este hombre se llama Garibaldi.

III.

La historia de Italia en los tiempos modernos, exhala desde las primeras hasta las últimas páginas, un continuo gemido, un profundísimo sollozo. Su literatura es una lamentación eterna, la elejía del génio que llora sobre las ruinas de la patria. Sus grandes poetas han reproducido el infierno, el amor engañoso, la desesperación, las ruinas, los sepulcros, como si no hubiera en su corazón espacio, si no para el dolor, y en su habla voces, sino para el lamento. Los mismos escritores alegres, Boccaccio, Ariosto, Aretino, entristecen y apenan como el bufon que se ve obligado á reír y hacer reír cuando lleva negra noche en el alma. Italia es el país de la música, porque como este arte divino, expresa lo que no puede expresar la palabra humana; Italia confía á la música su

dolores. Por eso hay en sus cánticos una nostalgia eterna, un amor sin esperanza, una melancolía infinita, el eco de todo lo que pasa en el corazón de ese doliente y lacrimoso fantasma que llamamos Italia, enterrada viva como su Julietta por haber amado mucho.

Y, sin embargo, el primer país que ha pronunciado en el mundo moderno la palabra «patria» ha sido Italia. El primer país que ha tenido unidad de literatura, unidad de lenguaje, é idea de unidad nacional, ha sido Italia. «Italia» gritaba el Dante desde Florencia; «Italia» Petrarca desde Avignon; «Italia» Miguel Angel, cuando trasfigurado por los resplandores de su génio, llenaba el mundo de creaciones divinas; «Italia» Maquiavelo, desde los profundísimos abismos de su desesperación; «Italia» todos sus hijos; é Italia, sorda á tantos clamores, á tantos conjuros, no nacía, y era solo como el sueño del génio, una engañosa sombra. Y no han faltado á este país, el primero en concebir la idea de unidad, el último en realizarla, no han faltado á este gran país héroes decididos á sacrificarse en sus aras, y que han dado por ella su sangre. En el siglo XII, al primer albor de la libertad de pensar, nació Arnaldo, filósofo, soldado, monge, que quiso arrancar á Roma su cilicio, y devolverle el cetro de la tierra. Su idea fué su tormento y su martirio. En el siglo XIV, el hijo de un aguador de Roma, se elevó por su génio al tribunado y á la dictadura. Este audaz reformista, que, según Petrarca, hablaba como Cicerón, y obraba como Bruto, se apasionó de la antigüedad, en términos, que hasta su figura parecía como escapada de un bajo relieve. La antigua Roma, el Capitolio eran su ensueño, el Senado y la historia clásica su ideal, la libertad antigua su único deseo. Murió como todos los restauradores que en vez de invocar el génio de lo porvenir se empeñan en hundirse en las cenizas de lo pasado, murió viendo su obra despedazada entre sus manos. Ni la filosofía personificada en Arnaldo de Brescia, ni la historia personificada en Rienzi, pudieron salvar á Italia. ¿Podría la religión? En medio de las alegres fiestas del Renacimiento, se oía una voz plañidera que exclamaba: «haced penitencia, porque se acerca la hora de la muerte.» Esta voz era la de un fraile que la democracia contará siempre entre sus héroes y la libertad entre sus mártires. En aquellos tiempos en que la corte de Alejandro VI era como Sodoma; cuando parecía que acababan de resucitar en el Vaticano las costumbres de Tiberio ó de Calígula, y toda Italia se hallaba convertida en una inmensa voluptuosísima orgía por donde corrían mezclados la sangre y el vino; un santo, un profeta, uno de aquellos hombres elegidos de Dios que solo viven la vida del espíritu, produce un gran movimiento libre, pero religioso, en que parece que la conciencia humana revela de nuevo la ley moral á un mundo caído y decrepito, en que un soplo de vida pasa por la sociedad como si el aliento de Dios bajara para crearla de nuevo purificándola de sus crímenes; é Italia suspende por un instante su cántico, y sigue al que impulsaba tal movimiento, á aquel hombre, vestido de sayal, descalzo, macerado por el ayuno, que con una mano le muestra los ángeles exterminadores, descendiendo del cielo, á borrarla para siempre de la tierra, y con la otra el altar, la penitencia, como única salud en su irremediable perdición. La voz del monje aterra á todos; á los mercaderes de Florencia, porque predica el menoscabo al lujo; á los nobles, porque predica la igualdad; á Alejandro VI, porque predica la virtud; á los monjes, porque prefiere al capelo de cardenal la corona del mártir; hasta que, víctima de tantos odios, muere en la hoguera, maldecido del pueblo, á que consagrara su génio; apedreada aquella faz, en la cual se reflejaba el espíritu de Dios. De suerte, que Italia ha tenido en su defensa el génio del arte, el génio de la guerra, el génio del dolor, y todos han sido desgraciados como su patria. Y cuando, después de tantos siglos de padecimientos, las entrañas de Italia parecían estériles, ha nacido un héroe que brilla ya á nuestros ojos, con todo el privilegio de la poesía, con todos los mágicos encantos de la leyenda. Contéplmosle un instante.

IV.

No vamos á hablar de un poderoso, sino de un vencido, de un moribundo, de un génio que desaparece, herido por los mismos á quienes quería defender y salvar, y por cuya gloria y grandeza peleaba. Hoy que la muerte bate sus negras alas sobre el héroe, comienza el juicio severo de la historia, y se levanta al borde de su tumba entreabierta, la voz de la posteridad. La historia, la posteridad, dirán que no era un hombre de nuestro tiempo, sino uno de aquellos varones que esculpió, al espirar el mundo antiguo, como eterno ejemplo, como eterna enseñanza, la delicada mano de Plutarco, el escultor de los escritores. No hay en su carácter rasgo alguno, ni en su vida hecho que no sea propio de la leyenda, de la epopeya. Es el héroe de la tragedia clásica, que, cuando no puede presentarse en el mundo con grandeza, elevando su frente sobre todas las frentes, y haciendo obras maravillosas y extraordinarias, desaparece, se esconde, como para contraer su pensamiento á la meditación de alguno de esos proyectos gigantescos, que son superiores á las fuerzas de los hombres, y que parecen sueños de un poeta. Y es porque tiene todas las virtudes, todas las cualidades de su raza, el génio de aquella ciudad que dominó á todas las gentes, en virtud de que tenía algo de todas las gentes, en su carácter humano, cosmopolita. Garibaldi es poeta. Su pluma es la espada, y su poema es la Italia que él ha creado como no se atrevieran ni á soñarla siquiera sus preclaros hijos, libre y una. Garibaldi es, como el antiguo romano, amante de la naturaleza, donde encuentra el regazo que ofrece descanso á su inquieto pensamiento. Después de haber asombrado al mundo, aterrado á los déspotas, se retira á su isla, rompe con el arado la tierra, surca en su barquilla las ondas; es agricultor, navegante, y en esta vida tranquila no abandona á sus hermanos; y cuando los ho-

rizontes se oscurecen, y las mares se encrespan, se lanza a la tempestad para arrancar los naufragos a la muerte. Hay en él, sin duda alguna, ese espíritu de desinterés, de abnegación, de caridad que ha hecho todos los milagros que nos asombran en el mundo. Cuando la corrupción ha llegado a penetrar hasta los huesos de la mayor parte de los hombres; cuando solo se mueven por una hora de poder todos los repúblicos de Europa; cuando se cometen tantos crímenes y se vierte tanta sangre en aras de la ambición, del orgullo; cuando gobiernos pequeños, miserables, corruptores, poniendo precio a todas las conciencias, no encuentran conciencia que no se venda; cuando la imbecilidad en un punto, el vicio en otro, el perjurio y la traición ocupan el lugar que debiera estar reservado al genio y a la virtud, en este oleaje amarguísimo de bajas pasiones que todo lo mancha, entre este ejército de pretendientes que abren las manos para cojer empleos, condecoraciones, títulos; ver un hombre desinteresado que solo tiene la vida para sus semejantes, que solo ciñe espada para los pueblos, que levanta del polvo una corona y la arroja de sí como si le quemara las manos su contacto, que despues de haber sido dueño de la suerte de un pueblo conquistado a la libertad por la virtud sobrenatural de su genio, se retira sin un título mas para su nombre, sin una moneda mas en su peculio, sin una condecoración mas en su pecho, sin un palmo de tierra mas en sus pequeñas propiedades, satisfecho con su conciencia, pagado con el placer de dar la vida del alma a ocho millones de esclavos; ver un hombre tan grande, tan superior a las bajas ambiciones del mundo, es un consuelo que enjuga nuestras lágrimas de vergüenza y nos promete días de gloria, días de salud para la sociedad, capaz aun de engendrar tantas virtudes.

Mirad un instante su vida, que es la leyenda de nuestro siglo. No parece vida real, histórica, sino hechura de un poeta que ha atormentado su imaginación para crear maravillas. Nace en Niza en 1807. La Italia es un calabozo, en ella no pueden respirar los libres. Garibaldi huye de su nación; pero jurando no descansar un punto hasta libertarla de sus tiranos. El mar fué desde entonces como su patria. Allí, en la contemplación de lo infinito creció su alma, en la lucha con las olas su valor, y en el dominio sobre los vientos la conciencia de su libertad. Su estrella le llevó al Nuevo Mundo, region donde hay espacio, mucho espacio para las caballerescas empresas, para los titánicos trabajos de este Roldan de los pueblos. En la pampa inmensa, en los bosques inexplorados, entre aquella naturaleza que parece llevar en su grandeza las huellas de la mano creadora, seguido de sus camaradas, mártires como él de la libertad, que no tienen patria, se embosca en las selvas, se pierde en los desiertos, se lanza a los mares, atraviesa los ríos a nado, huella las cimas de los volcanes y las regiones de las nieves eternas; ya habita con el tigre, ya con el condor; y cuando parece perdido vuelve a las puertas de la ciudad que le ha confiado su defensa, cargado con los despojos de sus enemigos, con los trofeos de su victoria. Con quinientos hombres ha vencido un ejército; desde una lancha ha humillado una escuadra; como si él solo fuera una nación ha capitulado con las naciones. ¿Dónde había un tirano? Allí tenía Garibaldi un enemigo. Dígalos Rosas. ¿Dónde había un pueblo que peleara por la libertad? Allí tenía Garibaldi un hogar. Dígalos Montevideo, la Troya del Plata. Su corazón no ha tenido mas que un deseo, como su genio no ha tenido mas que una estrella; la libertad de los pueblos.

Y viene el año geneisico de 1848, y la Italia se levanta al grito de libertad. Una esperanza hace estremecer de gozo a todos los italianos. Los proscriptos vuelven a besar el polvo sagrado que contiene las cenizas de sus mayores. Garibaldi lo sabe, y abandona la América. Misionero armado de la libertad, pone en un barco familia, amigos, y se lanza a los mares, fiado en Dios, y en la causa que defiende. ¿Qué emoción podría compararse con la suya, al descubrir entre los celajes del Mediterráneo la amada Italia! Ignora todo lo que ha sucedido durante su larga y penosa travesía; pero desenvaina su espada y pregunta quién pelea por Italia. ¿Es Pio IX? Su espada está a las plantas de Pio IX. El Pontífice la rechaza. Garibaldi corre a buscar a Carlos Alberto. Este rey le rechaza también. No importa, Garibaldi no ha menester ni del rey ni del Papa. El encontrará armas donde quiera que encuentre enemigos, porque se las arrancará de las manos. El encontrará ejército donde quiera que haya hombres libres, porque les hablará el lenguaje de la libertad. El encontrará recursos donde quiera que haya madres italianas que anhelan la redención de sus hijos; porque compartirán con él su amargo pan. Y pelea solo con los austriacos, que le temen como si fuera el genio de Italia hecho hombre y pronto a tomar venganza de una esclavitud de quince siglos.

Mas en esto, la libertad, tantas veces ahogada, se levanta sobre las ruinas de Roma. Garibaldi corre a su defensa. Los romanos, al verle, creen que han resucitado sus antiguos héroes. En las Asambleas es un Camilo, en la plaza pública un Graco, en el campo de batalla un Mario. Tres naciones, de las mas poderosas del mundo, fueron necesarias para ahorrarlo. Cayó entre las piedras sagradas de Roma; pero con su sangre reverdecieron los antiguos laureles. Todavía la libertad italiana encontraba su último refugio en las claras lagunas de Venecia. Garibaldi, con los soldados que le quedan fieles, se propone una retirada que ha asombrado al mundo, aun despues de la retirada de los diez mil griegos. Entre ejércitos franceses y austriacos; pasando por poblaciones vencidas é inmoladas, por campos que el extranjero acaba de dejar yermos; acosado de sus perseguidores; sin recursos, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca; sabiendo que la fuga es imposible, y que caer en manos de sus enemigos, equivale a la muerte, llega incólume a recojer desde lejos en su pecho, el postrer suspiro de la libertad de Venecia. El viento contrario, y la adversa

suerte, le arrojaron de aquellas playas, y despues de haber despedido a los trescientos que le seguian, anduvo oculto por montes y por valles, burlando la vigilancia austriaca. En esta retirada perdió aquella mujer heroica que se le uniera en el Nuevo Mundo, que tuvo por hogar una barca perdida en el Océano; y por fiestas nupciales las batallas; ya abandonada por la varia suerte de las armas en el desierto; ya encerrada en oscurísimos calabozos; mujer heroica, que vivió al lado del héroe, entre el fuego de la guerra, siguiéndole siempre, contemplándole siempre, mientras la muerte se cernía sobre su frente, y aunque devorada por el dolor, alentándole a pelear, hasta que cedió a la debilidad de su sexo, y fué a morir, errante, sin hogar, sin patria, al mismo tiempo que moría la libertad en Italia.

Vencida su causa no parece sino que Garibaldi ha desaparecido del mundo. El hombre que había tenido tantas Repúblicas en sus manos, necesitaba para sustentar a su familia, darse a la arriesgada vida del mar. Capitaneaba un buque mercante, y aparecía, ya en la China, ya en el Perú, ya en Túnez, como si necesitara no descansar un punto, para que no lo consumiese el fuego de su actividad. Pero en 1859 le sorprende la noticia de la guerra de Italia. Al punto abandona el mar, sus naves, su comercio, y ofrece a Italia su espada. En tanto que los generales proyectan y arreglan sus planes de batalla, él corre a buscar los austriacos, y cuando creen estos no tener ningun enemigo enfrente, Garibaldi ha vencido su retaguardia. Los pueblos del lago de Como, le saludan como el nuncio de la libertad de Lombardia; los ejércitos de los despotas le temen, porque su presencia es para ellos una segura derrota. Ningun guerrero ha poseído en los tiempos modernos fuera de España, su prontitud y celeridad en los movimientos, su seguridad en los golpes, y su rapidez en la victoria. Es de esa raza de guerrilleros españoles, héroes de la independencia; raza que empieza en Viriato y concluye en Mina. Su expedición a las Dos Sicilias lo prueba mas que ningun otro hecho de su vida. Todo el mundo desconfia de aquella expedición; solo él tenía confianza en el genio de Italia. Con mil hombres se entrega a merced de las olas y de los vientos. Desembarca en Marsala y al ver no mas la sombra de su bandera corren a buscarle los pueblos. Va a Palermo y sucumben a sus pies los ejércitos de los despotas. Corre a Nápoles, y huye en su presencia la funesta sombra de la monarquía absoluta. Recoge del lodo la corona que una raza infeliz no ha podido sostener en sus sienas heridas para grandes remordimientos, y lo cede al hombre a quien creía el primer soldado de Italia. Ejerce la dictadura, y le falta tiempo para deponerla y abandonarla huyendo de los halagos de la fortuna ¡el! que nunca ha huido de los golpes de la desgracia.

En su isla es la providencia de todos. Cultiva el campo como el último de los jornaleros. Trabaja en el mar como el último de los marineros y de los pescadores. Cuando ya ha empapado con su sudor la tierra, tiende sus redes, y cuando sus redes se hallan henchidas de pesca, la reparte entre los pobres. En aquel retiro, en aquella soledad vive como la providencia para todos. ¿Cuantas veces el naufrago que ya había perdido toda esperanza le ha visto aparecer como un genio sobrenatural entre las olas y arrancarlo a los furiosos del mar! Y este hombre que ha sufrido tanto en su vida; que ha empeñado mil combates; que ha oído sin cesar el ruido de las armas y los ayes de los moribundos, tiene un amor tan grande a la naturaleza que muchas veces ha suspendido una marcha, por oír el canto del ruiseñor, ó por contemplar las estrellas del firmamento. Es el representante mas fiel de su raza. Es guerrero como Mario; orador y tribuno como los Gracos; amante de la libertad como Arnaldo de Brescia; apasionado de los antiguos recuerdos clásicos como Rienzi, religioso, místico como Savonarola, cosmopolita como César, indiferente a las honras del mundo como Cincinato, dispuesto el primero a arrojarse a la sima por su patria como Quinto Curcio, y para que nada falte a su leyenda, es desgraciado; y su fin, como el de todos los héroes, como el de todos los hombres tocados por el dedo de Dios en la frente, es el fin del genio, la desgracia y el martirio, última corona que le faltaba para brillar sobre todos los hombres de su siglo. Guerrero, navegante, tribuno, vencedor, dictador, Washington de su raza, creador de un pueblo, místico, religiosísimo, siempre con la idea de Dios en la mente; orando como los héroes de la Edad Media entre las batallas; convertido en un niño despues de la victoria; hombre que resiste el fuego de cien ejércitos y no puede resistir a una lágrima de una mujer, puede decirse que es el único hoy en Europa que tiene el temple heroico que necesita el alma humana para que Dios la crea digna de sublimarse en el sacrificio.

V.

¿Y será verdad que este hombre se halla herido, preso, moribundo, maniatado por los italianos, que sin él no tendrían patria? ¿Es verdad que Cialdini ha cortado brutalmente las alas de su genio? ¿Es verdad que Ratazzi lo ha vendido a César? ¿Es verdad que Pallavicini lo ha asesinado? ¿Es verdad que el Senado italiano se reunirá y lo juzgará, y lo condenará a muerte, y Victor Manuel, que le debe la corona de Italia, cometerá el crimen de creer que tiene autoridad para perdonarlo? ¿Es verdad que no habrá en Italia, en esa tierra donde hay espacio para millones de esclavos, para treinta mil franceses, para los tiranos de Nápoles, en esa tierra no habrá un rincón siquiera donde pueda albergarse el que la ha formado para la libertad, para el derecho, Garibaldi?—¿Es verdad todo esto, y aun se dice que hay justicia, que hay libertad, que hay patria en el mundo?—

La historia no registra una ingratitud tan monstruosa como la ingratitud de Victor Manuel. La historia no registra un crimen parecido al que acaba de cometerse con Garibaldi. Se necesita abrir las páginas de la historia, amontonar todas las ingratitudes de todos los monarcas

del mundo, y sumadas, todavía no alcanzarán a producir la ingratitud de Victor Manuel. Al entregar a Garibaldi acaba de entregar la Italia a su enemigo. En vano pedirá de rodillas a Roma; el César no dará Roma, porque despreciará a sus cortesanos. No se crean los grandes pueblos con traiciones, y no se afirmen con crímenes que abomina la conciencia humana. No será Italia obra de los que se han arrastrado a los pies de Napoleon, de los que han inmolado en aras de Napoleon el genio de la patria. No concede Dios los grandes bienes a tan miserables seres. El maquiavelismo podrá crear un César Borgia; no creará nunca un Savonarola, un Garibaldi. La obra de la iniquidad pasará como el mal; la obra de la virtud será eterna como Dios. La Italia de Ratazzi no es la Italia del Dante, de Miguel Angel, no es el templo del genio, es el país maldito de los Borgias, es la impura prostituta que toma un abortivo porque le duele ser madre. De la nación que era el Lázaro de los pueblos, levantándose de su sepulcro, y llamando a sí las naciones, han hecho los moderados, los doctrinarios, los diplomáticos, la Mesalina del César. ¡Maldición sobre los que han deshonrado a la mas grande de las naciones! ¡Maldición sobre los que han destruido con mano aleva la gran obra de la Providencia! La libertad de Italia será, pero será por obra de la revolucion, por obra de la democracia.

EMILIO CASTELAR.

El Sr. D. Augusto Ulloa envió el 14 su dimisión al general O'Donnell, que no le fué admitida; pero anteayer el director de Ultramar insistió en ella.

Parece que es cosa resuelta el nombramiento del Illmo. Sr. D. Pedro Prat, para intendente de la Habana. El Sr. Prat es un antiguo y probado empleado: sucesivamente ha desempeñado los cargos de contador y director de Correos, y el de superintendente de la isla de Puerto-Rico. Su larga carrera, sus muchos servicios, le hacen acreedor a la colocación que le ha dado el Gobierno. El puesto de intendente de la Habana es delicado y espinoso; y la buena fama, la justa opinión de que disfruta el agraciado, son la mejor garantía de su conducta futura en el desempeño de su cargo.*

La Patrie niega que las fuerzas francesas mandadas a Méjico asciendan a 60,000 hombres y se cree autorizada para manifestar que no pasarán de 50,000.

El vapor Puerto-Rico llegó el 17 a Vigo con 84 pasajeros: ha empleado en la travesía diez y siete días y veinte horas, habiendo tenido un tiempo malísimo y sufrido un horroroso huracán el día 10.

ACLARACIONES.

La Epoca reprodujo el 19, cediendo a una PETICION que dice se le dirige, el siguiente suelto, que La Correspondencia publicó hace ya muchos días:

«Diga lo que quiera Las Notedades, y opine como quiera La Epoca respecto a la aprobación dada por el general Serrano a la retirada de nuestras tropas de Méjico, nosotros estamos en el caso de declarar que esta aprobación es ciertísima.»

La Epoca, despues de publicar las anteriores líneas, añadió lo siguiente:

«La Correspondencia, en esta como en muchas otras cuestiones, ha andado sobrado ligera; porque, diga lo que quiera el periódico noticiero, es inexacto, de todo punto inexacto, y ASI SE NOS PIDE QUE LO CONSIGNEMOS, ya que la imprudencia de dicho diario lo ha hecho indispensable, «que el general Serrano «haya aprobado ni apruebe el reembarque de nuestra tropas: «lo ha desaprobado y lo desaprueba,» por mas que el duque de la Torre, en su probado patriotismo, esté dispuesto a no crear ahora ni nunca embarazos a la actual situación, y por mas que deplorase, como lo hemos deplorado nosotros, que el ministerio se viera en la necesidad de aprobar hechos consumados.

El duque de la Torre pudo convenir en que, una vez en disidencia el general español y los gefes franceses, era necesario dirimir este conflicto de un modo que no se ofendiese la dignidad del país; pero no ha creído nunca que nuestras tropas salieran de Méjico, ni que abandonáramos la expedición, despues de los gastos hechos y de la justicia de nuestras reclamaciones, sin obtener el menor resultado, «como no aprobó «tampoco el tratado de la Soledad, origen efectivo de todos los «conflictos que vinieron despues, como lo preveía ya el despa- «cho dirigido por nuestro señor ministro de Estado al conde de Reus, en que con tan buenas formas, pero tan fuertemente, se censuraba aquel tratado.»

El Diario Español acepta en un todo la declaración de La Epoca y la reproduce en su número de anteayer.

La Correspondencia de anteanoche publica el siguiente párrafo.

«Los que piden a La Epoca que consigne que es de todo punto inexacto que el general Serrano haya aprobado ni apruebe el reembarque de nuestras tropas en Méjico, la han engañado lastimosamente. Estamos seguros que el general Serrano, ni nadie, autorizado en su nombre, ha podido dar ese méxitis a lo que dijimos en el párrafo a que alude La Epoca; pero si así fuese, podremos contestar victoriosamente con autoridad competente en la materia y con documentos irrecusables.

El señor general Serrano, segun datos irrecusables que obran en poder del director de La América, formuló la opinión de que a la altura que las cosas llegaron el 7 de Abril en Orizaba, no podía permanecer en Méjico el marqués de los Castillejos, pero si las tropas españolas.

La conocida actriz doña Carmen Carrasco, saldrá en el próximo paquete para Cuba, donde permanecerá al lado de su familia algunos meses. Creemos que los empresarios de los teatros de la isla se apresurarán a contratar a esta bien reputada actriz, de cuyo mérito tal vez tengan ocasion de juzgar nuestros hermanos de Cuba.

DE LA NOBLEZA
CONSIDERADA COMO ELEMENTO POLÍTICO.

(Conclusion.)

Si la nobleza considerada como condicion social, sin atributos de ningun otro género, es buscada, solicitada con afán, y alcanzada con plácemes y enhorabuenas, ¿qué será cuando a aquella distinguida clase va unido el crédito que proporciona el poder, las atribuciones augustas del legislador, ó la influencia política que tantos goces proporciona? Verdaderamente, en los Estados modernos la nobleza es una sombra apenas perceptible, impalpable, confusa, hasta el punto de ser difícil probar su existencia, si no lleva consigo una participacion mas ó menos activa, una influencia mas ó menos eficaz en los negocios públicos. ¿Qué importa llamarse Giron, Osorio, Pimentel ó Rodriguez, Fernandez, Lopez, nombres patronimicos, apellidos ilustres algun día, como que fueron los primeramente conocidos, hoy ya vulgares, á fuerza de comunes? ¿Tienen los que llevan los primeros algun privilegio sobre los que llevan los segundos? Ninguno. Pagan igualmente las contribuciones; unos mismos tribunales dirimen sus contiendas; unas mismas leyes amparan y defienden sus derechos: el voto de sus conciudadanos lleva á unos y otros á los cargos concejiles, á los empleos mas elevados en la magistratura y en la milicia, y á veces un Juan Fernandez, por causas que serán comprendidas fácilmente del lector de este artículo, encuentra menos obstáculos para ocupar una silla ministerial que el claro descendiente de nobilísimos abuelos. Desde que las Constituciones modernas, interpretando fielmente las leyes naturales, y siguiendo á la letra los preceptos del Evangelio, declararon á los hombres iguales ante la ley, como la legislación divina los habia declarado iguales, ante Dios, cesó toda acepcion de personas, todo privilegio irritante, toda excepcion injusta; y contando cada ciudadano con su actividad natural, con su trabajo personal, con las dotes de su entendimiento y de su corazón, aspiró á distinguirse de los demás, á llamar la atencion de sus iguales, á superarlos engrandeciéndose, á recibir por su trabajo y su mérito el galardón debido, no á lo lustre de su cuna, no á ciegos caprichos de la casualidad ó de la fortuna, sino á sus obras dignas de recompensa.

Si de tales afanes han participado los que, al mismo tiempo que celosos partidarios de la reforma social en el sentido de que hablamos, coronaba su frente una corona ducal y su persona un nobilísimo apellido; si la historia de su familia estaba unida á las glorias de su nacion, la aureola entonces era mas brillante, y los competidores escasos; y si toda una generacion de condes, ó duques, ó patricios, reunia estas dos excelentes cualidades, á saber, el antiguo origen, y las exigentes condiciones de la edad presente, feliz nacion y feliz reino; entonces puede considerarse como de todo punto asentado y firme el gobierno representativo; entonces sí que no hay que temer á la demagogia turbulenta, ni á la tiranía del monarca, ni á favoritos desecados, ni á mediocres cortesanos, ni á intrigas de cuartel, serrallo ó sacristia.

Cuando la primera nobleza de un país, la nobleza histórica, al glorioso blason que ostenta, sabe unir la educacion liberal, que es propia de los tiempos modernos; cuando cultiva con fruto las bellas artes, ó es su mas generosa protectora; cuando la caridad es el norte de su conducta; cuando con sus obras ampara al pobre, y con su palabra los derechos del ciudadano; cuando defiende la libertad de todos con las armas en la mano; cuando con sus consejos liberta á su patria de agresiones injustas, ó las repele con la fuerza en la ocasion; cuando mantiene intacto el honor de la bandera, y sin mancilla el nombre nacional; cuando, por último, la ciencia es su ocupacion favorita; el noble ejercicio de las armas, su recreo; el Parlamento, su ambicion; la elocuencia su entusiasmo, y la libertad su idolo; entonces, como antes hemos dicho, la aristocracia es el elemento mas fuerte de la monarquía liberal, de la libertad, del orden y de la gloria de un país.

Llenas están las historias de los famosos trabajos, coronados con gloria, que las aristocracias emprendieron, y de la elevacion á que llevaron durante muchos siglos, á los pueblos en que dominaron. Fuerza es confesarlo; pocas cosas ha fundado la democracia sólidas ó estables; sus obras se asemejan al autor que las produce; la condicion del pueblo es mudable; sus impresiones, repentinas; su responsabilidad, como colectiva, ninguna; sus injusticias muchas. Y como nada de lo que es injusto, es duradero, de aquí claramente se deduce, y la historia lo confirma, que los gobiernos, semejantes á los edificios contruidos en movieda arena, tuvieron corta y laboriosa existencia, y sucumbieron fácilmente, minados desde un principio, por rivalidades, por enconados odios, y mas que nada, por odiosas envidias, causas todas para la persecucion de la virtud, del talento y de la gloria. La respuesta del Ateniense, dando razon de por qué daba su voto para desterrar á Aristides, «doy mi voto, porque estoy cansado de oírle llamar el justo,» es la prueba mas evidente de cuanto llevamos dicho, y el antecedente preciso de la ruina y sucesiva dominacion de la república griega por los tiranos, hasta caer en las manos de Filipo y de Alejandro.

No hay un solo ejemplo del triunfo duradero de una democracia en la larga serie de los siglos; no existe una obra que haya resistido al tiempo; ni idea fecunda que en provecho de la humanidad haya ejercido su benéfico influjo. Las repúblicas de Grecia y Roma, cuya moral es tan dudosa hoy, cuyas injusticias nos repugnan, por ser tan contrarias al derecho civil y de gentes, que es nuestra pauta, no podian vivir sin la esclavitud, que ciertamente no admitirian hoy nuestros demócratas; las repúblicas italianas de la Edad Media, foco perenne de guerras exteriores, y de rencillas intestinas, no son mas

que un periodo tristísimo de desgracias, transitorio por fortuna, en el cual las proscripciones se suceden las unas á las otras, sin mas luz que la fuerza, sin otra fuerza que la que la casualidad ó la astucia proporcionaban. Un ejemplo vivo de Estado democrático existia para confusion de los publicistas monárquicos, para los observadores políticos, para los que tenían en poco las democracias antiguas y las de los siglos medios, para los que acusaban á las primeras de injustas, veleidosas y crueles por la muerte de Sócrates y á las segundas por la persecucion del Dante; este ejemplo era la república de los Estados-Unidos; y aunque el ser un pueblo nuevo, sin tradiciones ni historia, situado al otro lado de los mares, daba motivos fundados para conciliar la primera opinion con la existencia de una democracia siempre en auge, siempre progresando en riqueza, en bienestar, en artes, en industria, y hasta en literatura; los argumentos, sin embargo, no eran de todo punto contestados; y ya los contrarios gritaban: «Victoria», cuando la providencia se encargó de deshacer el encanto, presentando á nuestros ojos el espectáculo de un pueblo dividido, armados y luchando sus hijos, las ciudades saqueadas, los campos incendiados, con muestras de violencia tal, de tanta crueldad, y tan excesiva barbarie, que igualan si no esceden á las que en tiempos antiguos, dieron á la Europa atemorizada las hordas de los pueblos septentrionales. Y no queremos, al hablar de democracias, citar los alientos populares de un día; los imperios del terror; las sangrientas y detestables farsas republicanas, en las cuales, á antiguas y nobles dinastías fueron substituidas dinastías de tribunos, para oprobio de la humanidad.

Es de todo punto cierto, que la libertad ha estado siempre al lado de las clases privilegiadas; la Polonia tuvo libertad, y tambien aristocracia; la Hungría, antes de su anexion á la corona de Alemania; la Inglaterra siempre; y hoy, sin peligro de equivocarnos, es la única nacion en donde se disfruta de un privilegio, que en vano quieren y disputan pueblos europeos. En Italia hay agitacion, quizás principio de guerra civil, pero libertad no hay, pues no deben confundirse los medios para conseguirla, quizás con buena fé equivocados, con el fin á que con tanto afán se aspira. Por todas partes en esta época que hemos alcanzado se oyen las voces descompasadas de la democracia que anuncian la gran conquista de las ideas amenazando dominar al mundo. Los escritores predicán con inusitado fervor las doctrinas que han de elevar á la multitud á la participacion del poder público; se considera como un derecho usurpado, el gobierno de los pocos; se proclama como un deber los esfuerzos de los muchos para reivindicarlo; por todas partes se organizan los nuevos partidos y dan al aire sus enseñanzas que consideran virgenes, no siendo sino señales estropeadas de viejas preocupaciones, de ensueños inocentes, ó de culpables desvarios. Los clubs de toda Europa se juntan, se asocian, se confunden; los adeptos se saludan con los mas tiernos afectos de hermanos y correligionarios; sin embargo, el triunfo cada día se demora mas, y basta una tentativa arriesgada para llevarlo á cabo, basta que amenacen con la fuerza para imponer la doctrina que se llama salvadora, á la generacion presente, cuando otra fuerza, representante legitima de la sociedad, desvanece la nube amenazadora, asegurando despues de la loca tentativa, la tranquilidad y el sosiego para largo tiempo, ya sea que los adeptos teman, ya que la sociedad, sobre aviso, se apreste á la defensiva.

¿Han ganado las ideas democráticas, se hallan inmediatas las formas republicanas, consecuencia natural de tanto estudio, de tanta predicacion, y de tantos peligrosos compromisos? Veámoslo.

Dos siglos há que la Europa se hallaba dividida en veinte y cinco Estados soberanos: contábase entre ellos doce monarquías hereditarias, cinco electivas y siete repúblicas. Figuraban á la cabeza de los Estados electivos dos grandes imperios, á los cuales saludaron las generaciones de muchos siglos con el nombre de santos, á saber: el santo imperio romano, y el santo imperio germánico; eran los otros los reinos de Dinamarca, Hungría y Polonia. Gobernábanse como repúblicas: los Países Bajos, la Suiza, Ginebra, Luca, Ragusa y Génova. Los demás eran monarquías hereditarias mas ó menos templadas, segun su historia, el carácter de sus reyes, y la paciencia de los súbditos. La ley natural del progreso social, andando los tiempos, debia haber convertido los Estados hereditarios en electivos, y los electivos en repúblicas, de manera que si la division política de la Europa hubiera sido igual á la del principio del siglo XVII, hoy debia tener la Europa doce repúblicas, y trece Estados electivos, contando á Malta, hoy colonia inglesa, en lo antiguo pueblo libre, medio religioso, medio militar, con soberano electivo, y con formas de gobierno que de todo participaban. Y dentro de cincuenta años, siguiendo la misma ley del progreso, todos los Estados debian estar convertidos en repúblicas, verificándose uno de los extremos de la profecía de Napoleon, «La Europa dentro de cincuenta años será republicana ó moscovita.» Y como despues de la forma republicana no hay mas allá, habiendo alcanzado ya la humanidad, á fuerza de constancia y valor, llegar hasta las columnas de Hércules políticas debia gravar en sus trozos el *non plus ultra*, y renunciando desde entonces á la ley del progreso, permanecer republicanas todas las naciones hasta la consumacion de los siglos. Esto ha debido suceder, esta es la consecuencia necesaria y lógica de la teoria, pero la práctica ha venido á dar un solemne mentis á la teoria, y á la magistral decision del Emperador Napoleon, y cosa extraña y sorprendente, al abrir y estudiar hoy el mapa político de la Europa, vemos con admiracion, que todas las monarquías electivas se han convertido en hereditarias, exceptuando el Santo Romano Imperio, y eso por razones fáciles de comprender; que todas las Repúblicas han desaparecido, á excepcion de la Suiza, inofensiva de todo punto, encerrada en sus ásperas montañas, sostenida por fuertes y poderosas naciones contra la codicia

agena y sus propios desmanes: sin otra aspiracion ni mas deseo que el de vivir en paz, y servir mediante un conve-nido estipendio á los reyes, y defendiendo todas las causas buenas ó malas, no cual conviene á hombres libres, sino á siervos asalariados. En esta grande y maravillosa trasformacion, en que no reparan los que creen que el progreso de las ideas políticas, consiste en democratizar la forma de gobierno, se comprende toda la historia de las naciones de Europa. Y despues de examinar las causas que han producido resultados tan sorprendentes, ¿qué consecuencias se desprenden, qué pronósticos hacen los historiadores filósofos? Las monarquías electivas perecieron por ser deletéreo é infecundo el principio que las constituía, porque no el mérito, sino la intriga ó la fuerza sustituian al derecho hereditario; porque los odios, las envidias y las rivalidades, eran causa frecuente de disturbios y trastornos, haciendo la paz insegura, y de la guerra continua la ley constante de aquellas sociedades. Por eso perecieron, porque es ley fija é invariable, tanto en el mundo físico como en el mundo moral, que los cuerpos que contienen sustancias nocivas ó contrarias al principio que les hace vivir, mueren de muerte repentina, despues de arrastrar algunos años de vida enfermiza y miserable. En la naturaleza como en la sociedad, el orden es la regla constante y segura de todo el mecanismo que observamos y admiramos; el desorden la excepcion. Si las pasiones de los hombres turban de vez en cuando la apetecida tranquilidad, si alteran ó combaten las reglas de que hemos hablado, la calma sucede pronto á la tempestad, no sin haber fecundado alguna vez el terreno que los abusos ó la injusticia habia esterilizado.

Si nos ocurren estas consideraciones al hablar de las monarquías electivas, del siglo XVII, ¿cuántas otras no vendrán á nuestras mientes, al hablar de las repúblicas que entonces tambien se enseñoreaban en la Europa, una entre otras mas poderosa que las muchas monarquías, y cuyo pabellon ondeaba sin rival en el Mediterráneo desde su parte mas occidental hasta donde el turco con pujanza amenazaba la cristiandad? ¿Qué de guerras, qué de luchas violentas, qué de muertes y proscripciones! Los *Riachi* y *Weri* de Florencia, los *Fregori* y *Adurni* de Génova, los *Colonna* y *Orsini* de Roma, los *Guelfos* y *Gibelinos* de toda Italia con sus odios y rencillas, sus turbulencias y crímenes despedazaban las entrañas de la patria, y conculcando los principios de la justicia, destruian desde los cimientos hasta la cúpula el gobierno republicano, enseñando que aparentaban defender y bajo la cual militaban. Y Venecia, á pesar de su grandeza y de su idioma republicano, era un pueblo libre, tal como hoy conocemos los pueblos libres. ¿Había algun ciudadano que gozase en paz del don precioso de la libertad que Dios ha concedido al hombre? ¿Estaba alguno exento de la delacion que mantenía el mas vil espionaje? ¿No eran víctimas del puñal ó del veneno los mas ilustres ciudadanos? ¿Daban seguridad ó inmunidad los mas eminentes servicios ó las mas elevadas categorías? ¿Qué idea moral dominaba en un gobierno en que la dignidad del hombre, apenas reconocida, se veía á cada momento hollada, como que toda aquella artificial máquina estaba fundada en el espionaje, la delacion, la venganza privada y la supercheria? Sistema de desconfianzas, y por consiguiente de vigilancia y de policia. Vigilaba la conducta del Dux toda la república, á la república el Gran Consejo, al Gran Consejo el Senado, al Senado el Tribunal de los Diez, al Consejo de los Diez los inquisidores de Estado, y á estos, en casos apurados, la campana de San Marcos, tan célebre en la historia veneciana como el Libro de Oro de la nobleza. Así una tras otra fueron cayendo las repúblicas italianas, convirtiéndose en monarquías ó perdiendo su independencia, formando parte de Estados vecinos.

A propósito no hemos hablado de dos grandes naciones, de dos colosos, que tienen muchos años hace el privilegio de dirigir la política europea y de atraer como á un centro luminoso las miradas, y á veces la admiracion de los hombres distinguidos del mundo moderno: la Inglaterra y la Francia fueron tambien repúblicas. La primera, al través de mil desgracias, de la pérdida de sus mas esclarecidos hijos, adquirió la costisima experiencia de saber, que los hombres suelen cambiar las palabras, pero que no cambian la conducta como hija de sus pasiones y de su débil naturaleza.

Inglaterra despues de 20 años de batallas, despues de una lucha gigantesca en la cual perecieron millares de víctimas tuvo el cruel desengaño de ver cambiado el nombre de rey por el de protector. Esto fué todo lo que consiguió, esta la victoria que coronó sus esfuerzos. Así son la mayor parte de las cosas de los hombres. La Francia por dos veces ha sido República; no hablemos de la primera. Mencionaremos la segunda; porque ya en su periodo las ideas liberales habian alcanzado una grande era de prosperidad; los hombres no eran niños: la aristocracia pertenecía á la historia: la clase media habia sido educada en los comicios, las mas infimas clases del pueblo en las plazas y las calles por los cien ecos de la imprenta periódica, que suministraba sustancia nutritiva y variada para todas las inteligencias. Ya embriagados con sus fáciles triunfos los republicanos, entonaban el cántico de los muertos para la monarquías, y al oír el estremecimiento de los tronos, y cómo desaparecian de la vista de los contemporáneos, instituciones antiguas hasta entonces consideradas como el mas fuerte cimiento del orden social, perdieron algunos la fé, y creyeron todos que á la humanidad esperaban muchos días de llanto y amargura. *Les rois s'en vont* era el grito universal que de una á otra parte de la Europa corria con frenético entusiasmo. «Los reyes desaparecen, los tronos se hunden.» Palabras y pensamientos que se llevó el viento, porque los reyes volvieron, y esta vez aparecieron en la escena, vestidos no con la toga civil del rey ciudadano, sino con la espada del conquistador, con la malla del guerrero y con la sonrisa del desprecio, haciendo mofa y escarnio de todo aque-

lo que los hombres habían amado, y considerado como el patrimonio de la humanidad: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Esta vez, como siempre, detrás de la República se ocultaba un César; este personaje misterioso, fatídico y necesario para el desenlace de los grandes dramas políticos, se llama Filipo, Alejandro, Octavio, Napoleón I, ó Napoleón III. Con cuánta más razón podemos decir, no con el entusiasmo mentiroso de un momento, sino con la fría razón, con el resultado de las observaciones que la historia nos suministra, *las Repúblicas desaparecen, les republicques s'en vont*. De las antiguas no queda sino una sola; las modernas se hunden bajo el peso de sus desaciertos y de sus pasiones.

Pero dejando ya á un lado la primera parte de nuestro trabajo, examinemos la segunda, reducida á probar, que si la aristocracia en nuestra patria hubiera alcanzado el poder y crédito que de derecho le correspondía en el gobierno liberal que la nación ensayó con más razón que fortuna en el año de 1810, otra muy diferente hubiera sido su suerte, otros muy distintos hubieran sido sus destinos. Si las democracias son impotentes para fundar un orden de cosas estable, preciso es que las aristocracias llenen cumplidamente su objeto, puesto que son sus constantes y naturales enemigos; pero ¿cuán difícil es encontrar un cuerpo político privilegiado que reúna todas las condiciones necesarias para llegar al alto lugar que necesita ocupar para dar al pueblo la libertad con el goce duradero de todos sus favores y de todas sus consecuencias! Veamos lo que ha pasado en nuestra patria.

Guerrera, conquistadora, altanera y poderosa nuestra aristocracia, es hija de la conquista. Diéronle cuna el fragor de las armas; amantáronla los campos de batalla. Fué su recreo el pelear, su descanso la guerra, su gloria el vencer. Tuvo en poco á los reyes, y en menos á los pueblos; lanzó del territorio á la grey morisca; allegó riqueza; ocupó extensos territorios, y por do quiera dejó estampada su huella, dando á la patria días de gloria, y escribiendo con su sangre la historia de España. Los reyes la temieron; los pueblos no la estimaron. Al pie del castillo feudal creció el municipio; la religión lo recibió en sus brazos, le dió aliento y calor en los primeros días de su vida; fué guiado en la infancia por tan santa y sabia maestra: el pueblo fué amigo y aliado de los reyes, por ellos derramó su sangre; amparó la menor edad de tan augustos vástagos, tomó bajo su égida á tan ilustres huérfanos, siendo su tutor en medio de las encontradas parcialidades de ambiciosos parientes; pero tanta amistad, tanto cariño, y tan desinteresados servicios, fueron pagados con notable ingratitud.

El municipio, representante de la libertad comunal, ensayo y antecedente de la libertad política moderna, luchó contra los señores, y luchó contra los reyes; Cisneros dió el golpe de gracia á la aristocracia, y ésta, á su vez, abandonó al pueblo en la desgraciada batalla de Villalar. Tuvieron los grandes instintos generosos; conocieron, aunque por breves instantes, que su causa era la causa de los pueblos, y en el comienzo de las comunidades, protejeron con empeño los levantamientos populares, amenazando al poder de Carlos I, y de los audaces y codiciosos extranjeros; pero los desmanes de las turbas, amotinadas muy principalmente en Valencia, infundiendo temor en los pechos varoniles de los nobles, les hicieron retraer de su propósito, y volver los ojos hácia el poder real, que muy pronto supo, con tan poderoso auxiliar, vencer al pueblo, para subyugar después á la nobleza. Si ésta, venciendo á los cortesanos extranjeros, hubiera combatido á los partidarios de la germania, cosa facilísima, la Constitución de la monarquía, á la semejanza de la inglesa, se hubiera mantenido íntegra, y hubiera cimentado para largos años la libertad en nuestra patria.

Nada es la nobleza, sin que vaya acompañada del poder político; así es que la primera cualidad es cosa de poca monta, resabio de la vanidad, ridícula añeja; pero cuando los nobles comparten con el rey y con el pueblo, ó con uno de ellos el poder, ó lo ejercen solos, y lo ejercen bien, entonces la nobleza ocupa el primer puesto del Estado. Pero los nobles españoles todo lo perdieron, y ni siquiera protestaron, como hicieron en otras naciones sus iguales. De hombres políticos, se convirtieron en cortesanos, y prefirieron el honor de la servidumbre á la independencia de su posición. Todavía, en los tiempos de la dominación de la casa de Austria, se conservan restos de la antigua grandeza, y los nombres de egregios varones, que en los países conquistados por la España, dejan á la historia una imperecedera fama. Todavía presiden los consejos, apellidos que recuerdan las antiguas glorias; pero tales excepciones, último destello de una luz que por momentos se apaga, son debidos á la munificencia real, único astro que brilla con todo su fulgor en el horizonte español. Por otra parte, las muchas vicisitudes de la nobleza, debidas á guerras producidas por sus mismos individuos, dañaron á la corporación, hasta tal punto, que perdió su carácter y su fuerza antes de tiempo, anubliándose y oscureciéndose sucesivamente las antiguas familias en las guerras civiles; de manera que fué fácil á los reyes domar á los señores, cuando ellos mismos, perdida toda su influencia, se entregaron en brazos de sus enemigos. La nobleza primitiva pereció casi toda en las contiendas promovidas por D. Pedro y D. Enrique II; no pocos nobles nuevos sucedieron á los antiguos, por el libertinaje, favoritismo y descompasada conducta de Enrique IV; por último, la venturosa faz que tomó la monarquía castellana á principios del siglo XV, fué producto de hombres nuevos, que llevaron á cabo con felicidad, la unión del territorio, el descubrimiento de un nuevo mundo, y la paz de los reinos.

Al advenimiento al trono de la casa de Borbon, la nobleza ocupó los puestos de palacio, adoptando los usos, costumbres y nombres de la nación francesa. Nombres exóticos, cargos ridículos, extravagantes ceremonias impropias de la monarquía castellana, tan en ajuje en

tiempos de Isabel la Católica, se entronizaron en el alcázar de los reyes, ganando los nobles en fausto y ostentación cuanto perdían en dignidad, riqueza y poder. Abandonados los castillos feudales, moradas soberanas de los señores, por las antecámaras del palacio, se convirtieron de compañeros, en súbditos, de señores, en vasallos, de amos en siervos, vistieron la librea en vez del arnés, y á su semejanza, la nación perdió la libertad y cuantos buenos usos y costumbres habían recopilado las antiguas Cortes en sus célebres actas. Los pueblos humillaron la cerviz ante los capitanes generales de las provincias, presidentes de las Chancillerías y Audiencias, y el estado eclesiástico regular y secular se encargó, aliado único de la monarquía, de dirigir la educación moral y política del pueblo, cerrando completamente la puerta á todas las reformas de más urgencia y trascendencia.

La Constitución política de la monarquía, promulgada en Cádiz el 19 de Marzo de 1812, llamó los grandes al Consejo de Estado, no á todos, sino á una parte insignificante, comisión de todo el cuerpo, representación de la clase; pero las funciones que ejercían no eran las que competían á tan eminente gerarquía en una monarquía constitucional. Por último, la reforma de 1834, dividiendo el poder legislativo en dos Cámaras, llamó á toda la grandeza á formar parte de la primera, confiriéndole las augustas funciones del legislador y la influencia política del que está revestido de tan respetado carácter. Desde entonces acá, salvos ligeros intervalos, las constituciones españolas han conservado una como á manera de Cámara alta; pero sus resultados no han correspondido á los que debían ser, si todas las partes de que se compone, penetradas de los altos deberes que la incumben, usasen de su poder, sin abandonarlo en manos de los ministros, ó lo que es peor, en ocasiones, en manos de cortesanos. Para que un cuerpo aristocrático sea el verdadero intermediario entre el pueblo y el monarca, para que sirva de contrapeso y punto de apoyo á la complicada máquina del gobierno, siguiendo la metáfora de los globos, ideada por Napoleón, necesita estar adornado de cualidades relevantes, que por desgracia hoy día no son comunes en Europa, y muy raras en España.

Debe ser la parte más influyente de la Cámara aristocrática, la de la nobleza; primero, porque debe ser la que debe amar con más interés el poder público, y ser más celosa que ninguna otra de su ejercicio, y segundo, porque no hay otra más independiente. El que nació en dorada cuna, el que posee grandes bienes de fortuna, el que tiene un nombre que á otros falta, ¿á qué puede ya aspirar? Al aprecio de sus conciudadanos: los que poseen cualidades tan ventajosas, deben ser los centinelas de toda institución liberal, oponerse á todo acto arbitrario, y representantes genuinos de sus conciudadanos, no permitir nunca, en ningún caso, la violación de las leyes que proclaman la libertad civil ó la libertad política. Para esto se necesitan muchas cosas, á saber: educación liberal, ciencia, saber, instrucción en suma. Una aristocracia indocta, que pasa su tiempo en devaneos, en amestrar caballos, ó en pasatiempos fútiles, nunca ocupará debidamente los puestos del Parlamento. El saber y la elocuencia, elementos necesarios para ejercer el poder, deben ser los dos ornamentos principales de la aristocracia. La nobleza, que en vez de política es cortesana, que en vez de señora, es súbdita, que en lugar de ser guardadora de las libertades públicas, es palaciega, en balde ocupará el lugar del legislador. Su oficio en el Parlamento como en el palacio, será el de esperar sumisa las órdenes de su amo. Pecan contra todas las reglas de política, contra la independencia de carácter que no ha de abandonar nunca al buen patrio, contra la nobleza de su raza, aquellos que en las monarquías constitucionales dicen que no tienen más opinión que las de todos los ministros que libremente elija el rey. Los que tal dicen y los que tal hacen, abdicen su razón, renuncian á su conciencia y renuncian á las más bellas facultades que constituyen la dignidad del hombre. Es preciso que los grandes cuerpos políticos que conocemos con el nombre de aristocráticos en las monarquías constitucionales, no sean tan numerosos que embargue las deliberaciones y debilite el poder la multitud, ni tan exiguos que con facilidad se conviertan en oligarquías. Debe evitarse con mucho cuidado, que uno de los elementos de que se componga el cuerpo, se haga dueño de los demás; influyendo sobre todos, por el miedo ó por su preponderancia en el gobierno. Un cuerpo aristocrático bien constituido, debe evitar la preponderancia del clero, de la magistratura, y sobre todo, la preponderancia militar.

La nobleza con las cualidades de que hemos hablado antes, puede evitar este escollo, el peor, el más peligroso de todos en las sociedades modernas. Cuando la aristocracia abdica, el elemento militar usurpa el poder, influyendo por medio del temor, haciéndose el necesario, é imponiéndose á todos los poderes públicos. La Asamblea se convierte en un campo atrincherado; la elocuencia toma las formas agrestes del mando de un regimiento, las cuales substituyen á los acordes sonidos del arte de Cicerón y de Mirabeau, y la gramática y la lógica pierden lastimosamente el tiempo, como mercancía de poca estima. Hemos dicho antes que el elemento nobiliario debe ser el regulador de la máquina política en la esfera de su acción, porque el magistrado, y el empleado en cualquiera de los ramos de la administración, procura por todos los medios imaginables adelantar en su carrera, ó ser respetado en el punto que ocupa, ó aspira á ser condecorado, ó quiere aprovechar la ocasión entrando por una de las cien puertas que de continuo tiene abiertas la debilidad humana. Cuando los cuerpos aristocráticos adolecen de todos los defectos de que hemos hablado; cuando los magnates sirven en palacio, los militares imperan en el Estado; los obispos brillan por su ausencia, y todos los demás individuos que no forman corporación ó clase, sino que son individuos aislados, ó se someten voluntariamente esperando ocasión propicia para sus

medros, ó resisten sin éxito, porque su posición inutiliza sus esfuerzos; entonces no hay aristocracia, ni Cámara aristocrática; entonces lo que hay es farsa, el peor de todos los gobiernos posibles, y el de peores consecuencias.

Y si todo esto puede ser cierto, si de tales ejemplos podríamos presentar dolorosas muestras en la historia, si las democracias nada pueden fundar, ni hallamos aristocracias dignas de este nombre, ¿de qué nos han servido los ensayos infelices de tanta política diferente, de tanta escuela, de tanto hombre de Estado, y de tanto libro como han vomitado las imprentas de Europa dándonos lecciones de política constitucional? De nada nos han servido para hallar el secreto del buen gobierno; de mucho si nos sirven de escarmiento sus lecciones.

Dejemos una vez para siempre las teorías, y tomemos por norte y guía el gran libro de la experiencia; abandonemos las ilusiones, y ensayemos las doctrinas en la piedra de toque del corazón humano. Tengamos entendido que es muy malo seguir rutinariamente la senda que nos indique un escritor que se erige en apóstol, ó quizás en redentor de toda una generación; bastantes años han pasado ya de ensueños, de mentirosas opiniones que han costado lágrimas y duelo á la triste humanidad. Lo que puede ser, no será; y no puede ser lo que es contrario á la naturaleza del hombre, á sus hábitos y sus costumbres; hay que tener en cuenta sus pasiones, no para adularlas, sino para reprimirlas.

Es mengua de la nación española, contrario á su carácter, á su historia y á su hidalguía, seguir fielmente todas las tendencias, é imitar en todo la conducta de poderosos vecinos. La moda que tras los montes domina en materias políticas, esa es la que adoptamos; cuando República, nos buile la sangre para ser republicanos; si doctrinarios, doctrinarios somos; si socialistas, cunde despiadada la perversion de las ideas; si el imperio gobierna, tenemos pujos de imperio. Y milicia nacional y leyes administrativas, y Asambleas, y barricadas, y todo género de galicismos así en el habla como en las instituciones dominan en nuestra patria, sin que sus hijos reclamen y adopten, distinguiendo lo bueno de lo malo, ó conformándose con la originalidad de nuestro carácter y costumbres.

Pero ya á la altura en que nos encontramos, fuerza es, en pocas palabras, terminar nuestro trabajo, y ya que no aceptamos como buena la democracia, ni vemos en la aristocracia española motivos de enhorabuena, debemos decir, que es lo que en Europa hoy llama nuestra atención, en materia de gobierno, prefiriéndolo y con mucho, á todas las antiguas y modernas instituciones. Este es el gobierno de la Gran Bretaña; entendemos la libertad como los ingleses la entienden; la queremos y la deseamos, como en Inglaterra se conoce y practica. Un ciego respeto á la seguridad individual de manera que la casa del ciudadano sea, moralmente hablando, tan fuerte como una ciudadela: á tal punto respetada la propiedad, que si al rey se le ocurre pasar por un fundo ageno, se vea obligado á pedir permiso á su dueño para atravesarlo; el libre derecho de publicar sus ideas por medio de la imprenta; la omnipotencia del Parlamento, el absoluto imperio de la ley para todos y para cada uno; la completa ausencia de la fuerza bajo cualquier aspecto, ó máscara que adopte, libre la lucha de los partidos en las elecciones; esta es la libertad que nos encanta, este sistema es el que admiramos, este el que deseamos para nuestra patria.

ANTONIO BENAVIDES.

LOS ECONOMISTAS MODERNOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Tal es el título de una obra publicada recientemente en París por Mr. Reybaud, y cuyo examen entra en el cuadro de los trabajos que tan frecuentemente dedicamos á la más importante de las ciencias, clasificadas en el día bajo el título de político-morales.

En realidad no hay propiedad en la aplicación del adjetivo *moderno* al sustantivo *economista*; por la sencilla razón que la ciencia es tan moderna, como que todavía no cuenta un siglo de existencia. Los antiguos no la conocían, y algunos pasajes aislados que suelen encontrarse en las obras de Platon, Aristóteles, Polibio y Jenofonte, si bien revelan notable perspicacia y no despreciable capacidad de penetrar en el fondo de las grandes cuestiones económicas, están muy lejos de formar un cuerpo compacto de doctrinas como el que creó, á fines del siglo pasado, el inmortal escocés Adam Smith. Era imposible que se formase una ciencia, cuando, ó no existían, ó estaban profundamente viciados los elementos y materiales de que debía componerse. Los antiguos desconocieron enteramente la filiación que existe entre la riqueza y el trabajo, y, por consiguiente, no podían dedicarse á la averiguación de los medios que el trabajo debe emplear, ni al estudio de las leyes que deben regirlo para que produzcan la riqueza. El trabajo era para ellos una ocupación vil y degradante, propia solamente de esclavos, y todos sabemos cómo era considerada en aquellos tiempos la esclavitud. Era preciso que esta ínicua institución desapareciese de las costumbres públicas; que existiesen clases medias, dedicadas á satisfacer las necesidades del consumo; que la formación de grandes Estados opusiese una fuerte barrera al espíritu de conquista, y que la doctrina evangélica hubiese suavizado las costumbres propagando el dogma de la caridad, para que el trabajo perdiese el carácter odioso que le había conferido su asociación con una clase de seres, considerados por las leyes mismas como *cosas* y no como *personas*. El entendimiento no especula sino sobre objetos que le son familiares, y que se presentan frecuentemente á las impresiones de los sentidos, y nada había más ajeno al modo de vivir de los

magnates griegos y romanos que las operaciones manuales que eran los verdaderos manantiales de su riqueza. La época de los Fábios y de los Cincinatos fué de muy breve duracion en la República romana. Desde que empezaron las grandes conquistas, Italia se llenó de cautivos hechos en la guerra, los cuales distribuidos, como objetos de propiedad, entre los miembros de aquella formidable aristocracia, fueron condenados por sus dueños respectivos á las labores agrícolas é industriales, al servicio doméstico, y á la produccion de todo cuanto podia contribuir á satisfacer las necesidades, los caprichos y alimentar los vicios de las clases halagadas por la fortuna.

Tampoco pudo nacer la Economía Política durante los siglos de la Edad Media. No vamos á ostentar ahora una erudicion harto manoseada, trazando el cuadro de las labores que absorbieron en aquella época toda la actividad de la inteligencia humana. Todos saben que la Teología, y como su auxiliar, la metafísica, constituían todo lo que merecía el nombre de ciencia, y aunque ni la riqueza ni los goces físicos eran menos apetecidos que lo han sido por las generaciones modernas, ni la riqueza ni los goces físicos se creían objetos dignos de entrar en la alta esfera de las abstracciones. La filosofía escolástica trabajaba en descifrar cuestiones recónditas, que podían resolverse sin el auxilio de los sentidos: todo era ideas, todo hipotético, todo inaplicable en lo que se llamaba entonces filosofía, y cuando en la extensión que daba á sus especulaciones, tropezaba, digámoslo así, con un fenómeno, con un hecho natural, de cuya explicación no le era posible abstenerse, la explicación entraba en la region metafísica, arrancando el hecho ó el fenómeno á los que le precedían ó acompañaban, para someterlo al criterio de una tenebrosa Ontología. Si, por ejemplo, se ofrecía hablar de la naturaleza de la luz, se salía del paso con decir que la luz era una esencia media entre el cuerpo y el espíritu. Al ilustre español Luis Vives pertenece la gloria de haber descubierto, antes que Bacon, el verdadero camino de la investigación filosófica. El fué el primero que llamó la atención de los estudiosos á los cuerpos naturales; á los cambios y transformaciones á que están sujetos; al influjo que ejercen unos en otros; el primero que se atrevió á burlarse de la argumentación silogística y de la algarabía peripatética, declarando que en el trato de labradores, pastores, artesanos y pescadores, se adquieren conocimientos mas útiles y positivos, que en la lectura de los que se llamaban filósofos y en las aulas de las universidades.

Ya se había derrocado el imperio del Escolasticismo: ya se habían ennoblecido los conocimientos positivos; ya existían las ciencias físicas y físico-matemáticas, y todavía el estudio de la riqueza no había entrado en el dominio del saber. Pero el vasto desarrollo que se manifestaba en la produccion de todas las cosas necesarias y gratas á la vida; el incremento que habían tomado las relaciones mercantiles de los pueblos y la distribución que por sí misma se hacía de la riqueza, producto de aquel movimiento, eran circunstancias que no podían sustraerse á la atención de los hombres pensadores. Era imposible apartar la consideración de ciertos fenómenos que no podían explicarse por las nociones habituales del sentido común. ¿En qué consistía, por ejemplo, que Holanda y las ciudades anseáticas, países tan poco favorecidos por la naturaleza, rebosasen de prosperidad, acumuladas en enormes capitales, dominasen en todos los mercados del mundo, mientras España y Sicilia, con terrenos fertilísimos, con climas favorables á todo género de cultivo, gimiesen en la pobreza y en el abandono? Por otra parte, no podía oscurecerse el influjo que la legislación y el gobierno ejercían en la produccion, en la circulación y en el consumo de los bienes de esta vida. La mayor parte de los gobiernos carecían de los recursos necesarios para su sostenimiento y el pago de los servicios públicos. Sus arcas estaban vacías, su crédito arruinado. Las medidas que se adoptaban como remedio de tan graves dolencias, no hacían mas que aumentarlas. Las leyes suntuarias, llevadas hasta el extremo mas ridiculo; la prohibición, que se consideraba no solo como sabia precaucion económica, sino como deber de patriotismo; las alteraciones de la moneda y otras providencias de que continuamente echaban mano los dueños de las naciones, creyendo de este modo conferirles grandes beneficios, perpetuaban y engrandecían la penuria, la despoblación, el desaliento de las familias humanas. Los escritores empezaron á emplear su ingenio en el estudio de estos asuntos, y en pocas naciones fué tan fecundo este género de trabajo como en España. Véase en la Biblioteca Económica de Sampere el numeroso catálogo de autores que tomaron con empeño la resolución de los problemas que el orden económico de la nación ofrecía á sus ojos. En Inglaterra, en Francia y en Italia, no era menos notable el ardor con que se trabajaba en la misma línea. Pero todavía faltaba mucho para que hubiese un cuerpo de doctrina compacto y homogéneo, que pudiese merecer el nombre de Economía Política. El empirismo había dominado en todo cuanto se había escrito sobre comercio, crédito, industria y legislación económica, antes de Adam Smith, y el empirismo, si es útil para preparar los elementos del saber, está lejos de ser el saber mismo. El empirismo juzga los hechos en su estado de aislamiento, desconociendo sus relaciones con otros hechos que les dan origen, que los transforman ó que los modifican. En el estrecho círculo que traen á sus labores, se echan de menos las armonías que la ciencia descubre en todas las esencias palpables é impalpables que componen el Universo. No era imposible que algun escritor agitase con acierto la cuestión de la alcabala y del diezmo, ni que se publicasen doctrinas muy sensatas sobre la naturaleza del crédito y de la riqueza, como lo hizo Child en Inglaterra á mediados del siglo XVII. Pero la verdadera ciencia económica necesitaba una esfera mas amplia, y debía colocarse en un punto de vista mas comprensivo y general. Basta considerar

uno solo de los productos de que hacemos uso diariamente, cuando satisfacemos una necesidad de consumo, ó ensanchamos nuestros goces inocentes y legítimos, para seguir con la imaginación el encadenamiento de causas y efectos, de hechos y fenómenos, de circunstancias graves y leves que han puesto aquel producto á nuestro alcance. Pues bien: todas esas causas y efectos, todos esos hechos y fenómenos, todas esas circunstancias, por inconexas que parezcan entre sí, por remotas que estén de la actualidad, han influido directa ó indirectamente, pero siempre con eficacia, en la calidad, en el precio, y en la abundancia ó escasez del producto de que se trata. El verdadero economista abraza con su mirada todos estos objetos, y, por las reglas de la inducción filosófica, y agrupándolas segun sus semejanzas y analogías, llega á los principios generales que constituyen la doctrina, y al conjunto bien enlazado de estos principios, que es lo que constituye la ciencia.

En el cultivo de lo que forma el asunto de la obra que anunciamos, ha sucedido lo que en el cultivo de todos los ramas de conocimientos humanos. Se han suscitado puntos disputables, se han aventurado paradojas insostenibles, se han dividido las opiniones, se han formado escuelas: pero como los hechos en que la ciencia se funda, son de ocurrencia diaria y están al alcance de todo el mundo, el triunfo del error ha debido ser, y ha sido en efecto, de poca duracion, y, con muy pocas escepciones, todos los principios establecidos por Turgot, Smith, Say y sus contemporáneos están hoy generalmente admitidos.

De las escepciones á que hemos hecho alusion una sola es importante, y está todavía sirviendo de asunto á la encarnizada guerra de dos escuelas contrarias. Los economistas que acabamos de nombrar, trataron la cuestión de la libertad de comercio, como una de las muchas que entraban en el círculo de sus especulaciones. La guerra tenaz declarada á este dogma luminoso por el egoísmo, por el monopolio y por la vanidad de los manufactureros, y por la ignorancia y la pusilanimidad de los gobiernos y de los cuerpos legislativos, ha dado lugar á que los economistas de nuestra época se empleen casi exclusivamente en combatir el gran error que tantos males ha producido en la mayor parte de las naciones cultas, y que todavía está produciendo en muchas de ellas.

A esta clasificación pertenece la mayoría de los que Mr. Reybaud enumera y califica en la obra que sirve de asunto al presente artículo. En el siguiente procuraremos examinar el modo con que lo desempeña.

JOSE JOAQUIN DE MORA.

DE LA NOVELA.

ARTÍCULO III.

Lesage, autor (1) del Gil Blas de Santillana, y asimismo de otras varias obras, es uno de los mejores ingenios de que puede blasonar su patria, tan fecunda en grandes escritores, señaladamente en prosa, en la cual no será temeridad decir que no tiene, como en la poesía sucede, pueblo alguno que, en competencia, merezca disputarle la primacía. En las composiciones dramáticas del género cómico se distingue á punto de que su *Turcaret*, pintura de un rico asentista ó contratista, grosero, de pensamientos ruines y miras interesadas, y ridiculamente soberbio de sus riquezas, es una de las comedias que mas se acercan á las buenas de Moliere, el primer poeta cómico de su patria, y acaso del mundo. Si no tuvo tanto acierto en otros dramas, aun en ellos dejó señales de su grande ingenio y chiste, y su *Crispin*, rival de su amo, es pieza de bastante mérito, sin contar las que compuso para el teatro llamado de la Feria, destinadas solo á hacer reír á cualquier precio, pero cuyas bufonadas, un tanto groseras, salen, con todo, de lo común en producciones de la misma especie. No es, sin embargo, en calidad de poeta dramático como aquí ha de ser Lesage considerado y juzgado, pues ante el tribunal, (en verdad, por insuficiencia del juez no muy competente), que está abierto en las presentes páginas, comparece solo en calidad de novelista. Era hombre dotado de vivísimo y agudísimo ingenio, y de muy claro entendimiento, aunque no de imaginación fecunda ó valiente; y en su estilo (tomando la voz en su mas lata acepción) se desviaba no poco de los grandes escritores que le habían precedido, viéndose ya en él, si bien conservada la sencillez, perdida la majestad que, tanto en la materia cuanto en la forma, y así en los argumentos de las obras como en el modo de tratarlos, distinguía á los contemporáneos de Bossuet y de Boileau. Había leído muchos autores castellanos, y de ellos fué á escoger, para seguirlos, á los escritores de historias imaginadas, cuyo principal personaje es un hombre de clase inferior, y donde están representados y ridiculizados los vicios, sino los delitos, de los hombres en el estado social, sin muestra alguna, aunque tal vez con la idea, á veces no conocida por los mismos escritores, de que sirva á la enmienda en cabeza ajena el entretenimiento que da la obra á los lectores. No es enteramente de esta clase, en cuanto á tomar por héroe á un mozo travieso, é ir contando sus aventuras, pero, si, en cuanto á satirizar, pintándolas, las costumbres, la produccion que primero dió crédito á Lesage, la cual fué una traducción, mas que parafrástica, aumentada en gran manera, y con frecuencia variado el texto, de «El Diablo Cojuelo» de nuestro Luis Perez de Guevara. No pretendiendo Lesage ser plagiarlo, pues si tal pretension hubiese tenido, habría tratado de encubrir el original de que se valía, dedicó al mismo autor español su obra en una breve carta.

(1) Véase, en cuanto á la calificación de autor original dada arriba á Lesage, lo que en una larga nota que sigue á esta se expresa.

Agradó á los lectores franceses desde luego el cuentecillo, pero no en alto grado, como ha sucedido con el tiempo, despues que el autor, por otra composición, se remontó á muy alto puesto entre los novelistas, y aun entre lo general de los escritores. La invención de levantar los techos de las casas de Madrid para ver lo que dentro de ellas pasaba, cogiendo á los habitantes de sorpresa, y pudiendo así descubrirlos en el descuido de actos importantes de su vida, y pintarlos segun los había descubierto, era nueva. Las varias historillas de las personas que aparecen están contadas con ingenio y ligereza, corriendo como con poco esfuerzo la pluma, pero con su rapidez no pasando de hacer bosquejos. El Diablo Cojuelo podia prometer, pero no con seguridad completa, otra producción de muy superior valor del mismo ingenio, pero hubo de exceder á la esperanza la realidad cuando salió á luz el Gil Blas de Santillana (1).

Esta obra famosa colocó á su autor en uno de los mas altos puestos en la region literaria, no solo en el concepto de sus compatriotas, sino en el de todos los lectores de los varios pueblos del mundo civilizado. Compararla con la inmortal produccion de Cervantes parecería, sin embargo, á quien esto escribe, loco exceso, porque las obras en que principalmente reluce el ingenio, aun el mas vivo, quedan inferiores á aquellas donde se ve y admira la fantasía ó imaginación en sus mas osados vuelos. Los caracteres de Gil Blas son admirables á veces, pero á modo de miniaturas ó cuadritos admirablemente tocados. El arzobispo de Granada, por ejemplo, D. Gonzalo Pacheco, el conde Galiano con su mono querido, y otros varios que fastidiaría ir enumerando, porque son muchos, dan ejemplo de la penetración con que solía el autor ver, y de la maestría con que sabía poner á la vista las flaquezas humanas. El héroe, sin embargo, no tiene un verdadero carácter individual, siendo mas juguete de los sucesos que creador de su propia fortuna. Han achacado á la obra de Lesage ser un tanto immoral, aunque, en sentir del autor de este trabajo, con poca razon, pero tampoco merece ser alabada por el lado contrario. Lesage no se indigna contra el vicio ó los viciosos, pero no les aprueba á estos su conducta, contentándose con retratarlos. Para dar mas cabal idea de la clase de mérito de las invenciones de Lesage, bien podría decirse que las criaturas por él imaginadas no tienen tal vida que pueda sacarse de ellas una semejanza; pero, si, cosas en que ve el hombre á los demás y se ve á sí propio. Del citado arzobispo de Granada no puede dibujarse una figura donde todos cuantos de él saben se figuren que le conocen, pero todos piensan en él al ser solicitados á dar un ejemplo en cosa en que está interesado el amor propio de quien le pide, buscando, al parecer, juicios imparciales, pero exigiendo alabanzas.

Otras novelas de Lesage, como el Bachiller de Salamanca y Guzman de Alfarache, que es casi una versión del de nuestro Mateo Aleman, no merecen ser juzgadas con detenimiento, no siendo donde hay para ello mas lugar que el que dan estos artículos, por necesidad breves.

De harto diversa naturaleza, y si no de igual mérito de uno no escaso en su línea, y de todos conocido y confesado, es la novela inglesa que una parte anterior del presente trabajo queda nombrada. La novela de Robinson es por demás sencilla y carece de verdadero enre-

(1) La disputa antigua sobre el origen de la novela de Gil Blas debería darse por concluida, y, escandalizase quien se escandalizase, en favor de las pretensiones francesas. El amor de la patria es pasión nobilísima, pero pasión al cabo, que excita á grandes hechos, ó impele á no menores errores, y que, como toda pasión, tiene límites, los cuales son la verdad y la justicia. Al encontrarse el autor del presente trabajo con tales límites, que ve él muy claros, no pasa adelante, y quien por ello le culpe, no solo comete un yerro, sino que, guiado por ciego patriotismo, atropella las reglas de la moral é incita á otros á despreciarlas.

Las aventuras de Gil Blas de Santillana pasaban por obra del que las había dado á luz como concepción original suya. Verdad es que Voltaire en su siglo de Luis XIV, no siendo aficionado á Lesage, á quien tenía la injusticia de apreciar en poco, había afirmado que el Gil Blas era una imitación, ó casi traducción de la vida del escudero Márcos de Obregon de nuestro Vicente Espinel, pero es claro que el filósofo y crítico francés no había leído la obra del novelista español que citaba, pues, si la hubiese leído, no habría aventurado un aserto tan difícil de sostener, no habiendo entre la vida de Obregon y la de Santillana mas semejanza que la de ser una y otra del género pícaro. No era conocido el Gil Blas en España hasta que le tradujo el Padre Isla, célebre autor en su tiempo, y en todos merecedor de algun grado de aprecio, y traductor tal, que, sin estar exento de graves defectos, acertaba á dar sabor castellano á las producciones que vertía en nuestra lengua. Por un capricho, hijo de la ligereza, si disculpado por el deseo de aparecer buen español, anunció el Padre Isla su obra como restitucion evidente de bien ajeno usurpado, intitulándola Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España, y restituidas á su patria y lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación; afirmacion arrojadá que había merecido apoyo de buenas pruebas. No las dió ni siquiera mediana el traductor español, pues hasta alegó en abono de lo que no pasando de sospecha daba por verdad averiguada, que Lesage había estado en España, donde hubo de encontrar la obra manuscrita que puso él en su lengua, y dió por suya, cuando es constante que Lesage nunca puso los pies en este lado de los Pirineos. Sin embargo, en este caso como en muchos, lo afirmado y no probado fué creído, y por lo mismo de no ser probado fué reputado cosa fuera de duda, porque el poder de la fé es superior al del convencimiento producido por razones irrefutables. Ello es que hace años el español que hubiese dicho que creía el Gil Blas francés, habría pasado por mal patriota. El traductor de Blair, muy osado en sus días en punto á censurar obras nuestras muy admiradas, solo se atrevió á decir que el Gil Blas era, si se quiere, traducido. Pero llegó, aunque tarde, á noticia de los franceses, poco atentos por entonces á lo que en España se pensaba ó decía, que uno de sus mas célebres escritores estaba acusado de plagiarle cabalmente por la que era su obra maestra. Entonces la vanidad ofendida hizo lo que podria el amor de la verdad, y un clamor casi general reivindicó el Gil Blas como produccion francesa, distinguiéndose en reclamarla por propia Francisco de Neufchateau en una obrilla que dedicó á este punto. Vivía á la sazón desterrado en Francia D. Juan Antonio Llorente, historiador de la Inquisición, y no poco erudito, si bien de mas instruccion que ingenio, ó criterio, el cual, como si quisiese borrar con un hecho patriótico la culpa de haber sido secuaz de los enemigos de su patria, escribió un librito en que intentó probar que Gil Blas era version de un original castellano, y aun dió á entender, aunque no llegase á afirmar, que nuestro historiador y poeta dramático D. Antonio de Solís era el padre verdadero de la prole cuyo origen daba motivo á la contienda entre los literatos de dos naciones. Llorente no procedió como el Padre Isla, al cual explícitamente desaprobó por no haber dado pruebas de

do. Apenas hay en ella mas que un carácter, porque el del salvaje *Viernes* (1), compañero del héroe, nada tiene que le distinga. Toda la historia está reducida á pintar la vida de un naufrago, que salvándose solo de un navio perdido, logró aportar á una isla desierta, donde á fuerza de industria y paciencia, conservó su vida, y hasta fué haciéndose una existencia en cierto grado tolerable. *Robinson* no pasa de ser un mozo de mala eabeza, que, sin embargo, tiene consigo su Biblia (como la tenían todos los ingleses; y siguen teniéndola casi todos), y el cual sin ser impio, pero, si mundano en su vida en la sociedad, vivió en la soledad, y aspiró á hacerse tanto cuanto industrioso piadoso. Empeña sobremanera la atención, y aun muchos y varios afectos la situación de tal personaje imaginario, el cual, con el discurso y el trabajo, ó digamos, empleando juntas las facultades y fuerzas morales, intelectuales y físicas, vence obstáculos poco menos que insuperables, alcanzando no solo vivir, sino tener comodidad para el cuerpo, y paz y contento para el alma. Al mérito de tal concepto se agrega el acierto en expresarle. Aconseja con razon Horacio al autor que intente mover á llanto á sus lectores, que llore él primero, y por igual estilo puede darse por consejo al que intente deleitar con su narración á quien le lea hasta el punto de figurarse sucedido lo inventado, que empiece por llegar á tener él mismo sus invenciones por realidades. En caso tal parece como que se hallaba el autor de *Robinson*, segun declara su modo de contar su historia, en la cual aplauden los mejores criticos la habilidad con que tienen apariencia de relacion de verdaderos sucesos ocurridos los que son puramente imaginados (2); calidad esta que en pocos escritos se encuentra, aun sin excluir muchos por otra parte dignos de aprobacion y alabanza.

Desde los dias en que salieron á luz el *Robinson* en Inglaterra, y el *Gil Blas* en Francia, comenzó á crecer el número de las novelas en una y otra nacion, hasta llegar al que bien puede llamarse desate de la época presente en que nacen novelas por dias, y hasta por horas.

Difícil empresa sería aun la de formar un catálogo completo de tantas producciones efímeras, de ellas muchas, faltas de todo valor literario, y otras, si con alguno, con uno muy corto, y si no sería fácil ir las enumerando, juzgarlas rayaria, si ya no entraba, en lo imposible.

Mas por fortuna tanto dista de ser necesario vencer tal y tamaña dificultad, que lograrlo traería fastidio y ninguna clase de provecho. Bien será, pues, cuando aqui se continúa hablando de novelas, hacerlo solo de aquellas que encierran algun valor, que han corrido en boca de las gentes; y que tuvieron ó han tenido influjo en la sociedad de su tiempo, ó son de ella un reflejo ó retrato.

En Francia despues de Lesage, siguiendo el orden de los tiempos, es acriedor á particular mencion y á que de él se haga un juicio Marivaux, hoy casi desterrado de entre los autores que se leen, si en dias algo remotos

su asercion ó dádola mal, pero las que él dió, acreditándole de laborioso, no llegaron á ser convincentes sino para los que, resueltos á fallar en su favor, no habian menester prestar atención á su alegato.—Estando así las cosas, en nuestros dias un escritor muy erudito y diligente, D. Adolfo de Castro, entre cuyas calidades no escasea la del arrojo que impele á chocar con opiniones vulgares, ha hecho un trabajo en que concede á Lesage lo general de la obra, y vá indicando las fuentes en que bebió y de que sacó muchos episodios y buena parte de la narracion principal de la misma, siendo mucho de ello argumetos de nuestras comedias antiguas tan ricas en incidentes. Esto á los ojos del autor del presente trabajo es lo cierto, y por consiguiente decirlo es hacer lo justo.

A parte de otras consideraciones, lo que llaman los ingleses evidencia ó prueba interna, *internal evidence* lo cual quiere decir el examen del carácter de un escrito, atendiendo á su estilo, á las costumbres que pinta, y á las ideas que pone patentes, aboga en favor de que sean tenidas las aventuras de *Gil Blas* por obra francesa, y no española. Prescindiendo de que en la afamada novela hay contados sucesos verdaderos, ocurridos por entonces en Francia (como entre otros la aventura de Inesilla de Cantarilla que se atribuyó á la famosa cortesana Ninon de l'Endos): hay otras consideraciones de mas peso porque son de la textura de la obra, y no pueden haber sido interpolaciones del traductor á la produccion que vertía, aunque con aumentos y variaciones, en su lengua. Los galanes de la Corte que se supone serlo de la Felipe III no son españoles, sino franceses, que toman rapé, van entre bastidores á hacer juicios criticos de autores y actores, y en suma, proceden muy de otro modo que nuestros caballeros de aquellos dias. El arzobispo de Granada, admirable como representacion de un carácter, tiene mas de obispo francés que de español, atendiendo al esmero con que compone sus sermones ú homilias. ¿Qué mas? Hasta la cena ó comida que sirve á los ladrones en su cueva la criada Leonarda, es una cena francesa pura, en que nada hay de la cocina ordinaria española. En otros lugares en *Gil Blas* se ven criaturas de nuestro género, y que, concebidas y pintadas con maestría, tienen originales á ellas parecidos en todos los pueblos donde reina la cultura europea.

En cambio de nuestra injusticia en punto á *Gil Blas*, los franceses, ó por desquite, ó cediendo á su vanidad y arrogancia ordinarias, atribuyen á Lesage, todo el mérito, y hasta el de la invencion principal del *Diablo Cojuelo*, que él confesó ser tomado de Luis Velez de Guevara. Queriendo algunos de nuestros paisanos no quedarse cortos en la injusticia, y quitándose en gran parte la razon que tenían, han pretendido que el *Diablo Cojuelo*, de Guevara, es superior al de Lesage, cuando basta leer uno y otro para convencerse de lo contrario, porque el francés mejoró notablemente lo que copiaba sustituyendo gracias invenciones á pesadas genealogías que componen la parte última de nuestro *Diablo Cojuelo*.

(1) Para los españoles acostumbrados á conocer el *Robinson* por el *nuevo Robinson* del alemán Campe, puesto en excelente castellano por D. Tomás de Iriarte, el tal salvaje se llama *Domingo*. El autor supuso que *Robinson* le habia dado por nombre *Viernes* porque en viernes le habia libertado la vida y tomado por compañero.—*Vendredi* está llamado el mismo indio en las traducciones francesas del *Robinson* de De Foë. Para darle un nombre que fuese de santo, y como suelen llevarle los cristianos y le llevan todos los católicos, hubo de suponer Campe ó su traductor que fué en Domingo la aventura entre el europeo y los indios, que tuvo por consecuencia la libertad del prisionero pasado á compañero ó criado del héroe de la historia.

(2) Entiéndase que este mérito del *Robinson Crusoe* falta al *Nuevo Robinson* de Campe, traducido por Iriarte. Suponiendo en el naufrago muchos menos recursos que los que supone en el antiguo *Robinson* su autor De Foë no solo quita á la narracion la apariencia de serlo de un hecho verdadero, sino que llega á hacer imposible, ó poco menos, que viviese y lograra vivir con tantas conveniencias el Solitario. Esto sin contar la rara idea de suponer que los Llamas del Perú existiesen en una isla de los Caribes próxima á las Antillas, esto es, en clima que no cuadra á aquellos animales.

muy citado para el aplauso y para la censura. Marivaux escribió bastantes comedias, de las cuales algunas pocas todavia hoy son representadas y oidas con gusto, aunque por su afectacion, lo rebuscado de sus conceptos, y el excesivo aliño y enmarañamiento de su frasearse han hecho poco menos que insufribles. Los defectos y las perfecciones de las obras dramáticas de este autor, aparecen asimismo en sus dos novelas, cuyos titulos son *Mariana*, y *El campesino subido á señor* (1). Los caracteres en una y otra son naturales, pero nada tienen que dé golpe, y queda estampado en la mente como imagen de cosa que verdaderamente es ó ha sido, ó como representacion perfecta de clases y profesiones de la sociedad; los incidentes están bien discurridos, traídos con oportunidad y enlazados con habilidad y acierto, cosa esta última que falta y hace falta en la fábula de no pocas obras del dia presente, y el estilo con los pensamientos alambicados, si á la larga cansa, á veces gusta. Todos los personajes de Marivaux parece que andan buscando un modo de analizar sus afectos, y adelgazar su juicio, y cuando el autor habla por si hace otro tanto ó poco menos, notándose en él un defecto hartó comun en escritores de dramas y novelas, el cual consiste en dar á los actores todos, pensamientos y frasear idénticos, que son los del autor mismo.

El escritor del discurso premiado por la Academia francesa, cuya obrilla en lo tocante á Francia sirve de despertador de la memoria, y aun á veces de guia á quien escribe estos renglones, parece como que quiere incluir las *Cartas persas* del Presidente Montesquieu entre las novelas francesas del siglo XVIII. Nada tiene con todo de novela aquella sátira ingeniosísima, no habiendo en ella nudo, ni propiamente hablando, fábula alguna, salvo en que los censores de su siglo y patria se llaman persas, aunque piensan, sienten y hablan como lo que son, esto es, como franceses. Ni merece calificacion de cuento el *Templo de Guido* del mismo autor, especie de breve poemita en prosa, del cual, con paz sea dicho del insigne escritor, y de sus compatriotas y admiradores, pocos elogios pueden hacerse en justicia.

Iba adelantando el siglo á que se vá ahora aqui haciendo referencia, y un hombre nacido á fines del anterior, habiendo adquirido ya renombre desde jóven como poeta, aunque no rico en dotes poéticas, pero sin par en lo agudo y vivo del ingenio y en lo claro del entendimiento, iba acreciendo y dilatando su fama hasta llegar á ejercer en su siglo un predominio en la region literaria y filosófica, cual nunca habia tenido criatura alguna, sin otra arma que la de la pluma, en las pasadas edades (2). Quien lea esta calificacion, y no esté ageno de todo conocimiento literario ó histórico, comprenderá que es de Voltaire de quien así se vá en este momento hablando.

Los cuentos de Voltaire son obras maestras, pero lo son en su clase, y deben ser juzgados por otras reglas que las novelas ordinarias. En general, no trató el insigne francés de crear caracteres, ni de dar verosimilitud á los lances que inventaba, excepto en su novelilla titulada *El Ingenuo*, ciertamente no de lo mejor de su pluma, si bien no falta de viveza y chiste (3), como no podia estarlo obra de tal autor en el ramo de gracias agudas, así como en otros, sobremanera eminente.

Voltaire en sus cuentos aspiró, como en la mayor parte de sus producciones, á expresar y propagar las doctrinas de su filosofia. Dejando aparte lo mucho que en esta hay que tachar, y mirando la obra solo para juzgar la habilidad del artifice, justo es confesar que el trabajo es de mano á ninguna otra inferior para tal clase de tarea: *Zadig ó el Destino*, *Baboué ó el Mundo segun anda*, *Micromegas*, el mismo *Ingenuo*, *Memnon* y hasta la *Princesa de Babilonia*, de menos valor que los otros, con algunos mas breves, están escritos con tal ligereza, que no pareciera posible, á no verlo, que corriese tan fácil y causando tanto placer la pluma. Pero donde mas relucen las dotes particulares del singular escritor es en su *Cándido ó el optimismo*. No es debido ni posible dar tantos y tan justos elogios sin ponerles un correctivo, necesario así como fuerte. *Cándido* no solo es una obra en alto grado irreligiosa, sino que pasa á ser á menudo ofensiva á la decencia así como á la moral, y lo que es peor, manifiesta segun la acertada expresion de la Baronesa de Stael una *alegría cruel*, que se deleita en ir pintando rápidamente y con viveza, pero con espantoso relieve, las miserias humanas. El concepto que la imaginacion puede formar de un espíritu maléfico, apenas alcanza á realizarse en la como ferocidad del autor, á que añade horror lo festivo de la narracion, y el no encubierto placer con que el narrador se recrea en su obra, cuando presenta la virtud siempre desdichada y como digna de serlo, y triunfante el vicio, y objeto de burla todo pensamiento ó afecto noble. Si en *Cándido* está el Voltaire literario en su mas alto punto, ostentando las peculiares altísimas prendas

(1) Difícil parece traducir bien el título de esta novela que es en francés *Le paysan parvenu*.—La voz *villano* usada por nuestros antiguos para denotar á los campesinos hoy disonaria. En cuanto á la voz *parvenu* la dificultad de traducirla en una palabra equivalente es notoria.

(2) Un crítico agudo, pero bastante estrafalario de nuestros dias, no menos raro en su manera de juzgar que en su estilo, ha publicado un librito con el título del *Rey Voltaire*, «*Le Roy Voltaire*» haciendo monarquía intelectual su influjo ó dominacion en su tiempo. Y no carece de acierto semejante idea, porque el soberano de la region literaria y filosófica tuvo en abundancia aduladores. Así, tal vez dando oídos á lisonjas antiguas, no faltará quien extrañe que no aprecie mucho quien esto escribe á Voltaire como poeta. Sin embargo, aun en la parte de poesía que solo pide ingenio ó sensibilidad somera, le tiene en mucho, y como prosador le pone en lugar altísimo.

(3) En cuanto á tener el *Ingenuo* mas calidades de novela que los demás cuentos de Voltaire, signe el autor de este trabajo al francés que lo es del discurso premiado por la Academia. Pero solo puede ir conforme con él hasta cierto punto en cuanto á celebrar la parte patética del cuento de que se trata. Alguna temura hay en él, pero no mucha. Con razon M. Villemain, aunque admirador de Voltaire, contrasta la narracion de la muerte de la heroína del *Ingenuo* con la que de los últimos momentos de *Clarisa* hace el inglés Richardson, al cual da el crítico francés la preferencia. Sin comparar al novelista con un escritor tan eminente como es Voltaire, puede, y aun debe ratificarse, la sentencia de M. Villemain en favor del primero.

de su sin par entendimiento, sería quizá injusticia decir que está asimismo allí todo el Voltaire filósofo, pues, á pesar de sus enormes culpas, algo mejor que en la aquí últimamente citada famosa novela, aparece en otros escritos y momentos de su vida el patriarca de la irreligion, ó, como era comun llamarle, el patriarca de Ferney. En otros cuentos de que solo van aqui antes citados los nombres, no hay la misma furia irreligiosa ó inmoral aunque siempre hay de ella algo, si bien mas contenido, pero tampoco se vé, aunque no falta y sí abunda, la ligereza y gracia que tanto pasma y cautiva. Tuvo en abundancia Voltaire quienes intentasen imitarle, pero fué solo en el fin que se proponia en sus escritos, porque la calidad y poder de sus fuerzas intelectuales dejaban á larguísima distancia á sus discipulos é imitadores.

De estos uno, sin embargo, (aunque mas tiene de discipulo que de imitador, porque en nada se parece su estilo al de su maestro) era hombre de grandísimo entendimiento, cuyos escritos, adoleciendo de graves faltas, encierran con todo mérito muy fuera de lo comun Diderot, el cual, sin estar contado entre los primeros autores del siglo XVIII ocupa en el concepto general entre los puestos segundos uno inmediato al de sus superiores (4). Como escribir novelas ó cuentos habia venido á ser á manera de tarea propia y aun necesaria de los escritores de aquel tiempo, y como los de la secta filosófica, tomando por norma y guia á Voltaire consideraban las historias inventadas como eficazísimo medio de dar curso y valimiento á sus doctrinas, hizo Diderot novelas donde seguia las huellas de su maestro, tales como *Las joyas indiscretas*, *La Religiosa*, y *Jacobo el fatalista*. En la primera es lo mas notable una repugnante obscenidad, en nada compensada por primores literarios, ya se atiende á la invencion, ya al estilo; en la segunda se ve el odio entonces reinante á las comunidades religiosas, manifestado en una historia trivial de una monja que lo fué forzada, y vivió maldiciendo su destino, maltratada por aquellas en quienes la observancia de la regla era una obligacion, y en la tercera está la doctrina del fatalismo expuesta de tal modo que no se acierta, fuesen cuáles fuesen las intenciones del autor, y atendiendo solo á su obra, si ridiculizándolo todo dió la palma á la idea del hado ó á la del libre albedrio. Apenas son hoy leídas estas producciones que en sus dias fueron recibidas con aplauso, y si Diderot aun goza de no corta parte de buen concepto entre los buenos criticos de la edad presente, no lo debe mas que á sus cuentecillos, ó á otras obras ligeras donde entre manchas y sombras suelen aparecer lugares iluminados por luz la mas bella y pura.

Entonces andaba desatada la novela pseudo filosófica y obscena, siendo lo comun verse en las que se daban á la estampa juntas ambas malas calidades; pero habiendo algunas en que la obscenidad predominaba, á punto de no dejar ver pensamiento alguno de la filosofia reinante, si bien la impureza, inculcada sin rebozo en libros impresos, declaraba que el imperio de la moral severa fundada en la religion habia acabado por aquellos dias. En tan pésimo género se ensayó Crebillion hijo, que lo fué de un famoso poeta trágico, de austeras costumbres, á quien no se parecia, y cuyo cuentecillo, el *Sofá*, con otros de igual calaña era leído y celebrado. De la clase en que está mezclado lo sucio con lo impio, siendo mas lo último, y viéndose que en lo indecente y lo irreligioso el principal fin del escritor era lucirse de descañado, es el mejor ejemplo la un tiempo aplaudida, y hoy despreciada y olvidada obra, cuyo título es el *Compadre Malco*. Solo una perversion completa del gusto critico, nacida del deseo de pensar y obrar al revés de la sociedad antigua, pudo llevar á dar aplausos á un mal libro, donde los caracteres del *Compadre*, del Padre Juan de Domfront, de Vitulos, y alguno mas, carecen de toda verdad, y donde el estilo compite en lo malo con los pensamientos.

Pero mientras tales escritores deshonraban á su patria y á la literatura, algun otro autor se distinguia en la novela, señalándose entre ellos dos, que por muy diversos caminos, adquirieron merecida gloria, no pura la del uno, ni aun bajo el aspecto literario; superior en pureza la del otro, pero inferior en grandeza, como de ingenio, si señalado por algun grande acierto, en lo general de menos alta clase. La antecedente alusion lo es á la *Nueva Heloisa*, de Juan Jacobo Rousseau, y á *Manon Lescaut*, del abate Prevost.

Si en una historia inventada se busca, en verdad, como debe buscarse, una fábula bien inventada y diestramente tegida, que empeñe la atención á la par con los afectos; donde el enlace ó nudo de varios sucesos sea natural, hermanando con un tanto de variedad la unidad y sencillez, y todo esto acompañado de caracteres bien ideados, maridaje de lo ideal con lo natural, y pintados de manera que tengan vida, nada de esto hay en la afamada produccion de Rousseau, ni aspiró el autor á

(4) Era verdaderamente Diderot hombre singular, lleno de contradicciones, y autor cuyo influjo excedió á su merecimiento, si no es que se reputa gran mérito acertar á adquirir tal y tanto influjo. Siendo atea y materialista declarado, en todo se dejaba arrebatar por un entusiasmo que se avenia mal con sus secas y frías doctrinas. El hombre que en unos pésimos versos á que dió el nombre de *Ditirambo* se expresó con repugnante ferocidad, tratando de los sacerdotes y de los reyes, en frases que la decencia prohibe repetir aun para condenarlas, se manifestó tan cuerdo y cauto en otras ocasiones que citando pasajes de sus obras un crítico piadoso y de ideas favorables á la potestad Real, decía que, leídas sin saber cuyas eran, bien podrían ser atribuidos á lo que llaman los impios groseros un clerizante «*Calotín*». De él dice Mr. de Remusat, uno de los mejores y mas instruidos criticos de nuestros dias, que por lo vario y movidizo de su talento no tiene de este lo bastante para ser puesto entre los grandes maestros, «y que no es fuerte en el pensar á punto de que merezca le perdona no escribir bien, ni tampoco buen escritor en grado que se le dispense tener seso ó llevar la razon,» siendo su calidad principal ser grande en agitar los ánimos, en impelerlos á la carrera, y en no contentarse con excitarlos con la voz, pues les quita todo freno, «no los guia, sino que los aguija, de modo que como caballos sueltos y desbocados traspasan los límites y se extravían corriendo.» A lo cual añade «que como crítico se parece mucho á los alemanes.»

que lo hubiese. Quiso, sí, y hubo de figurarse haber logrado pintar caracteres no comunes y sucesos triviales; pero en hacerlos no comunes acertó, sin dar en el toque de la dificultad, que consiste en conseguir que lo no común aparezca real y verdadero. Con todo esto, y á pesar de tan graves faltas, sería locura negar mérito del mas alto á la *Nueva Heloisa*. Si en ella es de vituperar alguna vez el énfasis en lo que debía ser pura expresion de tiernos, aunque arrebatados afectos, y si tambien hay bastante aunque no de grosera obscenidad, de indecencia, se hallan por otro lado pasajes en que está la pasion expresada con un fuego, tanto cuanto vivo, intenso, juntamente con un vivísimo sentir de la hermosura de la naturaleza, en cuya contemplacion y admiracion, conoce y dá á conocer el autor las relaciones de la belleza física con la moral: se hallan entre ideas erróneas; otras sanas y sublimes, manifestadas en admirables arranques de ternura y entusiasmo. Como disertaciones, sino como partes de una novela, son algunas de las supuestas cartas de la obra de Rousseau trozos de elocuencia admirables. No obstante ciertas pinturas de deleites sensuales en que se dejan sentir las malas inclinaciones é ideas del siglo, Rousseau se manifiesta por boca de los personajes que crea lo que era: un espiritualista dado á batallar con el materialismo dominante entre sus contemporáneos; mal cristiano, pero aspirando á serlo bueno; ciertamente no digno de aplauso ó aprobacion por sus principios, mas, sí, merecedor de algun grado de alabanza cuando con generosos, si bien equivocados pensamientos, tira á levantar la naturaleza humana que otros filósofos de la misma edad, aun sin pretender hacerlo, abaten y humillan. En suma, si la *Nueva Heloisa* no es una novela perfecta, si no es siquiera una buena juzgándola por las reglas de su género, es una obra á modo de coleccion de retazos entre los cuales los hay del precio mas subido. El siglo presente no la admira en su conjunto, pero los mejores criticos encuentran en ella no poco que admirar, como lo harán sin duda los de todas las edades.

En nada era semejante á Rousseau el abate Prevost, escritor que compuso muchas novelas, todas (1) conformes á lo ordinario en el ramo, haciéndolas fecundas en incidentes, y propias mas para empeñar la curiosidad, por lo variado de los lances que en ellas amontona que la admiracion por los caracteres que inventa y describe ó por la expresion de los afectos, salvo en una produccion corta en dimensiones, y sobrada en mérito que ha bastado para elevar á quien le dió ser á un puesto de los mas distinguidos entre los de la region literaria. No cabe, con todo, cosa mas sencilla que el argumento de *Manon Lescaut*, el cual mereceria ademá ser tachado de escandaloso, sino fuese en él casi oculta la corrupcion por una pasion amorosa, tiernísima y vivísima, con el mayor acierto expresada. Los caracteres tienen verdad, aunque novedad no, pues poco hay en ellos que los distinga de los comunes, si bien la rectitud bondadosa é indulgente del sacerdote Tibergio sale fuera de los limites de lo ordinario, y sale sin mengua de la verosimilitud, no siendo objeto de censura, mirado por el aspecto literario cuando se cautiva las voluntades de los lectores. Arte hay, y exquisito, en llevarnos á querer á un mozalvete disoluto como el caballero Des Grieux, y á una mujerzuela como Manon que paga con frecuentes infidelidades un vehemente amor mal empleado. El medio por que vencia el autor tal dificultad, es el fuego y el acierto con que expresa la vehemencia é intensidad perseverantes en el enamorado, y cierta especie de candor en la infidelidad de la querida, en quien no llega á ser depravacion la ligereza, todo ello contrastando con la reprobacion severa, pero benigna, del piadoso sacerdote. Agrégase el encanto del estilo que consiste en una sencillez suma sin que llegue á ser exceso de llaneza. Así un cuentecillo breve está por la general opinion de criticos entendidos puesto á la par con las mas notables producciones de los novelistas, viviendo hoy mismo en Francia *Manon Lescaut* tan en goce del universal aplauso, que hasta dá argumento á bailes de teatro, porque subsiste en la memoria de todos su historia, la cual sirve de sabrosa lectura á la generacion presente entre obras modernas de un género muy diverso.

Intil sería, está bien repetir, al propósito del presente artículo, enumerar novelas de corto mérito salidas á luz en el siglo XVIII, pero mas propias para apuntadas en un catálogo que para citadas de priesa, cuando solo se trata de considerar la índole y progresos del género en sí, lo cual se manifiesta en sus mejores y mas conocidos ejemplos.

Pero será del caso hacer mencion de todas aquellas producciones que aumentaron el caudal de este ramo de la literatura con riquezas de diferente especie. No son franceses, ni europeos, ni modernos, los cuentos árabes que, con el titulo de «Mil y una noches», dió á luz en francés Mr. Galland, pero por Francia vinieron á Europa, y en la nacion nuestra vecina fueron mas de una vez imitados, si bien con poca feliz fortuna. Son cuentos tales productos de la imaginacion que corre sin freno ni regla, pero con tal brío y garbo, que hechiza; y así es que de todos son leídos, á todos gustan, y por todos son citados. Aladin con su Lámpara ha logrado tener entrada, no solo en la turba de personajes imaginados, sino hasta en el no muy crecido número de los que en ella hacen papel distinguido.

Entre producciones ligeras de la clase de cuentos, olvidadas hoy, pero bastante celebradas en el siglo último, están los cuentos morales de Marmontel, discípulo y admirador de Voltaire, de quien recibió, en pago de sus li-

sonjas, altos y, por lo excesivos, poco merecidos elogios; autor del *Belisario*, semi-poema en prosa, mala imitacion del *Telémaco* y de otra obra de igual naturaleza, y si cabe, de menos valor, que se titula «Los Incas.» Mal merecen el dictado de morales (1) semejantes obrillas, en que hay algunas faltas, bien que no graves para aquel tiempo, contra la decencia, y la moral, pero tampoco son del todo inmorales, ni, miradas bajo otro aspecto, dignas de desprecio, pues en algunas de ellas se ven rasgos de ingenio vivo, y su estilo, desfigurado á veces por la afectacion, es en lo general ligero y no inelegante.

De otra especie, y de precio muy superior y tal que puede sin temeridad decirse del mas subido, es el delicioso cuento digno del nombre de idilio, que tiene por titulo *Pablo y Virginia*. De él he hablado en la parte primera de este trabajo y á lo dicho antes poco hay que añadir, porque causa fastidio extremarse en la alabanza.

Bernardino de Saint-Pierre, autor de tan linda obra, fué discípulo de Juan Jacobo Rousseau, pero solo habia tomado lo mejor de su maestro, que era el amor de la naturaleza, estando libre de la parte enfática que afea los escritos del insigne Ginebrino. De la filosofía reinante se mostró mas que parcial contrario, (2) como lo habia sido el mismo Rousseau, no obstante estar contado entre los filósofos de su tiempo. No eran vastos ni profundos sus estudios clásicos, y, á pesar de esto, clásicos, en la verdadera acepcion de la palabra, son su gusto y su estilo. Las descripciones de la naturaleza, tal cual aparece entre los trópicos, son en *Pablo y Virginia* magistrales; no prolijas, no recargadas, sino breves y vivas; con el mérito de conocerse que son sentidas y están en consonancia con los caracteres de las personas que en la obra figuran. De un ideal en que nada es violento ni inverosímil son los tiernos é inocentes amantes que dan nombre al cuento; puros como la despejada hermosa atmósfera que los rodeaba, de suerte que en la noche magníficamente descrita de su despedida al ir á separarse, parece como que concuerdan el cielo sembrado de estrellas relucientes con aquellas dos almas llenas de resplandor divino. Sin comparar á Saint-Pierre con Chateaubriand, bien puede afirmarse que la celebrada *Atala* del último se queda muy inferior á la obrilla con la cual, aunque no sea modelo seguido por el escritor que vino despues, ha sido comun ponerla en cotejo.

Con *Pablo y Virginia* puede decirse que concluye el catálogo de las novelas ó cuentos mas notables salidos á luz en el país al nuestro vecino, corriendo el siglo próximo pasado. Al terminar este, los grandes y trágicos sucesos de la revolucion tuvieron por algun tiempo reducidos á silencio á los escritores, acabando con las vidas de muchos de ellos la tremenda tormenta política, y dejando á otros, ó mal parados, ó buscando, en vez de celebridad, el olvido; ya por temor, ya por prudencia. La literatura que nació con el siglo presente fué nueva, y si de pronto apenas se dejó sentir, teniendo la antigua fieles devotos que la conservasen, los cuales en los dias del imperio de Napoleon predominaban, eran estos tímidos rutineros y pobres copistas de la belleza pasada, de lo cual resultó que el epíteto de imperial dado á un género de producciones literarias, vino veinte años há á ser, cuando no un apodo denigrativo, poco menos.

Y si no puede negarse que llevar la condenacion á tales términos, tenia algo de injusticia aplicándola á ciertas obras, lo que es en las novelas no excedia un ápice de lo justo, cuando por un lado solo privaban los asquerosos desatinos de un Pigault Lebrun, y por el otro la inocente insulsez de un Ducray Dumesnil con su *Alejo ó La casita en el bosque* (3).

Bien será apartar por corto tiempo la vista de Francia, á donde en breve se volverá á fin de tratar de producciones notables, casi ó del todo contemporáneas, y pasar á considerar á Inglaterra, donde en el mismo siglo XVIII abundaron excelentes novelistas, capaces de entrar en competencia con los franceses, y, si ya no de salir vencedores en la contienda, de sustentar la pelea á punto de dejar dudosa la victoria.

ANTONIO ALCAALA GALLIANO.

LA SUPRESION

DEL TRAFICO DE ESCLAVOS AFRICANOS EN LA ISLA DE CUBA EXAMINADA CON RELACION A SU AGRICULTURA Y A SU SEGURIDAD.

II.

Solo los negros africanos pueden resistir los rigores del clima de Cuba.

Para fundar esta proposicion, que es falsa en todas sus partes, se invocan la analogia y los hechos. Africa es un país caliente. Cuba tambien lo es; hé aquí la ana-

(1) Por ejemplo, el cuento titulado «Heureusement.» Por fortuna encierra una ofensa á la moral, aunque no grosera. Marmontel, con todo, era débil, y por serlo, hubo de darse á la filosofía reinante. Hubo de vivir, durante la revolucion, enteramente olvidado en los dias de mas peligro y ferocidad, y apareció siendo elegido miembro de uno de los Cuerpos legislativos en 1795, donde, expresando que obraba por encargo de sus comitentes, pidió el restablecimiento del culto de la religion católica. Poca atencion se le prestó aun para hacerle guerra. Así terminó quien en su obra *Belisario* habia excitado contra sí violentas censuras de las gentes religiosas, aunque, por cierto, sin mucho motivo.

(2) Sin embargo sus dos cuentecillos breves intitulados *La cabaña india*, y *El café de Surate*, son por sus argumentos de la escuela filosófica, particularmente el segundo, que tira á declarar iguales todas las religiones.

Bernardino de Saint-Pierre, por varias razones, no tuvo admiradores en el principio de su carrera. Cuando leyó su *Pablo y Virginia* á un auditorio escogido tuvo el disgusto de causar fastidio en vez de alcanzar aplausos. Se distinguió en mostrarle desprecio M. de Buffon, grande escritor, sin duda, pero pomposo y á quien el mérito de la sencillez parecia nada.

(3) Muchas novelas de Pigault Lebrun han sido traducidas al castellano, y de cierto, leídas con gusto y aprobacion. Tambien lo fué el inocente *Alejo ó La Casita en el bosque*, dando á nuestras madres un rato de pasatiempo, exento de mal efecto de cualquier clase.

logia. Los habitantes de climas frios están expuestos á la fiebre amarilla, pero los hijos de Africa no: hé aquí los hechos.

Si los negros de aquella region trasportados al Nuevo Mundo, solamente tuvieran que luchar con los efectos del clima, seguro es que entonces la analogia podria servir de argumento; pero sometidos al mismo tiempo al imperio de circunstancias físicas, políticas y morales que neutralizan y destruyen la influencia favorable que sobre ellos pudiera ejercer el clima, la analogia no puede tener fuerza alguna. ¿Qué importa que el calor no fatigue al africano, si por otra parte le asaltan causas de otro linaje, que no le es dado resistir? Ciertamente que la fiebre amarilla no ataca á los negros africanos; mas esto, acaso es un privilegio de que gozan exclusivamente? ¿No están exentos tambien de ella todos los cubanos, los naturales de las demás Antillas, los de gran parte de la América española, y de otros países, cuyo clima es semejante al de Cuba? Aun respecto de los mismos que han nacido y habitado en temperamentos frios, es preciso hacer algunas consideraciones, pues la fiebre en Cuba, ni es tan general como vulgarmente se dice, ni tan destructora como se supone. 1.ª Ya no debe infundir tanto temor como en tiempos anteriores, porque conociéndose mucho mejor, tambien se sabe curar mejor. 2.ª No reina en la mayor parte del año, sino en los meses mas calurosos. 3.ª Hay años, como el presente de 1844, en que es menos maligna, no solo porque aparece con pocas fuerzas, sino porque empieza muy tarde y acaba muy temprano (1). 4.ª El peligro no es indefinido, pues pasado el primer estío, es probable que no ataque en el segundo, y si tampoco invade en este, ya entonces deben cesar los temores, pues es rarísimo el caso que ocurre en tales circunstancias. 5.ª La mayor parte de los extranjeros recién llegados en la estación calorosa no padecen la enfermedad, y de los invadidos solamente mueren muy pocos. 6.ª Aun esta corta mortandad no tanto proviene de la naturaleza del clima, cuanto del género de vida de los recién llegados, pues muchos se visten de paño, aun en los dias mas calientes, se exponen al sol á todas horas, y se dan á bebidas fuertes y otros excesos, que, ya en mas, ya en menos grados, son dañosos en todos los países. Cuando se evitan estos desórdenes, entonces hay mucha probabilidad de que el mal no invadirá. 7.ª y última. La fiebre está confinada á una estrecha faja alrededor de las costas, pues alejándose un poco de ellas, el mal desaparece. Aun la villa de Guanabacoa, que apenas dista media legua de la famosa bahía de la Habana, ha servido algunas veces para preservar de la fiebre á las tropas enviadas de España; y entre los casos favorables que se pueden citar, mencionaré uno muy notable, que recuerdo haber leído en un diario de la Habana de 1802. Llegaron á ella en aquel año los regimientos llamados *Irlanda*, *Sevilla*, *España* y *Navarra*. Los dos primeros se encerraron en la Habana, y sufrieron mucho de la fiebre; mas los dos últimos fueron acuartelados en Guanabacoa, y todos se salvaron. Los cubanos saben por una larga experiencia, que la fiebre amarilla es enfermedad exclusiva de algunos puntos de las costas, y que no se conoce en el interior de la isla. Esta consideracion, por sí sola, es de gran importancia; porque debiendo establecerse los colonos, no en los pueblos marítimos, sino fuera del espacio fatal en que se aspiran las semillas de la fiebre, no hay temor de que perezcan.

Examinemos ahora la cuestion bajo otro punto de vista. Si es verdad que los negros no padecen la fiebre amarilla, tambien lo es que están expuestos á otras enfermedades, que ya les sean peculiares, ya comunes á los demás hombres, causan siempre en ellos mas estragos que en la raza blanca. ¿Qué cubano ignora, que la disenteria es una de las plagas que atormentan á los esclavos africanos, y que sacrificados por ella, perecen en los buques y en los barracones (2)? ¿Quién no sabe que son muy propensos á las bubas, á las llagas, á ciertos males cutáneos de un carácter pernicioso, al vicio de comer tierra, y á la erupcion venérea conocida en algunas antillas con el nombre *pian*, y que los nosologistas llaman *franboesia*? Cuando el cólera invadió á Cuba, allí fuimos tristes testigos de la crueldad con que se cebó en los infelices africanos; y al recordar sus horrores, yollamo desde la distancia que me separa del suelo pátrio, yo llamo á los hacendados cubanos para que me digan de buena fé, si en aquellos aciagos dias, en que la muerte asolaba sus campos, no lloraron con amargas lágrimas el sistema de esclavitud que los habia traído á tanta desventura.

Tan importante como curioso seria tener un censo de todos los blancos y negros que durante medio siglo han entrado en la isla de Cuba, y tambien el de todos los que han muerto de uno á dos años de su llegada. Entonces se veria cuánto se inclina la balanza hácia los africanos, no solo en el número absoluto, puesto que su introduccion ha sido incomparablemente mayor que la de blan-

(1) El año de 1857 será memorable en la Habana por la extraordinaria duracion de la fiebre amarilla, pues se prolongó hasta los meses de invierno. Esto forma contraste con lo acaecido en el estío de 1794, en que la fiebre cesó enteramente con el huracan del 28 de Agosto, conocido allí con el nombre de *tormenta de San Agustín*, por ser ese el dia en que la Iglesia católica celebra la fiesta de tan insigne doctor. Es de creer, que el terrible sacudimiento que entonces experimentó la atmósfera, la purificó de los miasmas que producian la enfermedad. Igual efecto observó Moultrie, en la Carolina, con la variacion repentina de la temperatura atmosférica, pues la epidemia de fiebre amarilla que la desolaba en 1745, desapareció con el frío intenso que sobrevino el 21 de Setiembre de aquel año. Si ella cesó en la Habana, en 1794 desde fines de Agosto, según el respetable testimonio del médico distinguido y elocuente escritor Dr. D. Tomás Romay, él tambien nos dice en papel que publicó en el *Aviso* de la Habana en Junio de 1800, que en este año fué cuando por primera vez se observó en quella ciudad la aparicion de la fiebre amarilla desde el mes de Marzo. Yo no sé, si él se refiere á sus propias observaciones ó á las de épocas anteriores; pero de cualquier modo que sea, es útil para la historia de la medicina consignar aquí estos datos.

(2) Así se llaman los edificios (grandes barracones) donde se depositan hasta su venta los negros recién importados de Africa.

cos, sino en lo relativo á las entradas de unos y otros. Ni puede ser de otra manera, porque los individuos de raza blanca que se establecen en Cuba, emigran voluntariamente de su país; no sufren en la navegacion las privaciones que los esclavos africanos; y trabajando despues que llegan por sí, y solo para sí, son mas solícitos de su interés y de su vida. La mortandad, que es inseparable del tráfico de negros, ha aumentado desde que las leyes lo prohibieron. En tiempos que era permitido, cada cinco esclavos ocupaban el espacio de cinco toneladas; los cargamentos que llegaban, se sometían al régimen severo de una policia sanitaria; vacunábanse los negros para preservarlos de la viruela; curábanse en sus enfermedades; y si había temores de que el mal se propagase, se les dejaba en cuarentena. Estas medidas contribuían á que se diese á los esclavos durante la navegacion un trato menos riguroso, y á que, por consiguiente, su mortandad disminuyese, pues no pasaba de diez á quince por ciento. Mas todo esto se acabó con la prohibicion del tráfico. Desde entonces el contrabandista negro solo trató de amontonar en sus buques el mayor número posible de esclavos, y surcando con ellos los mares, los lleva hasta América, con una mortandad en sus cargamentos de 25 y á veces de mas de 55 por 100. Pero si muchos espiran en la navegacion, muchos perecen tambien tendidos en las playas de Cuba, porque arribando clandestinamente no se toma ninguna precaucion sanitaria; y quedando expuestos á la viruela y á otras enfermedades, mueren en gran número por hallarse destituidos de los socorros que encontraban en tiempo del comercio lícito.

Ni son los males físicos los únicos enemigos de los esclavos africanos. Las preocupaciones religiosas y el terror que les infunden sus brujos y hechiceros, son tambien origen de muchas desgracias. *Obeah*, ó *Obia*, es el nombre que dan los negros á esas prácticas supersticiosas; y el que quiera convencerse de sus funestas consecuencias, puede consultar la historia de las Antillas. Si los males procedentes de esta causa se hubiesen observado con mas atencion, ya se vería todo el influjo que ejerce; pues de ella ha provenido en varios casos una mortandad, que ó no se ha podido explicar, ó que equivocadamente se ha atribuido á otros principios.

Y ya que tanto se pondera la resistencia de los negros africanos al clima de Cuba, bueno será traer á la memoria lo que allí se ha visto con frecuencia, y lo que por lo mismo nadie podrá negar. ¿No emigran á Cuba á centenares los isleños de Canarias? ¿No llegan en cargamentos despues de una larga travesía? Y ¿cuántos mueren en ella? ¿cuántos en los primeros dias despues de su arribo aun en la estacion mas calorosa? ¿cuántos despues que se entregan al cultivo de los campos, ó á otras ocupaciones? Un número cortísimo, un número insignificante comparado con el de los esclavos africanos. Y si tenemos este dato irrefragable, ¿por qué se empeñan algunos en repetir que el clima cubano se opone á que las tareas de un ingenio sean desempeñadas por otros brazos que esclavos africanos? La observacion que he hecho, respecto á los canarios, es todavia mas aplicable á los mismos blancos cubanos, porque, ademas de estar exentos de la fiebre amarilla, nada es mas comun que verlos en los campos, sufriendo dia y noche los rigores de la intemperie, y vencidos todos con una fortaleza superior á la del mas robusto africano.

Ensanchando el círculo de estas reflexiones, aun podemos preguntar: ¿Acaso impide el clima que millares de españoles europeos, de norte-americanos, franceses, ingleses, alemanes, y otros habitantes de países frios, fijen en Cuba su domicilio, y se dediquen al comercio y á las artes, ó á otras profesiones lucrativas? ¿No van casi todos ellos á establecerse en los puertos de mar, y particularmente en la Habana, que es el punto de la isla donde en la estacion calorosa están mas expuestos á los ataques de la fiebre? Fiebre hay tambien en otras Antillas; y hablando de las francesas, un escritor (1) que residió muchos años en ellas, y que ciertamente no es partidario de sus climas, se ve forzado á reconocer la aptitud de los europeos para los trabajos coloniales. Oigámosle:

«Hemos visto en Santo Domingo, en la Guadalupe y en Martinica, al principio de este siglo, cuerpos de tropas blancas, siempre alertas y en movimiento, ejecutar en escala mayor fortificaciones de campaña, y concluir estas faenas con tanta prontitud y con tan buen éxito como si hubieran vivido bajo el cielo de Europa. Ellas resistían á la invasion de las enfermedades tropicales, aun mucho mejor que los soldados de las guarniciones que vivían en el descanso y la ociosidad.»

Todavía es mas concluyente lo que en otra parte refiere.

«En 1807, como impidiese el bloqueo de los puertos de la Martinica proveer de víveres la isla, fué preciso ocurrir á recursos extraordinarios para alimentar su guarnicion. Dióse á los soldados, cuyo servicio no era de absoluta necesidad, licencia para ir á trabajar en los campos por su cuenta. A pesar de las críticas circunstancias de aquel tiempo, su salario mensual, segun los ajustes que hicieron, no bajó de doce pesos fuertes ademas de la manutencion, y para un gran número fué mucho mas considerable. Los hacendados quedaron tan satisfechos de su buena conducta y de su trabajo, que los pedidos que hacían de nuevos trabajadores, escedian en mucho al número de los que se les podían conceder.»

No ya de la aptitud, sino aun de la superioridad de los blancos sobre los negros para ciertos trabajos recios tropicales, nos dan un ejemplo los vapores del gobierno inglés, que sirven de correos entre diversos puntos de las Indias occidentales. Creyóse al principio, que los europeos empleados en los climas frios en atizar el fuego

de las calderas de las máquinas de vapor debían ser reemplazados por negros; pero la esperiencia demostró que la organizacion del blanco resiste mejor que la del africano á la alta temperatura de aquellas máquinas.

A las transiciones del calor al frio en las Antillas son los negros mucho mas sensibles que los blancos. Acostumbrados á los rigores del ardiente sol de su país, echan de menos su accion en las Antillas, y á pocos grados que baje el termómetro en los meses que en ellas se llaman impropriadamente de invierno, andan encogidos y trémulos, y en las horas que no duermen y trabajan se les vé colocados junto al fuego. Y esto debe acontecer en Cuba con mas frecuencia que en otras Antillas, porque estando situada en el limite septentrional de la zona tórrida, y solo separada del continente por el estrecho canal de Florida, está expuesta durante algunos meses á los vientos frios del norte y del noroeste (4).

Las preocupaciones á que el comercio de negros ha dado origen contra el clima de las Antillas, se refutan tambien victoriosamente con su colonizacion primitiva, y con las oscilaciones que en ellas ha experimentado la raza blanca. Se ha visto que esta, en unas mismas islas, ora ha menguado, ora ha crecido, ora ha quedado casi estacionaria, y todas estas alternativas han acaecido con absoluta independencia del clima.

Cuando Francia extendió su imperio á las Antillas, en la primera mitad del siglo XVII, no se valió de negros para fundar sus primeros establecimientos. De la Normandía pasaron á centenares los colonos, que por algunos años se destinaron á todos los trabajos de las islas francesas; y como se comprometían á servir por tres años, llamáseles *engagés à 36 mois*. Andando el tiempo, aquellos campos dejaron de cultivarse exclusivamente por gente blanca; mas esto acaeció, no porque el clima resistiese, sino por los desórdenes de la administracion, por la crueldad con que se trataba á los colonos, y por el ejemplo de otras colonias, en que ya se empleaban negros africanos, que producían grandes ganancias á hacendados y traficantes. Sin este fatal aliciente, la inmigracion europea hubiera continuado, pues su enemigo mortal no ha sido el clima de las Antillas, sino el tráfico de esclavos.

Poca gloria cupo á los ingleses en la colonizacion de aquellas islas. Casi todas las que hoy poseen, las conquistaron de otras naciones; pero las pocas que poblaron ellos, recibieron por primeros cultivadores, no negros africanos, sino colonos europeos.

España, á quien se debe el descubrimiento del nuevo mundo, fué tambien la primera que dió el ejemplo de la colonizacion blanca. Con el brazo de sus hijos pasó triunfante por aquellas vastas regiones el estandarte de Castilla; con ese mismo brazo desecó lagos, enfrenó rios, abrió caminos y levantó ciudades y fortalezas; y con él tambien descujó los bosques, y rompió las tierras, que en su seno recibieron las primeras semillas de las plantas europeas. Algunos años despues de la conquista se importaron los primeros negros; pero debe observarse que esta introduccion fué para aliviar á los indios, y no porque se considerase á los españoles incapaces de resistir el clima americano. Cuando el gran Bartolomé de las Casas pidió en 1517 algunos negros para Santo Domingo, pidió igualmente que se enviasen *labradores de Castilla*: prueba bien clara de que en aquellos tiempos, en que el clima de las Antillas debía ser aun menos salubre que hoy, la raza europea se miraba como muy útil para las faenas de la agricultura. Contemporáneamente á las Casas, tambien clamaron por negros los pobladores, los empleados civiles y militares, y aun las comunidades religiosas de aquellas islas. Pero jamás se fundaron en la insalubridad de su clima, sino en la falta de brazos que se experimentaba con la muerte de los indios; y lejos de considerar su influencia como perniciosa, la isla de Santo Domingo, alarmada con los negros, pidió al gobierno desde 1520 que dejase pasar á ella gente de cualquier nacion (2).

Las alternativas que en algunas de dichas islas ha experimentado la poblacion blanca, no se pueden explicar por la influencia del clima.

Inglaterra se apoderó de Jamaica en 1655. Ignórase cuál fué entonces su escasa poblacion blanca; pero sábase que menguó mucho con la guerra y con la emigracion de las familias españolas que la habitaban. Los trastornos de la Gran Bretaña despues de la muerte de Cromwell, y los temores de sus partidarios al ver desde 1560 los sintomas ciertos de la restauracion de los Estuardos, hicieron pasar á Jamaica muchos súbditos británicos. Con este impulso, la poblacion blanca llegó á los siete años de la conquista á 4,500. Al mismo tiempo la isla se convirtió en guarida de los piratas, que al paso que infestaban el mar de las Antillas, saqueaban tambien

(1) Léanse los resultados que varios observadores han obtenido acerca de la temperatura de algunas Antillas en parajes situados al nivel del mar. Todas las observaciones están reducidas á la escala del termómetro centígrado.

	Temperatura máxima.	Temperatura mínima.	Temperatura media en todo el año.
Jamaica (Kingston).....	32 °,78	20 °,56	26 °,67
Jamaica de las costas.....	32 °,22	20 °,56	27 °,22
Trinidad.....	33 °,89	25 °,37	» »
Barbadas.....	27 °,59	22 °,18	26 °,37
Dominica.....	33 °,33	26 °,00	» »
Puerto-Rico.....	35 °,00	18 °,75	» »
Martinica.....	35 °,00	20 °,56	27 °,24
Guadalupe.....	39 °,30	18 °,50	27 °,51
Santo Domingo (en Cabo Francés).....	35 °,00	20 °,00	27 °,22
Cuba (en la Habana).....	32 °,03	10 °,00(1)	25 °,55

(1) En el pueblo de Uabajay, á cinco leguas de la Habana, y á 58 toesas sobre el nivel del mar, observó Robredo en 1801 que el termómetro centígrado había bajado á 0° en todas las Antillas citadas, y que, á excepcion de Barbadas, la máxima es menor que en las demás. No inferiré por esto que Cuba sea mas templada que aquellas islas, pues los términos extremos no son los que constituyen el clima de un país, pero sí podrá afirmarse que lo es, fundándose en las temperaturas medias, pues de la tabla aparece que es menor en Cuba que en las demás Antillas.

(2) Herrera, década II, lib. 9.°, cap. 7.

las colonias españolas. Afluyendo á ellas las riquezas, los blancos aumentaron, y segun carta escrita por Tomás Lynch, su gobernador, al lord Arlington, ministro de Estado, ascendieron en 1675 á 7786. Mas habiendo cesado enteramente la piratería, la poblacion blanca perdió el estímulo que entonces la fomentaba, y menguando mas bien que creciendo en los sesenta años posteriores, todavia en 1754 no bajó de 7,644. Encendida la guerra entre Inglaterra y España en 1759, las escuadras y los cruceros británicos renovaron sus ataques contra los buques y los establecimientos españoles; y volviendo Jamaica á enriquecerse, la poblacion blanca cobró nuevas fuerzas, elevándose en 1742 al total de 14,000 (1). Reanimóse tambien con la independencia de los Estados- Unidos; pues algunos de los ciudadanos que se mantuvieron fieles á la madre patria, se fijaron en aquella isla. Con estos auxilios, la poblacion blanca subió en 1791 como á 50,000 (2). Yo no sé si despues tuvo algun aumento, pero lo cierto es que, abandonando muchos blancos la Jamaica, su número no llega hoy á 16,000. ¿Y se atribuirán al clima tantas oscilaciones en los números de la raza blanca? ¿No es claro que solamente han provenido de causas políticas, y que si estas hubiesen sido siempre favorables, aquella habria prosperado rápida y constantemente?

Los blancos de Granada y las Granadinas ascendieron en 1700 á solo 251. Eleváronse á 1,162 en 1755, y á mas de 1,600 en 1774. Pero desde entonces empezaron á disminuir en tales términos, que en 1827 estaban reducidos á 854. «Si esto se debe atribuir, dice Bryam Edwards, á los acontecimientos de la guerra, á las disensiones domésticas, ó á las calamidades enviadas por la mano de la Providencia, yo no lo sé; pero aparece que la poblacion blanca de Granada y las Granadinas ha disminuido considerablemente desde la primera vez que estas islas cayeron en poder de los ingleses (3).» Si este historiador hubiera escrito despues de la revolucion francesa, no habria vacilado en afirmar que las desgracias de Granada procedieron inmediatamente de la mano del hombre y no de la Providencia. Otro historiador de las colonias británicas, despues de mencionar la insurreccion que allí duró desde Marzo de 1795 á Julio de 1796, asegura, que los asesinatos y devastaciones que causaron los rebeldes, dieron á la isla un golpe tan tremendo, que nunca mas se ha podido reponer (4). Véase, pues, cómo la poblacion blanca creció en los dos primeros tercios del pasado siglo, y cómo de entonces acá ha menguado mucho, sin que en esto haya tenido el clima influencia alguna.

San Cristóbal empezó á ser colonizada por los ingleses en 1624. A pesar de las invasiones y otras desgracias que sufrió en el siglo XVII, su poblacion blanca fué de algunos millares; mas decreciendo gradualmente, apenas llegó en 1852 á 1,612. ¿Y se hará al clima responsable de esta disminucion, cuando en tiempos anteriores no se opuso al aumento de los blancos, y cuando aquella isla tiene fama de ser en extremo seca y saludable? (5).

Los ingleses ocuparon la Dominica en 1759 y su posesion les fué confirmada por el tratado de París, concluido en Febrero de 1765. A solo 600 llegaron entonces los blancos. El Parlamento concedió á la isla franquicias mercantiles; repartióse la mitad de sus tierras, y á los compradores se impuso la condicion de que empleasen en su cultivo cierto número de blancos. De aquí resultó, que estos subieron diez años despues, ó sea en 1775, á 5,550. Pero invadida la isla por los franceses, y dominada por ellos hasta la paz de 1785, en que la restituyeron á la Gran Bretaña, muchos colonos emigraron, y ya por aquellos tiempos la poblacion blanca quedó reducida á 1,256. He aquí cómo influyeron causas políticas por sí solas, ora en aumentar, ora en disminuir la raza europea.

Si no temiera ser difuso, yo recorrería una por una las Antillas inglesas para probar, que prescindiendo del clima, la poblacion blanca ha crecido en todas siempre que se la ha fomentado, y disminuido cuando se la ha contrariado. Mas ya que las paso en silencio, permítaseme, por lo menos, detenerme algunos momentos en las Barbadas, pues esta fué en otro tiempo la Antilla británica mas importante por su comercio y su poblacion blanca.

Empezaron los ingleses á colonizarla en 1624. Con la revolucion de Inglaterra, muchos buscaron un refugio en las Barbadas, y tan grande fué la emigracion, que en 1650 se computó que había 20,000 hombres blancos, de los cuales *once mil* se hallaban en estado de tomar las armas. En el entretanto, las tierras se repartieron, abrióse un vasto comercio con Holanda y otros países, y libre la isla de trabas y restricciones, pues que no obedecía al gobierno recién instalado en la metrópoli, llegó á un alto grado de prosperidad. «Que el suelo de esta isla es naturalmente muy fértil (asi se espresa Bryam Edwards (6)), debemos necesariamente reconocerlo, si damos crédito á las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de su antigua poblacion y opulencia. Se nos ha asegurado que por los años de 1670 las Barbadas tenían 50,000 blancos, y mas de 100,000 negros, cuyos trabajos, segun se dice, empleaban 60,000 toneladas en la exportacion. Yo sospecho que esta noticia es muy exagerada. Sin embargo, no puede dudarse que los habitantes de esta isla han menguado con una rapidez pocas veces conocida en ningun otro país.» Efectivamente, los blancos habían bajado en 1724 á 18,295, y los negros en 1755 á 69,870. En 1786 aquellos estaban reducidos á 16,167, y estos á 62,115. Y esta disminucion acaeció cabalmente en la época en que el comercio de esclavos que

(1) Montgomery Martin, *History of the British Colonies*, vol. II.

(2) Bryam Edwards, *History of the West Indies*, vol. I, lib. II, capítulo 5.

(3) *History of the West Indies*, vol. II, lib. III, cap. 2.

(4) Montgomery Martin, *History of the British Colonies*, vol. II.

(5) Montgomery Martin, vol. II.

(6) *History of the West Indies*, vol. II, lib. III, cap. 1.°

(1) *Recherches statistiques sur l'esclavage colonial*, par M. Alex. Moreau de Jonnés.—Paris, 1842.

hacian los ingleses con la costa de Africa, se hallaba en el estado mas floreciente.

Pero, ¿en qué consistió tan grande decadencia? Tres fueron sus causas principales. 1.ª Destruida la república inglesa, y sentado Carlos II en el trono de sus mayores, se impuso á la colonia en 1665 una contribucion permanente á favor de la corona, de 4 y medio por 100 en dinero, sobre el producto neto de todos los frutos que exportase. Este grave tributo, afectando de año en año los intereses de la agricultura, no pudo menos que producir desastrosos resultados. 2.ª Debióse á la república el origen de la famosa *acta de navegacion*, y Carlos II, no solo la adoptó, sino que tambien amplió sus disposiciones. De aquí fué que la isla de las Barbadas, que hasta entonces se habia servido de la marina holandesa para exportar sus frutos á Europa, vió interrumpido su comercio; y los colonos, en los gritos de desesperacion que lanzaron, predijeron con bastante acierto que aquella *acta*, acompañada de la funesta contribucion del 4 y medio por 100, causaria grandes males á la poblacion y agricultura. 3.ª La superficie de aquella isla solo es de 106,470 acres de tierra; y dados casi todos al cultivo desde el siglo XVII, no hubo ya espacio suficiente para los ingenios que entonces se empezaban á fomentar. Encarecidas las tierras, algunos pequeños propietarios vendieron sus suertes á un precio muy elevado, y trasladándose á otros países donde podian comprarlas mas barato, contribuyeron tambien á disminuir el número de los blancos. Así fué como estos, sometidos siempre á la influencia de un mismo clima, crecieron y menguaron extraordinariamente en las Barbadas.

Si echamos una rápida ojeada sobre las Antillas francesas, veremos que la poblacion blanca de Guadalupe y de sus dependencias (las Santas, San Martin, la Deseada, y Mar-Galante) ascendió en 1700 á 3,825. Fué aumentando paulatinamente hasta 1819, en que subió á 14,445, máximo de su incremento. Despues acá empezó á bajar, y en 1855 ya no habia sino de once á doce mil blancos.

Estas llegaron en Martinica en 1700 á 6,597. Suben á su mas alto punto, ó sea á 12,450, en 1767. De aquí menguan hasta 1784: vuelven á subir un poco hasta 1790; y desde entonces han ido disminuyendo constantemente: de manera, que en 1855 estaban ya reducidos á menos de nueve mil. Y, ¿proceden acaso del clima tantas alternativas? Las invasiones extranjeras, las vicisitudes del comercio, las disensiones intestinas, la mayor ó menor fertilidad de las tierras, la facilidad ó dificultad de adquirirlas, y los rivales que han encontrado sus frutos, aun en los mercados de Francia; tales son las causas que han influido en las oscilaciones de la poblacion blanca.

Lleguemos por fin á las Antillas españolas. La poblacion blanca de Cuba ascendió en 1841 á 418,291. Y tan considerable número ¿no es producto exclusivo de la colonizacion europea? ¿No es verdad que si esta hubiese sido mayor, tambien lo habria sido aquel? El clima que hoy nos dá 418,000 blancos, ese mismo nos daría una cifra muy superior, si nuestro suelo no se hubiera contaminado con la inundacion de tantos africanos. Aquí es de hacerse una reflexion de muy consoladora esperanza. La colonizacion de Cuba empezó en 1511, y desde aquel año hasta 1775, en que se hizo el primer censo, todos los blancos no llegaron sino á 96,000. Hemos visto que estos ascendieron en 1841 á mas de 418,000; pero el espacio transcurrido de 1511 á 1775 es de 264 años, mientras el de 1774 á 1841 es solo de 66. De modo, que en este último periodo aparece la poblacion blanca mas de cuatro tantos mayor que en todo el primero. ¿Y de dónde provienen tan notables diferencias? ¿Nace por ventura del clima el lento progreso de los blancos en los primeros 264 años? Y si se dice que sí, ¿cómo es que ese mismo clima no se ha opuesto á su rápido incremento en los últimos 66?

Subamos á otras causas, y desaparecerán las contradicciones. Desde la conquista hasta 1778 Cuba estuvo gimiendo bajo el monopolio de los negociantes de Sevilla y Cádiz; y en ese largo período muy poco pudo adelantar. Mas en aquel año se le abrió una nueva era. El gobierno ilustrado de Carlos III, renunciando á la política mezquina de sus antecesores, derogó los monstruosos privilegios de aquel monopolio, habilitando trece puertos de España, para que comerciase con América. Aumentáronse despues las franquicias, y Cuba, ó mas mañosa ó mas afortunada que las otras colonias hispano-americanas, logró al fin que se le permitiese abrir relaciones directas con los países extranjeros. Desde entonces, á pesar de que no se fomentó la colonizacion blanca, á pesar de que el enemigo mas formidable de esta siempre ha sido la *trata* de los negros, pues que sin ella, el número de blancos se hubiera aumentado mucho mas; la influencia vivificadora del comercio ha sido tal, que la poblacion blanca cubana, que en el último tercio del pasado siglo solo llegó á 96,000, en poco mas de media centuria se ha levantado al alto número de 418,000. Este ejemplo no necesita de comentarios, y la historia de lo pasado nos anuncia el porvenir.

Por los años de 1509 asentaron los españoles su primera colonia en Puerto Rico; y en los 285 que corrieron hasta 1794, los blancos solo llegaron á 50,000. Para el objeto que me propongo, es muy importante conocer el progreso de la poblacion, y en la tabla que inserto se lea el resultado de los censos hechos desde aquel año.

Años.	Blancos.	Mulatos lib.	Negros lib.	Esclavos.	Total.
1794	30,000	5,164	16,414	17,500	169,192
1802	78,281	55,164	15,833	17,536	183,014
1812	85,662	63,983	20,191	21,730	230,622
1820	102,432	86,269	25,057	31,874	302,672
1827	150,311	95,430	26,857	34,240	323,838
1830	162,311	100,430	25,124	41,818	357,056
1836	188,869	101,275	25,124	41,818	357,056

Haciendo abstraccion de la gente de color, y contra-

yéndome solo á los blancos, aparece, que estos en los 18 años de 1794 á 1812 adelantaron casi dos veces mas que en los 285 anteriores; y que en los últimos 24, esto es, de 1812 á 1856, tuvieron un aumento mucho mayor que en los 505 que corrieron desde la conquista. Este resultado asombroso, sea cual fuere la causa por la que se quiera esplicar, nos demuestra del modo mas victorioso que la raza europea se puede propagar rápidamente en el archipiélago de las Antillas. Y antes de alejarme de Puerto Rico, observemos, aunque sea de paso, que siendo esta isla donde la poblacion blanca ha crecido proporcionalmente mas que en todas las otras, tambien es donde proporcionalmente los esclavos han aumentado menos.

Citaré por último un país situado al noroeste de Cuba, y cuyo clima es mucho peor que el de la mas insalubre de las Antillas. La Luisiana ocupa un territorio muy bajo, expuesto á las frecuentes inundaciones del caudaloso Misisipi, y en muchas partes siempre cubierto de aguas estancadas y corrompidas. En medio de estos parajes que exhalan la muerte, reina endémicamente la fiebre amarilla, y su capital Nueva Orleans experimenta sus estragos en ciertos meses del año. La primera colonia europea establecida en la Luisiana, fué en la primera mitad del siglo XVII; y desde entonces al año de 1800, los blancos no llegaron sino á 18,850. ¿Y tan escasa poblacion se atribuirá á la insalubridad del clima? Los hechos responden que no. Los Estados Unidos compraron la Luisiana en 1805, y á los siete años, ó sea en 1810, ya la poblacion blanca casi habia duplicado, pues ascendió á 54,511. En 1850, esta llegó á 89,441: en 1840 á 138,437; y la ciudad de Nueva Orleans, que al principio del siglo contaba un cortísimo número de habitantes, ya en 1840 tuvo 102,195. Es, pues, inconcuso, que la marcha, ora lenta, ora rápida de la poblacion blanca de la Luisiana no ha dependido del clima, sino de causas puramente políticas y económicas.

De los datos hasta aquí presentados, y del estudio imparcial de la historia del archipiélago americano, aparecen dos grandes verdades: una, que la poblacion blanca de las Antillas extranjeras ha sido mayor en tiempos anteriores que en nuestros días; otra, que mientras en ellas menguaba, en los españoles crecia. Pero ¿de dónde provienen tan contrarios resultados? Además de las causas particulares que ya tengo esplicadas, existen otras generales, que es preciso exponer.

Si se exceptúa la Jamaica, todas las demás Antillas extranjeras son muy pequeñas. Cuando en tiempos pasados se fomentó en ellas la colonizacion, los europeos estaban seguros de encontrar tierras vacantes en que establecerse; pero despues que todas fueron repartidas, ó que las que quedaron eran de mala calidad, necesariamente hubo de atajarse la corriente de la emigracion. Es cierto que esta, aun siendo mayor de lo que fué, pudo haber cesado mas tarde; pero el tráfico de esclavos, plantando negros en aquellas tierras, quitó á los europeos el puesto que hubieran podido ocupar. Por otra parte, las destinadas á la agricultura desde el primer siglo de la colonizacion, tiempo há que están muy cansadas, ó al menos, la ciencia de los que las labran es incapaz de fertilizarlas incesantemente; y no habiendo otras en que renovar los cultivos con ventaja, la poblacion blanca ha debido encontrar en su progreso obstáculos poderosos. No así en Cuba y Puerto-Rico. Ambas tienen, y sobre todo la primera, una vasta superficie, que excluida Haití, al conjunto de todas las Antillas extranjeras. Sus terrenos son fertilísimos; la mayor parte de ellos están esperando todavía el primer golpe de la mano del labrador, y todo el que quiera dedicarse á la agricultura, puede hacerlo con tanta facilidad como provecho.

Tambien debe considerarse la posicion respectiva de las metrópolis europeas. Francia, además de los puntos que ocupa en Africa y en Asia, posee la Guayana en el continente de América; ha conquistado á sus puertas todo el territorio de Argel, y aun empieza á dominar algunas islas del mar Pacifico. La Gran Bretaña, no cabiendo en el estrecho recinto dentro del cual la encerró naturaleza, se ha extendido con una fuerza prodigiosa, llevando su poder y su civilizacion hasta los confines de la tierra. Dilatada la esfera colonial de estas dos grandes naciones, los franceses y los ingleses, en vez de correr hácia las Antillas, se han desviado de ellas, esparciéndose por anchos y nuevos canales. Otra ha sido la suerte de España. Señora un tiempo de las mas vastas y opulentas colonias del mundo, sus hijos se derramaban por las inmensas regiones de América; mas habiéndose estas separado de su metrópoli, las dos Antillas que siempre se le han mantenido fieles, no solo sirvieron de refugio á muchos españoles que abandonaron aquel continente, sino que desde entonces se ha reconcentrado en ellas gran parte de la emigracion de España. Finalmente, hay todavía otra razon de mas alta trascendencia. En general, los europeos que han pasado á las Antillas extranjeras, no han tenido otro objeto que adquirir fortuna, para volver á Europa á gozar de ella. Considerándose siempre como transeúntes, han huido al matrimonio; y cegada por una parte la fuente mas legitima, al par que mas fecunda de la reproduccion humana, y existiendo por otra una constante emigracion, es imposible que la raza blanca haya podido prosperar. Al contrario en Cuba y Puerto-Rico. Muchos de los europeos que á ellas van, se casan, se arraigan, y puede decirse con mucha verdad, que son pocos los que despues de haberse enriquecido ó ganado una cómoda subsistencia, vuelven á pasar los mares en pos de la antigua patria.

Si el número á que llegó en otros tiempos la poblacion blanca de las Antillas extranjeras; si la disminucion que estas han experimentado despues, y si el aumento constante que aquella ha tenido en las españolas se han de explicar por la influencia del clima, forzoso es caer en dos absurdas consecuencias. La primera, que mientras el clima de todas las Antillas es contrario á la raza blanca, solo le es favorable el de Cuba y Puerto-Rico,

puesto que en estas dos es donde únicamente ha hecho progresos considerables. La segunda, que hubo un tiempo en que el clima de todas las Antillas extranjeras fué benéfico á la raza blanca, pues que la dejó crecer, y otro en que le fué maléfico, pues que la ha hecho menguar. A estos errores, ó mejor dicho imposibles, nos arrastra la teoria de los climas, cuando se quiere aplicar á las oscilaciones de la poblacion blanca en el archipiélago americano. Acabemos, pues, de desengañarnos, y reconozcamos de una vez que el clima cubano no se opone á la introduccion de hombres blancos, ni menos á que estos se ocupen en los trabajos de los ingenios. Cuba encierra en su seno tesoros envidiables, y sus campos vírgenes llaman á todas horas al colono industrioso; pero el contrabando africano le ahuyenta de nuestras playas, llevándole á fecundar con el sudor de su frente otros países americanos, ó forzándole á morir de miseria en la excesivamente poblada Europa. Ciérrense para siempre las puertas á todos los negros; ábranse libremente á todos los blancos, y Cuba tendrá en recompensa una prosperidad duradera, y España la gloria de poseer una de las mas brillantes colonias á que puede aspirar metrópoli europea.

JOSE ANTONIO SACO.

(Se continuará.)

ROMA Y FRANCIA.

Lo que hace mas odiosa, y al mismo tiempo mas ridícula la política del gobierno francés en la cuestion romana, es su carácter de disimulo, sus medios clandestinos, las máscaras con que se cubre y bajo las cuales oculta sus facciones. El gobierno francés quiere presentarse de incógnito, como los reyes y príncipes que se hacen llamar condes y marqueses en sus viajes. El gobierno francés, en sus exhibiciones públicas, se llama unas veces *la Presse*, otras *le Pays*, otras *le Constitutionnel*. Ahora se llama *la France*, y nada se ha omitido por los parásitos de las Tullerías, por los que ellos llaman *sicophants* del poder, para dar á entender al público que *la France* es el verdadero, el único vehiculo de las opiniones y de las voluntariedades del emperador, como lo fueron en otro tiempo los folletos escritos por el director y fundador del nuevo periódico. *La France* ha venido, como sus amigos propalan, á ocupar un puesto vacante, y públicamente se señala en París la caja de donde han salido los 800,000 francos que ha costado su instalacion. Y en efecto, el punto de vista bajo el cual Mr. de la Guerniere considera en el nuevo diario la cuestion de Roma, es enteramente nuevo. Antes habia diarios clericales que defendian la ocupacion de Roma por las tropas francesas como un deber sagrado, como una condicion *sine qua non* de la existencia del catolicismo; habia papeles ministeriales que escribian lo que se les mandaba, y que, por consiguiente, defendian hoy lo que atacaban ayer, procurando sobre todo mantener al público en constante incertidumbre sobre la suerte que se destinaba á la ciudad de los Césares. Habia los papeles liberales que denunciaban la permanencia de los franceses en Roma como una descarada violacion de los principios de 1789. Pero carecian de intérprete en la prensa, carecian de órgano autorizado, aquellos que, sin cuidarse de la persona del Papa, de su independencia y de su seguridad, sin ninguna predileccion por los intereses de la Iglesia, solo consideran la ocupacion de Roma como el medio mas oportuno y mas eficaz de realizar en Italia el suplicio de Tantaló, de evitar la union nacional, de someter á una política tortuosa y páfida á un gran pueblo, digno de la autonomia que solicita, y capaz de sostenerla como ha sido capaz de fundarla. *La France*, pues, ha llegado á ser elregonero de la sentencia, en la cual Italia queda condenada á la mutilacion, á la acefalia, á una independencia ignominiosa, á todos los males de la inconsistencia y de la incertidumbre. Sus primeros artículos anunciaron que Roma no seria abandonada, y en todo su contenido se descubria la intencion de rebajar y desacreditar el gobierno de Turin. Antes de la caída del héroe de Marsala, sirvióle de pretexto, en cierto modo plausible, la verosimilitud de la guerra civil en la Península. Una nacion convulsionada por la rebeldia; un gobierno incapaz de desarmar al caudillo que lo amenazaba, y que hacia la guerra sin su consentimiento, necesitaba la intervencion de un poder mas eficaz y vigoroso, y estas funciones correspondian naturalmente al gran vecino, cuyas armas habian pulverizado el yugo del Austria. Pero vencido y preso Garibaldi, las baterías de *La France* han cambiado de punteria, y ahora salimos con que aquellos peligros eran imaginarios, y con que se engañan groseramente los que creen que Roma, como capital, es indispensable á la unificacion del reino; con que, una vez abatido el formidable sostenedor del partido de accion, no hay que temer nuevos disturbios, y el reino puede vivir sin su capital legitimo como ha ido viviendo hasta ahora. Este predominio del fuerte sobre el débil; este abajamiento de veintidos millones de seres humanos ante el trono del 2 de Diciembre; esta jactanciosa superioridad fundada en las bayonetas, pueden ser ideas muy gratas á los políticos franceses de escalera abajo; á los que conservan las tradiciones del *petit caporal*, y á los que olvidan el precio que pagó Francia en 1814, por su efímero engrandecimiento. Gran alimento para la vanidad francesa es, sin duda la idea de tener en manos de su jefe la suerte del pueblo, que otra vez dió leyes al mundo; la suerte de esa ciudad, que en su nombre solo, encierra los destinos del mundo civilizado. El emperador mismo puede creerse mas grande, mientras un *fiat* de su boca sea suficiente para lanzar al Papa de Roma, ó conservarlo allí hasta que Dios quiera, que lo seria despues de pronunciada la palabra y consumado el destino de la nacion. Pero lo que está fuera del alcance de aquel monarca, es la opinion de una generacion como la presente:

generacion demasiado adoctrinada por el ejercicio de la razon, emancipada de sus antiguas trabas, y por las lecciones de la experiencia, para dejarse alucinar por escritores mercenarios, por promesas que nunca se realizan, por frases grandilocuentes que los hechos contradicen; lo que no puede el emperador de los franceses con todos sus folletistas y todos sus zuavos, es acallar ese grito de universal indignacion que se alza contra su politica italiana. Nadie puede exigirle con las armas en la mano que ponga limite á su intervencion militar en la capital legitima de Italia; pero, ¿puede ocultarse á su perspicacia que esa intervencion y esa politica, están acumulando materiales copiosos de exasperacion y de despecho, cuya explosion ha de venir tarde ó temprano con un tren de consecuencias, que no puede calcular el genio mas penetrante? El antiguo y manoseado pretexto para la ocupacion de Roma, ha desaparecido con los sucesos de estos últimos dias. Se ha dicho que los franceses no podian abandonar á Roma, mientras el gobierno de Italia estuviese expuesto á verse dominado por la demagogia; que la seguridad y la dignidad del Papa requerian garantías mas sólidas que las que podian darles un gabinete impulsado sucesivamente por el arroyo de Cavour y enfrenado por la timidez de Rattazzi; por un monarca amedrentado con la popularidad de un osado guerrillero. Aspromonte ha pulverizado todos estos subterfugios. Victor Manuel se ha declarado responsable de Italia, y ha demostrado que Italia no hará mas que lo que él quiera. Su gobierno se ha mostrado bastante fuerte y bastante moderado para tomar posesion de Roma, sin faltar en lo mas pequeño á las consideraciones debidas al jefe del catolicismo. Por otra parte, se ha intentado hacernos creer que, para la desocupacion de Roma, no faltaba mas sino que el Papa cediese á los consejos del gobierno imperial, y que debía esperarse esta condescendencia en vista del agradecimiento á que se ha hecho acreedor Luis Napoleón, por la proteccion que ha dado á los intereses pontificios. La última circular del cardenal Antonelli acaba de anular este sofisma. En ella se dice que el Papa no cederá una pulgada de terreno de sus antiguas posesiones; que todas las propiedades eclesiásticas pertenecen *de pleno jure* á la Iglesia, y que cuando le sea posible, Su Santidad no solo anulará las ventas hechas por la «rapacidad de los gobiernos revolucionarios», sino que castigará á los compradores con las mas terribles penas que el arsenal canónico pueda suministrarle.

Así, pues, no queda en pie ninguno de los motivos alegados hasta ahora para la prolongacion de un estado de cosas tan erizado de dificultades, tan contrario á la paz de Europa; tan espuesto á sumergirla en el abismo de las revoluciones. En este apuro, y queriendo morir con habla, como vulgarmente se dice, el gobierno acude á la inagotable imaginacion, y á la infatigable pluma del vizconde de la Guernoniere. *Ecce iterum Crispinus*. El vizconde se declara abiertamente contra la union de Italia. Francia no puede consentir en tener por vecino un reino de veinticuatro millones de habitantes; con muchos y magníficos puertos en el Mediterráneo, etc., etc., etc. Es menester leer las enormes columnas que el escritor imperial dedica á la ilustracion de este tema, para conocer hasta dónde llega el poder de los favores imperiales, en forma del puesto de senador y de veinte mil francos de sueldo. Pero el autor de esta apologia no ha echado de ver que esos argumentos con que ataca la union del reino de Italia, son justamente los mismos que alegan los partidarios de la opinion contraria. No hay un solo estado en Europa que no desee poner un contrapeso á esa fuerza gigantesca que tan frecuentemente perturba su reposo, amenaza su seguridad y dá lugar á que los gobiernos se mantengan siempre con las armas en la mano, y agoten sus erarios en ejércitos, escuadras y fortificaciones. Hay además otra consideracion que desvirtúa completamente la lógica senatorial. ¿No hemos visto en lo que va de siglo, dos veces invadido el territorio francés por las armas extranjeras, y dos veces acampados los cosacos en los Campos Eliseos de Paris? ¿Y existía acaso entonces ese formidable vecino que tanto miedo inspira al director de la *France*?

Si este defensor de todo lo que se le manda defender llegara á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos; si en lugar de devanarse los sesos en buscar argumentos que á nadie convencen, se decidiese á convenir en lo que todos sabemos, y á decir la verdad sin rodeos ni paliativos, hé aquí, poco mas ó menos, cómo debería explicarse: «mi augusto amo ni quiere ni puede abandonar á Roma.» *No quiere*, porque le duele que el patriotismo italiano haya frustrado la realizacion del plan de Villafranca; porque la union de Italia es un obstáculo invencible al entronizamiento de un Murat en Nápoles, y del príncipe Napoleón en Florencia; porque las simpatías de Italia se pronuncian cada vez con mas energía en favor de *la perñe Albion*, y en caso de un gran conflicto europeo, ya se sabe quien podría disponer de todos los magníficos puertos de mar de la Peninsula.

No puede porque teme, con sobrado fundamento, la animadversion del partido clerical; porque este partido tiene profundísimas raíces en aquella nacion; porque maneja armas invencibles, contra las cuales tan impotentes son las bayonetas como la policia; no puede porque su poder militar depende en gran parte de la fidelidad de los mariscales, y los hay entre ellos que se adhieren al partido de la emperatriz y del conde Walewski; no puede, en fin, porque la evacuacion de Roma podría excitar tal fermentacion de entusiasmo; tales estímulos á la revolucion, y en el partido popular tan íntimo convencimiento de su fuerza y de su poderio, que Dios solo sabe hasta dónde podrían llegar sus aspiraciones.»

JACINTO BELTRAN.

ISLA DE CUBA.

Última Memoria del Excmo. Sr. D. José de la Concha.

Con tal objeto y con el convencimiento que me asiste de que en la pronta realizacion de esas obras, mas que en el número de nuestros soldados, ha de estribar la conservacion de esta importante provincia española el día que pudiera ser amenazada seriamente en una guerra extranjera, he conservado la fuerza efectiva presente en las armas é institutos durante los cinco años últimos en 16,000 hombres por término medio ó lo que es lo mismo, con una tercera parte menos de la reglamentaria; habiendo tenido tambien especial cuidado de dejar en cuadro las dos últimas compañías de cada batallon, embebiendo su fuerza en las de preferencia y las cuatro primeras del centro. Esas considerables economías han permitido que la consignacion para el material de ingenieros que en 1850, ascendió á 420,000 pesos, en 1854, á 200,000, haya podido elevarse para 1860, á la crecida suma de 763,000, sin que la disminucion de la fuerza efectiva me haya impedido asegurar al gobierno de S. M., en los momentos en que la cuestion de Méjico presentaba mayores dificultades, que podía disponer de 8000 hombres de estas tropas para la expedicion que pensó enviar contra aquel Estado.

BRIGADAS DE OBREROS.

El deseo de impulsar la ejecucion de las nuevas defensas nacido del convencimiento de su importancia, me ha hecho destinar á ellas, además del batallon y compañías provisionales de obreros, brigadas de peones compuestas de soldados de infantería con notable ventaja de la moral, de la salud, y de los intereses particulares de los individuos.

La experiencia de tres años deja demostrado que nada contribuye á mantener la buena moral y la salud de las tropas como el trabajo personal bien organizado. El regimiento de la Reina desde su campamento de barracas, construido como ensayo en las inmediaciones del castillo del Príncipe envía diariamente sus dos batallones á las obras que se hacen en él y á la de la beneficencia, así como tengo destinadas á los trabajos de los demás fuertes otras brigadas de infantería, y tanto estas como aquel regimiento, tienen mucho menos número de enfermos que los que hacen el servicio de guarnicion, y han levantado sus fondos de masita en poco tiempo con sumas considerables. Ese resultado me decidió á destinar varias de esas brigadas á las obras públicas y hasta á las que tienen ese carácter y se llevan á cabo por empresas particulares, todas ellas sujetas á un reglamento que abraza los detalles de su servicio, haberes y dias que deben dedicarse á la instruccion.

HABERES.

En la tarifa de sueldos y haberes de las distintas armas que constituyen este ejército, existía una desigualdad notable y no pocas anomalías que fueron expuestas por mí al gobierno de S. M. desde la primera época de mi mando, demostrando desde entonces en repetidas ocasiones la justicia y conveniencia de que todos los haberes guardasen la proporcion que se notaba en el de ciertas clases de real de vellón á real fuerte, cuya reforma acaba de ser sancionada por S. M. y empezará á regir desde 1.º de Enero entrante, con notable ventaja para todas las clases. Falta únicamente, para que sea completa, el aumento de haber de los cabos y soldados, sobre lo cual acaba de instruirse un expediente en que se demuestra hasta la evidencia la imposibilidad de atender con el que hoy se acredita á una regular alimentacion de esas clases, visto el aumento considerable que han experimentado los artículos de primera necesidad con que se confeccionan los ramos, habiendo llegado el caso de que estos no pudiesen contener la cantidad de alimento suficiente. Esta circunstancia me ha obligado á ordenar que se acredite un cuartillo de real fuerte por cada plaza P. y C. P. en revista á todas las armas é institutos, interin el gobierno de S. M., á quien he dado cuenta razonada, resuelve el aumento del haber. El de los sargentos ya se obtuvo anteriormente cuando se decretó para los del ejército de la Peninsula. El celo de los jefes y el esmero con que he atendido á la inversion de las cinco cuartillas del rancho, están dando los resultados mas satisfactorios, como V. E. se dignará ver al examinarlo por sí mismo.

VESTUARIO.

En la reforma orgánica ocupa el vestuario del ejército un lugar preferente. Resuelto queda por S. M. el que deben usar todas las armas de conformidad con lo que sobre el particular propuse como resultado de una observacion constante. El adoptado creo que llena bastante bien las condiciones de comodidad y visualidad que son de apetecerse en este clima. Hoy se están haciendo los cálculos de su costo para fijar las gratificaciones de primera puesta y vestuario. Una comision de jefes y oficiales de infantería y caballería se halla en Barcelona encargada de su adquisicion en las fábricas y talleres del reino, que ya ha remitido modelos del de campaña, de buena calidad, sobre los cuales se le han hecho algunas advertencias.

SANIDAD MILITAR.

El servicio sanitario del ejército ha sido siempre objeto preferente de mi cuidado; y el estudio de la enfermedad endémica del vómito, la ocupacion preferente de los profesores castrenses. Desde el ensayo de la inoculacion del virus del Dr. Umbol hecho con la prudencia y precauciones debidas, despues de consultada la opinion de la seccion de ciencias médicas de la universidad literaria que informó favorablemente sobre la conveniencia de tal ensayo, así como el cuerpo de sanidad militar, se

han empleado en los hospitales militares todos los sistemas de curacion que ofrece la ciencia, y que ha sugerido á los médicos militares su aplicacion, y se han organizado en diversas épocas depósitos de aclimatacion en los puntos mas salubres: pero desgraciadamente hasta hoy ni una asistencia asidua ni un celo incansable por parte de la administracion y de los profesores han podido dar otro resultado que atenuar, si acaso, la mortalidad que cada año ocasiona al ejército esa funesta enfermedad.

El considerable número de inútiles que se presentaba en cada reconocimiento mensual me obligó á llamar seriamente la atencion del gobierno de S. M. sobre las operaciones del enganche en los depósitos de bandera, remitiendo en comprobacion sumarias y expedientes de varios individuos admitidos con enfermedades y defectos físicos anteriores, y algunos que versan sobre individuos licenciados aquí ya como inútiles para el servicio. Consecuencia de la privilegiada atencion que he prestado á este asunto ha sido la disposicion dictada por S. M. para que sean destinados á continuar sus servicios en la Peninsula, aquellos individuos incipientes en padecimientos del pecho ó á quienes por sus continuas enfermedades se conoce que el clima de estas latitudes les es nocivo; y no pocas víctimas se han arrebatado á la muerte á consecuencia de esa resolucion que propuse hace tiempo al gobierno de S. M.

En el Estado mayor hallará V. E. los estados necrológicos comparativos de todas las enfermedades y del número de muertos é inútiles que cada una ocasiona: datos esencialísimos para el estudio de tan grave cuestion y que se remesan periódicamente al gobierno con las deducciones que de ellos se desprenden.

HOSPITALES.

Escaso era por demás el personal del cuerpo de sanidad de este ejército, y urgente la necesidad de montar los hospitales que en virtud de real orden se pusieron bajo el inmediato cuidado del capitán general; y despues de bien meditado el asunto, se sometió al gobierno el proyecto de arreglo del personal y material de los hospitales militares, clasificándoles por el orden de su importancia y descendiendo en esa clasificacion hasta las enfermerías reglamentarias para los destacamentos fijos de corta fuerza. En el cuadro orgánico del personal han tenido ingreso los profesores honorarios del ramo civil que antes hacían el servicio en los hospitales militares, y pueden hoy ingresar en el cuerpo de sanidad los jóvenes que hayan terminado su carrera en esta Universidad y acrediten su aptitud en las oposiciones periódicas que se convocan. La reforma ha alcanzado tambien á la farmacia militar, cuyos profesores, incorporados al cuerpo de sanidad, desempeñan su servicio en los hospitales. Las hermanas de la Caridad tienen á su cargo hace cuatro años la asistencia de los enfermos y el orden interior económico del hospital de esta plaza, no habiendo sido posible confiar á su caritativo y delicado celo el de los demás, por falta de número. La organizacion de las compañías y secciones sanitarias formadas con clases é individuos de tropa que desempeñan el servicio mecánico de esos establecimientos, bajo la dependencia inmediata del cuerpo de sanidad militar y de las prescripciones de un reglamento especial, ha completado la reforma.

El material de esos establecimientos la ha sufrido igualmente completa: se ha renovado todo el mobiliario: se han hecho obras y reparaciones de consideracion en el hospital de la Habana, y en los de los distritos, procurando la comodidad é higiene al mismo tiempo que la asistencia mas esmerada y prolija.

ADMINISTRACION MILITAR.

La falta del cuerpo de administracion militar se me ha hecho muy sensible en los dos periodos de mi mando, segun dejo indicado en esta reseña. Sin embargo, he procurado que mis disposiciones, relativamente á los asuntos que son de incumbencia de ese cuerpo, produjesen resultados económicos y corrigiesen los defectos y abusos mas notables.

TRANSPORTES.

La cuestion de transportes absorbía al Erario sumas de muchísima consideracion, como es fácil deducir del movimiento que ocasiona el reemplazo y licenciamiento del ejército y el servicio ordinario de la isla. De muy antiguo regia la práctica de satisfacer 52 pesos por el pasaje á Europa en los buques mercantes por cada individuo licenciado, y próximamente lo mismo se pagaba por cada recluta; lo que me obligó á ordenar que no se cerrasen por la Hacienda aquí contratos de transportes sin mi aprobacion previa. De ese modo los he llegado á conseguir en ocasiones á menos de 20 pesos; por término medio, á 23; y recientemente, á 22, en una contrata especial, con lo que, y teniendo en cuenta que no bajan de 4 á 5,000 los transportes anuales que ocasiona el reemplazo y el licenciamiento y con haber aprovechado la marcha á nuestros puertos de España de los buques de guerra de este apostadero, para el transporte de cumplidos inútiles y enfermos, dejo á la consideracion de Vuecencia apreciar la importancia de las economías obtenidas con aquella sola providencia y en un ramo que pertenece exclusivamente á la administracion.

UTENSILIO.

El utensilio se suministraba á los cuerpos de este ejército, una sola vez al tiempo de su creacion, y una gratificacion de doce maravedis mensuales por plaza, abonada por la Hacienda, constituía el fondo de su entretenimiento. Consecuencia forzosa de tal sistema, era la de cargar á los individuos el valor de efectos y prendas que de nada les servían y su licenciamiento. Además, los jefes tenían que hacer las veces de la administracion militar, cuya falta para esta atencion importante, la he

suplido hasta cierto punto, centralizando la administración del ramo en la subinspección con los mejores resultados, pues se ha renovado la mayor parte del material: se ha atendido con mayor economía a su entretenimiento: se ha adquirido un utensilio nuevo y completo para todos los jefes y oficiales del regimiento infantería de la Reina, y quedan disponibles en la caja de la subinspección 51,000 pesos, con que se podrá atender al que necesitará en breve el gran edificio que para pabellones se está construyendo en el campo de Peñalver.

El utensilio de los cuerpos de guardia costaba sumas de consideración, y lo que es peor aún, era manantial perenne de abusos: la reforma que he introducido en él ha producido una economía de cerca de 40,000 pesos.

PAN.

En medio de la subida de precio que vienen experimentando las harinas, se ha podido conseguir el suministro del pan por medio de contratos en subasta pública, á precios bastante módicos, supliendo así la intervención del cuerpo administrativo, cuya acción directa en este solo ramo, debe producir grandes resultados.

La parte administrativa de los hospitales militares reclama también imperiosamente esa misma intervención.

Con la supresión de abonos de haberes, y raciones de hombres fallecidos, y caballos y mulos muertos, limitándolo hasta el día de su fallecimiento, inclusive, que propuse al gobierno de S. M., y fué aprobada, se obtuvo una economía de 35 á 40,000 pesos anuales, por término medio.

El arreglo del depósito de licenciados ha dado también resultados satisfactorios.

Mis repetidas comunicaciones al gobierno de S. M., reclamando la creación del cuerpo administrativo, dilucidando extensamente todas esas cuestiones que son del exclusivo cargo de ese cuerpo, y contienen los detalles económicos que dejo lijaramente extractados. Segun mis noticias, el gobierno de S. M. ha resuelto favorablemente mi petición.

DIVISION TERRITORIAL.

La division territorial militar de la isla sufrió, durante el primer periodo de mi mando, una alteración de importancia, que fué la supresión del departamento central, incorporando al oriental la vasta jurisdicción de Puerto-Príncipe, y al occidental las de Trinidad, Santispiritu y Remedios, cuya comunicación con la Habana habían aumentado y facilitado sobremanera los ferrocarriles y las líneas de vapores costeros de ambos mares, disposición que fué aprobada por el gobierno de S. M.

JOSE DE LA CONCHA.

(Concluirá en el número inmediato.)

A continuación reproducimos, á ruego de su autor, un folleto recientemente publicado, que abunda en apreciaciones justísimas, y en que se trata con claridad y gran copia de razones un asunto de interés palpitante: *El Constitucional*, órgano ministerial, y *La Discusión*, han encomiado este trabajo, debido á un joven de talento, que conoce y sabe tratar, como lo prueba su folleto, las cuestiones mas importantes que se relacionan con nuestra administración en las Antillas.

LAS REFORMAS EN LA ISLA DE CUBA.

I.

Por vivas y sinceras que sean las esperanzas que las recientes declaraciones del ministro de Ultramar en el Congreso despierten en los ánimos de los que por la felicidad de las provincias ultramarinas se interesan, necesario es confesar que el planteamiento de las reformas anunciadas ha de sufrir las dilatorias consecuencias de los trámites consultivos á que se ven sujetas cuantas modificaciones se introducen en el gobierno y administración de aquellas provincias. Y es por cierto muy de notarse cómo han llegado á ser una rémora esas consultas, por mas que las reformas sean universalmente reconocidas como urgentes y reclamadas por la opinión pública, infalible legisladora en este siglo de publicidad y discusión. No parece sino que, arrollados por la corriente del progreso, los últimos restos del absurdo sistema de la desconfianza y del terror, como base de todo gobierno ultramarino, quieren oponer impotentes dilaciones á la nueva política que por la espontánea iniciativa del gobierno, se ha inaugurado en Ultramar. La ley de instrucción pública, el único, el verdadero cimiento de nuestra influencia en América; ley que ha de dar nueva vida á la actual universidad de la Habana para que, como un faro luminoso, derrame la luz de la civilización por todo el continente americano español; ley que formará una juventud, esperanza de la raza latina en el Nuevo-Mundo, ha pasado dos años en consulta. Las excitaciones de la prensa, las mismas palabras del ministro de Ultramar en el Congreso, defendiéndose de la acusación de lentitud por la obligación de la consulta, autorizan las sospechas de que podría ser sistema lo que realmente no reconoce otra causa que cierta indiferencia funesta por los asuntos que no tienen un carácter de política palpitante. El gobierno, que ha reconocido y proclamado en el Congreso la necesidad de reformar profundamente el sistema político y administrativo que rige en Ultramar, no puede, sin grave responsabilidad moral, tolerar semejantes dilaciones, sean las que quieran las causas que reconozcan. De lo contrario, habría con sus declaraciones desprestigiado lo existente sin reemplazarlo, y hecho completamente estériles los medios morales tan necesarios á todo buen gobierno. Además, planteada en la Isla de Cuba una ley de Ayuntamientos, base fundamental de toda reorganización política y administrativa, que autoriza la intervención popular, siquiera sea indirectamente, en la gestión de sus intereses; creado un centro consultivo, obligatorio para la primera autoridad de la isla, centro que es la personificación de la opinión pública hecha cuerpo, por cuyo conducto las opiniones todas pueden manifestarse legalmente, iniciándose aquellos habitantes por medio del voto Consultivo en la gobernación del país, imposible es ya detenerse en el camino; encender la sed del progreso y no satisfacerla urgentemente, es el peor de los sistemas que pudiera seguir un gobierno. Estamos, pues, atravesando un periodo de transición, cuya duración no es posible señalar, y que prolongará las dificultades si no se allanan por los que mas directamente están llamados á intervenir en la obra de reorganización.

En semejante estado de cosas, conviene mucho analizar los deberes que á cada uno incumben, y cuál sea la conducta mas adecuada para preparar en ocasión oportuna y fácil el feliz logro de la empresa. Dos grandes agentes existen capaces de tomar activa parte en ella, el gobernador capitán general de la isla y sus habitantes. De cada uno de ellos conviene ocuparse por separado, concediendo el primer puesto á la autoridad superior local. Esta autoridad, representante de la unidad del poder nacional, en aquella remota provincia, puede

y debe ejercer su influjo en pró de la profunda armonía moral y política que tan necesaria es á la Metrópoli como á su provincia. Cargo de bien encumbrada esfera es sin disputa el de Gobernador Capitán General de Cuba, y propio para despertar y colmar cualquier género de ambición. En vano encubre su importancia la modestia del título, pues, entre aquella capitania general y las demás de su nombre, no existe de hecho punto alguno de semejanza, por mas que las nuevas reformas, ayudadas por la electricidad y el vapor, conspiran á este conveniente, necesario y laudable fin, como consecuencia natural de la política de asimilación proclamada á la faz de la nación por el ministro de Ultramar en una célebre sesión que recordarán con entusiasmo y gratitud los cubanos. Pero hoy, y por algun tiempo aun, el gobierno superior de Cuba, á la par con el de la India Oriental inglesa, y acaso con el de las posesiones holandesas en Java, forman una categoría *sui generis* de poderes que, sin llegar al rango de soberanos independientes, desuelian, sin embargo, de hecho, por la consentida arbitraria usurpación de las facultades del gobierno supremo, sobre las demás autoridades de segundo orden. Y aun cuando en el número de súbditos entregados á su dirección tenga el gobernante español inferioridad visible respecto á sus colegas, ni la tiene en la importancia y riqueza del país á su mando confiado, ni menos en la índole de aquella sociedad, cuyo superior carácter es incontestable. En efecto, en Cuba predomina, como no acontece en la India, el elemento civilizado que todo lo penetra de su espíritu y todo lo absorbe en sí, constituyendo, cuando no la mayor parte numérica, una fuerte minoría dotada de omnipotencia intelectual. Tales circunstancias, á la vez que aumentan el brillo y el poder de la persona llamada á tan elevado puesto, acrecientan la responsabilidad moral y las dificultades de éxito. Aparte de la experiencia adquirida en el mando de otras provincias; aparte la suma de instrucción administrativa que de necesidad debe acompañar á todo gobernador de Cuba, es indispensable, para gobernar con provecho de la nación y sin tormentos para su propio ánimo, obtener gran suma de popularidad, no del género populachero, que se adquiere halagando las preocupaciones del vulgo, sino una popularidad razonada, que se alcanza con solo atemperarse á las circunstancias del país, dando satisfacción á sus legítimas esperanzas. Util en todas partes este apoyo sólido de la opinión, ha llegado en Cuba á ser hoy día indispensable, por lo mismo que las facultades de mando se hallan reconcentradas casi sin freno ostensible, mientras la sociedad sujeta á su imperio es esencialmente europea y participa de todas las aspiraciones del siglo, favorecidas por el influjo del general bienestar que á todos infunde una dosis inmensa de independencia personal. Suprimido el vínculo de comunes simpatías entre el gobernante y los gobernados, fácil es comprender cuáles serán las consecuencias y cuán sorda pugna se verá entablada bajo el falaz aspecto de una sumisión, hasta obsequiosa, y cuán serio choque puede sobrevenir en el momento oportuno. Popularidad y firmeza de carácter, acompañada de gran suavidad de formas, son dotes necesarias para efectuar sin tropiezo esa gran transición que todo reclama, y esa fusión verdadera de los elementos conservadores donde reside el secreto de la futura prosperidad. Si las riendas del Gobierno se empuñan con vacilación, no podrá comunicarse una dirección fija y sistemática al movimiento social; así como, si no hay economía y hasta avaricia en desplegar el ejercicio de una autoridad, cuya extensión nadie desconoce, no será posible granjearse los ánimos, ora obedezcan á las interesadas miras del tipo comercial propio de los peninsulares, ora á los instintos aristocráticos que abrigan los hijos del país. En cuestiones de intereses materiales conviene emplear suma templanza y moderación, porque este es en Cuba un punto muy delicado y el gran escollo contra el cual mas de una autoridad se estrellará. Hoy el peligro está grandemente disminuido con la creación del Consejo de Administración, cuyo voto es de requisito legal para tomar ciertas determinaciones que pudieran herir intereses materiales. El Consejo, que, por su estructura especial, representa al país en todas sus clases, presta á la autoridad superior todas las garantías de acierto y aleja la idea de arbitrariedad, compañera funesta de los gobiernos dotados de sumo poderío. Si el gobernador de Cuba sabe utilizar tan importante institución, sirviéndose de ella como de un escudo popular, las clases todas influyentes de la sociedad cubana acudirán á prestarle esa fuerza incontrastable de la opinión pública, de que tanto necesita para poner en contacto las personas notables de los antiguos partidos sin visible esfuerzo y sin asomo de preferencia. La nación recibirá en ello un gran beneficio á la par que el porvenir de la isla se llenará de esperanzas.

Ocasión es esta de tributar al actual gobernador de Cuba la justicia que su mando merece. De génio franco y caballeroso, el general Serrano reúne las dotes mas necesarias para regir con acierto los destinos de Cuba. La conducta observada en el periodo de tres años, es un testimonio de tan altas prendas. Su administración brilla por lo templada, sensata y conciliadora. Lejos de invadir atribuciones ajenas, ha dejado á cada autoridad subalterna moverse dentro de la esfera de sus atribuciones, y si alguna, como el intendente, joven de reconocido talento é instrucción, pero de poca aptitud para tan grave cargo, en cuyo desempeño son tan necesarios la experiencia de los años y el conocimiento de los hombres, no ha dado los resultados que de su aplaudido nombramiento se esperaban, culpa no ha sido del gobernador super-intendente, sino de los que, confundiendo el talento en abstracto con la aptitud especial para un cargo determinado, creyeron de buena fé poner al frente de la gestión y dirección de la hacienda de la isla un elemento joven dotado de circunstancias favorables para llevar á feliz término los planes de reforma que tanto exige la situación económica de la isla. El tiempo ha venido á demostrar con la inexorable lógica de los hechos que, la frase elegante, la instrucción mas variada que sólida, la dignidad para rechazar las tentaciones torpes del dinero, no son los únicos requisitos indispensables para poder dirigir con acierto los intereses económicos de la isla. Un carácter mas analítico que generalizador, menos sensible á impresiones del momento, mas aplicado al estudio árido, penoso y diario de las mil cuestiones que surgen cada día en el complicadísimo mecanismo de aquella hacienda, hubiera de fijo sacado al Tesoro de Cuba, si no de todos, de gran parte de los apuros en que se encuentra, y hecho mas inmediatamente posible el planteamiento de ciertas reformas hoy aplazadas.

El hecho de haber propuesto y conseguido la transformación del gobierno político de la Habana en empleo civil, prueba cuáles son las tendencias del general Serrano; tendencias mas claramente desenvueltas en la propuesta de un proyecto de representación política para la isla. Pensamiento adelantadísimo, y que á pesar de considerarse prematuro por algunos, por no estar aun planteadas todas aquellas reformas económicas y administrativas que preceder deben al ejercicio de derechos políticos, servirá de grande estímulo al gobierno, no solo para confirmarlo en sus deseos de reformas, sino para acelerar su realización. Todas estas circunstancias han creado al duque de la Torre, cuyo título recuerda uno de los actos mas gloriosos para España, y que la historia registrará en eloquentes páginas, una popularidad de buena ley, á punto que, cuando se aleje de la isla, dejará los mas gratos recuerdos sin legar á su sucesor ningún obstáculo que vencer, ni aun el oficioso cortejo de amigos que bien á pesar suyo y de su antecesor, pretendieron poner en pugna las dos administraciones.

El nombramiento del general Dulce que ha sabido conquistar en el difícil mando de Cataluña las alabanzas de todos los partidos, es la mejor garantía que pudiera dar el gobierno de lo arraigada que está en su ánimo la idea de la reforma liberal que tan bien personifica el nuevo gobernador, liberal por carácter. Y aunque el difícil mando de Cataluña sea cosa muy distinta del complicadísimo gobierno de Cuba, es fácil augurar que no obstante las afinidades de partido que haya podido adquirir en Cataluña, la imparcialidad mas estricta y la sistemática obediencia á los preceptos soberanos, formarán la base de la conducta que este probado general seguirá en Cuba. Su juicio sereno, su conocimiento de los hombres y su calma en momentos difíciles abonan el precedente vaticinio.

Con el sistema de tacto y dulzura se roza muy de cerca el espinoso asunto de la prensa periódica, rodeado en Cuba de inñitas dificultades. La censura previa, institución falsa en doctrina, repugnante en principio, es por ahora, en la opinión del gobierno, merced á in-

flujo de localidad y momento, una bien triste necesidad. En la situación de Cuba, con los resabios que aun allí subsisten y con la irritación latente de los ánimos, no habría, ni cordura, ni verdadero liberalismo en suprimir de súbito tamaña barrera al ímpetu de las pasiones sobreescitadas por la sed del progreso. Mas al fin y postre tales razones de un género político son por esencia accidentales. Es posible y hasta seguro, ver calmada esa eferescencia con algunos años de buen gobierno, cimentado en el razonable planteamiento de las reformas todas, reconocidas por urgentes y prometidas con espontaneidad. Satisfechos los ánimos, libre ya el gobierno de toda excitación inoportuna, borrado hasta el recuerdo de conatos subversivos, la plena libertad de discusión es, fuera de toda duda, la medida mas conservadora, en cuanto descubre en tiempo oportuno las miras de trastorno y agrupa las masas en defensa del orden alrededor de la autoridad. El espíritu de discusión y exámen constituye el aliento actual de nuestra época, y donde circunstancias dolorosas obligan á ponerle veto, justo y cuerdo es, no ir un ápice mas allá de lo estrictamente necesario. La prensa en Cuba debe estar vigilada con esmero é inteligencia en cuanto atañe á la cuestión política de nacionalidad y á la cuestión social de esclavitud, llamada á resolverse por medios indirectos en una serie no muy larga de años; pero aparte de esos puntos cardinales de existencia, y salvo siempre el debido respeto al sagrado de la vida privada, debe gozar de una lata tolerancia. Incómodo es verse contrariado, y mucho imperio sobre sí mismo se necesita para refrenar los ímpetus de la natural impaciencia, aviniéndose voluntariamente á sufrir disensiones que dentro de la legalidad se pueden suprimir; mas este es un sacrificio exigido á la vez por las condiciones del tiempo, por el interés de la patria y hasta por el propio bien entendido provecho. En una sociedad cual la cubana, tan activa, tan engrdeida, tan insubordinada intelectualmente, se anida cierto prurito de crítica que necesita de algun desahogo por donde se regularice y se acierte á medir su intensidad. De lo contrario, se reconcentra, se encoña y ejerce ese poder roedor de la murmuración, ante el cual no hay autoridad que defienda su prestigio. La discusión pública es, bajo todos conceptos, preferible, ya porque sus extravíos son menos de temer, ya porque presta elementos á la dirección de los ánimos y absorbe su fuerza corrosiva.

Trazadas las condiciones negativas, por decirlo así, que para su buen acierto, exige el mando de Cuba, fácil es indicar las condiciones activas que también necesita. Grandes y muchas, como son las reformas que el régimen de Cuba pide, su misma importancia las encumbra sobre la esfera en que las atribuciones de la primera autoridad giran. Limitada su acción por la obligatoria consulta del Consejo de administración, límite salvador para toda autoridad mas celosa del acierto que ávida de atribuciones, apelables, como son, todas sus resoluciones, el cumplimiento riguroso y sistemático de la legalidad existente, homenaje rendido al único absolutismo legítimo, el de la ley y sumisión, altamente política, á la autoridad del gobierno supremo, órgano de la voluntad nacional, la iniciativa oportuna é inteligente en la propuesta de aquellas modificaciones que la experiencia acredita como necesarias, la alta inspección de todos los actos que constituyen la administración política y económica, hé aquí, condensados en breves frases los puntos en que ejercitarse deben las dotes activas de todo gobernador de Cuba; mucho mas, si como en Santo Domingo ya acontece por una reciente y sabia modificación, que tiende visiblemente á separar el poder militar del civil, la responsabilidad que al cargo de superintendente iba aneja desaparece.

La verdadera responsabilidad de la Hacienda en aquella nueva provincia española recae sobre su gestor y director, que es y debe ser el intendente, y solo cuando una grave cuestión de orden público hiciera necesaria su intervención, asumirá la responsabilidad el gobernador capitán general.

Desembarazada la primera autoridad de Cuba de subalternos cuidados, puede emplear su inteligencia y energía en el cumplido desempeño de su elevado cargo con toda la grandeza de que por las actuales circunstancias se reviste. Representante de la idea nacional y del soberano en aquella provincia, debe ser al propio tiempo el conducto de sus votos, el fiel intérprete de sus necesidades y el abogado incansable de sus intereses. La índole intensamente económica de aquel país, sus inmensas fuerzas productoras, su rápido desarrollo, su idiosincrasia en punto á organización social, su misma juventud moral, todo indica lo indispensable de un régimen liberal que, paso á paso, vaya asimilándolo al de la Península para confundir cada vez mas su nacionalidad á intereses con los de España y acabar con esos conatos de autonomía para la cual no tiene población ni elementos. El gobernador capitán general que, despues de un estudio cuidadoso y elevado de la sociedad cubana se empape de estas verdades y emplee para convertirlas en hechos aquella autoridad que su elevada posición le confiere, habrá servido bien á la nación, habrá labrado la felicidad de la provincia y habrá obtenido al propio tiempo cuanto galardón puede apetecer un ánimo generoso.

II.

La organización política de Cuba, hoy por hoy, deposita en principio absoluto, y tambien mucha parte de hecho, toda la potestad social en los altos poderes, por cuya iniciativa se rigen los comunes destinos. Prescindiendo de la reconocida necesidad de variar tal estado de cosas, grave error seria suponer que los habitantes de Cuba están desposeídos de cierto influjo sobre su propia suerte, pues, como casi siempre acontece, la rigidez de la teoría fundamental se encuentra modificada por mil y mil circunstancias de sumo peso. No hay en Cuba ni sombra de aquel gobierno libre hacia el cual los pueblos gravitan en virtud de su propia civilización, y que todos alcanzan, mas tarde ó mas temprano, por estas ó aquellas vías, midiéndose el desasosiego de la transición, por el grado de loca resistencia que se trata de oponer á un movimiento irresistible. No existe en Cuba, fuerza es repetirlo, ni sombra legal de tal mecanismo, y lo que es mas, las condiciones peculiares de su estructura, y la necesidad de previas reformas administrativas y económicas, le vedan en sana prudencia pedir la repentina inmediata aplicación de la idea apetecida. Sin embargo, la consumación del fenómeno se prepara, y por donde quiera asoman los elementos que habrán de cooperar al éxito final. La riqueza y la ilustración generalmente difundida; el influjo indirecto del sistema constitucional vigente en el resto de la monarquía; las frecuentes comunicaciones con pueblos extranjeros; la existencia, en fin, de una prensa que discute y raciocina, hé aquí las causas de mayor bulto que se combinan para coordinar los impulsos de la opinión pública. Ostensiblemente, aparte ciertas reformas económicas y administrativas, el régimen político de la isla de Cuba no ha cambiado sobre punto alguno de entidad durante los veinte últimos años; pero en su espíritu ha sufrido gravísimas alteraciones. Véase allí repetido el ejemplo que Francia nos ofrece, donde la legislación política del segundo imperio parece calcada al pié de la letra sobre las instituciones del primero, cuando en realidad media entre ellas un abismo. Al absoluto dominio ejercido por Napoleón I, vemos sustituirse una dictadura, fuerte sí, pero templada; dictadura nacida de los excesos revolucionarios de 1848, que por ellos se autoriza, y que la mayoría nacional admite como sosten del orden. Tal sistema de gobierno no es, sin duda alguna, un bello ideal para nadie; pero se acepta como accidente pasajero, porque á su vez respeta el poder de la opinión pública, á la que procura atravesar satisfaciendo sus legítimas manifestaciones. Esa dictadura reconoce, pues, la existencia de un poder moral, superior á los poderes de hecho. Idéntica es en el fondo, para quien comprenderla sabe, la situación moral y política de Cuba. Allí se observa una dictadura, mientras á su lado despunta el irresistible empuje de la opinión, cuyo triunfo es hoy bien patente con la declaración del ministro de Ultramar, condenando implícitamente lo existente al encañer en la palabra asimilación todo el pensamiento liberal del gobierno respecto de la nueva política que en las provincias ultramarinas ha de regir.

Véase, pues, por qué los habitantes de Cuba no carecen de todo influjo sobre sus propios destinos, y por qué no es ocioso examinar cuál deba ser su conducta en este periodo de transición.

Bajo tal punto de vista no cabe ocuparse de los individuos, cuya importancia personal desaparece por la inmensidad del conjunto. Los partidos, es decir, aquellas vastas colecciones de individuos que en medio á ciertas disidencias se ven ligados entre sí por la mancomuni-

dad de sus ideas, aspiraciones ó intereses, son las únicas entidades eficaces, dotadas de vida y movimiento, y cuyos actos merecen estudiarse. Ni se desatiende con esto á la mayoría á primera vista indiferente, porque los partidos con su energía todo lo absorben, y apenas hay persona que, ignorándolo tal vez, no se encuentre á ellos afiliada por misteriosas simpatías.

Los partidos hay en Cuba, el peninsular y el criollo; partidos bien definidos para que sea preciso hacer la larga historia de su formación. Compuesto el peninsular de colonos que emigran de la Península en busca de fortuna, de antiguos carlistas expatriados, claro es que sus tendencias políticas son estacionarias, y que su profesión es el comercio. Lleno de ardiente patriotismo, este partido, ha prestado á la autoridad en ocasiones difíciles grandes servicios, presentándose, como un solo hombre, á defender la nacionalidad que los menos y los mas exaltados del partido contrario pusieron en grave peligro en momentos de ciega desesperación. De aquí procede el grande influjo que ha ejercido por mucho tiempo al lado de la primera autoridad y aun del mismo gobierno supremo, quien no ha escaseado para sus jefes las gracias de todo género. Acaso algo prodigo anduvo en tales mercedes, fomentando, sin saberlo, cierta industria del patriotismo, por algunos bien explotada. El afán de conservar un influjo que las modificaciones de ciertas ideas van debilitando cada día, le hace acoger con poco disimulado disgusto toda reforma que tienda á relajar la rigidez de un sistema de desconfianza y de represión, ya innecesario, y á dar indiferentemente á todos los habitantes participación en los consejos que, por la opinion legalmente expresada, debe recibir toda autoridad. Esta pasiva resistencia á todo adelanto liberal, es un grave error cuyas consecuencias á todos alcanzan. La condición del súbdito español, avecinado en Cuba ó en la Península, presenta desigualdades harto manifestadas y no muy gratas. Mientras en la parte europea de la monarquía goza de aquellos derechos inseparables de un régimen constitucional y adecuados á las tendencias del siglo y de la civilización, en la provincia ultramarina los pierde de derecho, como sus naturales, sufriendo esa funesta excepción, que algunos pretenden justificar como un accidente de localidad, sin fijarse en la consideración de que ese principio de desigualdad de derechos solo puede tener una razón de ser fundamental en los puntos en que exista una raza diferente conquistada; pero no en Cuba, donde todos son conquistadores de origen español. Y así como la provincia catalana, á pesar de que sus intereses industriales, están en pugna con la libertad de comercio, que las demás provincias reclaman, no por eso sufre excepción de localidad en sus derechos políticos, con mayor razón la provincia cubana, que no tiene intereses contrarios á los de las demás de la monarquía, no debe pasar por la vergüenza de imponer fatalmente al que en ella nazca ó se avecinda, una condición, considerada en la época actual, como depresiva de la dignidad del hombre. Por estas y otras muchas consideraciones, nadie que estime en algo el nombre español, debe rechazar un sistema consultivo, cual el que hoy se establece, como medio eficazísimo y preparatorio para llegar á la representación del país en el Congreso nacional. Al lado de las consideraciones morales aparecen, para apoyar este cambio, las del propio interés. El provecho que al hombre trabajador é industrioso resulta de poder ingerirse, siquiera sea con su voto, en el planeamiento de cualquier reforma que afecte á su bolsillo, es tan evidente que no necesita demostrarse. No hay reforma alguna de aranceles y de contribuciones directas, sobre las cuales las clases industriales y consumidoras, no sientan la conveniencia de poder manifestar lo que opinan; no hay capitalista, dueño de una sola acción en Bancos, ferrocarriles, etc., que no se halle en idéntico caso. Este sistema de consultar los votos de la opinion, lejos de encerrar peligros, los conjura con sabia prevision. El árbitro de los destinos del mundo hoy, acude á él para resolver en un Congreso internacional lo que pudiera hacer con la punta de su espada; la misma Rusia conoce la justicia y la prudencia de que los nobles propietarios tengan intervención, con derecho de exámen, en la gran transformación social y económica que en sus vastos dominios se opera. ¿Querrán los peninsulares de Cuba, por conservar el monopolio del influjo que les daban circunstancias que ya no existen, avenirse de buen grado, no solo á perder los derechos del sistema constitucional, sino también á verse de peor condición que los súbditos del Czar? ¿Creen semejante situación muy compatible con su dignidad personal y su bien entendido provecho? Los intereses vitales del partido peninsular en Cuba se encuentran ligados á la causa de la reforma por consideraciones mas graves que cuantas hasta aquí van mencionadas. La civilización moderna camina á pasos de gigante; en el calor de la controversia suele hablarse de una escuela retrógrada; pero la cosa es tan absurda, tan imposible en el sentido material é intelectual, que cuanto existe es á lo sumo una escuela estacionaria, aferrada á lo antiguo y procuradora de inútiles trastornos. Siempre y por todas partes, quienes ligan su suerte á los intereses de un pasado impotente contra un porvenir rebosando bríos, están condenados á perecer en virtud de una ley suprema de fatalidad tan benéfica como saludable. La historia contemporánea lo atestigüa con estrépito. Al partido peninsular le urge empaparse de estas ideas para sacar provecho de sus graves locaciones. Para él la conservación del orden político, es cuestión de vida ó muerte. Honra, existencia, familia, fortuna, lo que el hombre puede tener de caro y de sagrado, todo pende de esta simple condición. Su propia salvación, pues, le manda no sostener un sistema estacionario, cuyas horas postreras están contadas. Impórtale sobremanera que el movimiento civilizador en Cuba se efectúe por la senda de las reformas y no por el de la revolución; que la suma inevitable de progreso se consiga por España, y no á pesar de España; y, así como ayudó al gobierno á dominar situaciones difíciles, debe auxiliarse hoy en la obra de transformación, que tan prudentemente acomete. Para ello no necesita renunciar á su patriotismo, antes al contrario, inspirarse en él á fin de no alarmarse cándidamente porque á un honrado y sábio cubano le tributen en sus funerales, sus discípulos y paisanos, la expresión de su admiración por su saber y virtudes. La idea de que plega la suerte de la isla por tal ó cual manifestación, por tales ó cuales versos, inspiración de un poeta mas entusiasta que mal intencionado, es indigna del poder y la grandeza de España.

Cuántos argumentos van expuestos respecto de los móviles que impulsar deben al partido peninsular por la senda del progreso, son aplicables al partido criollo para que, triunfante ya en la mente del gobierno la política por él representada, modere su impaciencia y no pretenda alcanzar en un día lo que debe ser obra del tiempo, y sobre todo de la experiencia adquirida en el ejercicio de los nuevos derechos administrativos; que aunque escatimados, conducen seguramente á la consecución de todos aquellos que la civilización moderna presenta como unidos á la dignidad del hombre y compatibles con la verdadera idea de gobierno. Sin embargo, los rasgos de carácter de este partido y la diferencia de su actual posición, exigen entrar en aclaraciones de diverso género. El grupo de los incorregibles, que son los menos, es demasiado escaso, para atribuirle importancia alguna, mientras la gran mayoría consta de otros dos grupos, el uno compuesto de quienes, sin desearla, coquetean con la revolución; y el otro de quienes, por desaliento, se retraen de la vida pública sumiéndose en absoluta indiferencia. Semejante conducta, por ilógica y absurda que parezca, sobre todo cuando se trata de clases aristocráticas en su índole y esencia, es la que generalmente predomina en el partido criollo.

Pero antes de pasar adelante en la exposición de las ideas que sugiere tal conducta, preciso se hace definir la clasificación de aristocracia en un país animado por un espíritu democrático mercantil, si bien imbuido en la doctrina de la superioridad de castas. La aristocracia en Cuba, con muy pocas excepciones, no es la feudal cimentada en cuarteles de nobleza. Su base es la riqueza, el saber, la ciencia en todas sus ramificaciones, y se encuentra personificada por cuantos, por su posición elevada, representan mayor suma de intereses que el término medio de sus habitantes, y por quienes, por la preeminencia misma que obtienen, se hallan ligados con mayor responsabilidad á defender el orden social que se la confiere. Semejante aristocracia, robusta y legítima en razón de su origen, evita también en Cuba su principal riesgo, el de degenerar en una oligarquía, pues la inmensa riqueza del país, acrecenta mucho mas allá de la usual proporción, el

guarismo de sus individuos. Los miembros de esta aristocracia son artesanos de su propia fortuna, y la categoría que obtienen envuelve un homenaje que se rinde al trabajo y á la inteligencia. Por esta razón el gobierno supremo debe contribuir con las debidas recompensas al estímulo de esta clase interesada en el ordenado progreso de las ideas de civilización.

Reconocido ya por todos los que no estén obcecados hasta el delirio que la revolución en Cuba, cualesquiera que fueran sus fines, sería un hecho funesto, es inconcebible la actitud de los que por desaliento ó superficial egoísmo, se retraen de toda participación en los negocios públicos. La política de retraimiento siempre fué una política suicida. Una de las causas del sordo malestar político que en Cuba se advierte, proviene, á no dudarlo, de la ausencia de la natural armonía entre todas las clases conservadoras. Si la autoridad se siente debilitada con la falta de ese apoyo, en cambio las clases que abdicaron su verdadera misión social, se privan de todo prestigio, de todo influjo y se anulan para contribuir á la transformación política deseada. Lo que los franceses llaman *bouder*, es cosa indigna de su gerarquía y perjudicial bajo todos conceptos. Posiciones hay cuyo decoro y responsabilidad no consenten rehuir altos empeños por mezquinos subterfugios, que á nada conducen, sino á recopilar en sí los males de ambos extremos. Sí, esto es evidente, si no lo es menos que á los horrores de una revolución, que solo entraña sangre y ruinas, es preferible la idea de un movimiento reformista, pausado, pero cierto, que afiance los bienes presentes y asegure los adelantos de la civilización en todas sus consecuencias; si el gobierno resuelta y noblemente así lo ha proclamado á la faz de la nación, es preciso conocer que la conveniencia y el sentimiento de propia dignidad, no les deja abierto sino un solo camino. Adhesión franca, sincera, ilimitada, á la causa de la nacionalidad española, á la causa de esa España que, después de haber dado al mundo otro mundo, según la elocuent expresión de uno de nuestros mas notables hombres de Estado, se levanta hoy ante la Europa, asombrada y deslumbrada aun con el recuerdo de sus antiguas grandezas. Excusado fuera decir que semejante adhesión, no implica; ni el aprobar cuanto sobre puntos secundarios existe, ni el renunciar á toda esperanza de mejora; pero sí abandonar las exageraciones del radicalismo, que no es otra cosa, que la desesperación de la lógica, la confesión de la impotencia para saber sacar partido de las condiciones sociales existentes.

Si es verdad que los pueblos empiezan á ser libres por sus costumbres, los cubanos deben reconocer que, la ciudad de la Habana, la de Matanzas y alguna otra, no componen toda la isla, no bastante preparada aun para el ejercicio de ciertas libertades que en la misma Europa constitucional se desbordan. Para que la sociedad tenga su debido aplomo; para que las clases aristocráticas y conservadoras recobren su justo prestigio y su libertad de acción; para que sin impedimento ejerzan aquel influjo sobre la dirección de los comunes destinos, preciso es ante todo que, colocados en su situación normal, desvanezcan hasta la menor sospecha de conatos subversivos y acepten el orden político existente, con la seguridad de una reforma progresiva. Cuantos corazones latán, pues, á la noble idea del adelanto; cuantos apetezcan el público sosiego y la comun riqueza, deben ya convencerse de que, si anhelan lograr sus aspiraciones, preciso es limitarlas á lo asequible y enderezarlas por el sendero de la reforma. Anuada la opinion, en vez de malgastar sus esfuerzos, nada será capaz de resistir á su reconcentrado poder.

Fé ciega en la continuidad del progreso y en los destinos de la nacionalidad española, para ver realizados por trámites mas cortos y con éxito mas completo las nobles aspiraciones de la libertad hermanadas con el orden. Este es el programa á que debe sujetar su conducta el partido criollo, seguro de que, ayudado por el partido peninsular y por la primera autoridad, facilitará de una manera eficaz la grande obra de reorganización, ó mejor dicho de transformación, tan noblemente reconocida y proclamada, como resueltamente iniciada, para dejar de ser cumplida por el gobierno que hoy rige los destinos de la nación.

ASPROMONTE.

ENCUENTRO DE ASPROMONTE.

«A bordo del *Duque de Génova*, 1.º de Setiembre.

Tenian sed de sangre: y yo quise evitarla; no el pobre soldado que obedece, sino los hombres de la pandilla que no pueden perdonar á la revolución que sea la revolución (lo que turba sus digestiones conservadoras), y haber contribuido también ella á reconstituir nuestra familia italiana.

Sí; tenian sed de sangre, y al apercibirme dolorosamente de ello, consagré todos mis cuidados para que no se vertiese la de nuestros adversarios.

Recorria el frente de nuestra línea gritando que no se hiciese fuego, y del centro á la izquierda, en donde mi voz y la de mis ayudantes de campo podían ser oída, no partió un solo tiro. No sucedió lo mismo del lado del ataque. A los doscientos metros de distancia, empezaron con un fuego de fusilería infernal, y los bersaglieri que se encontraban en frente de mí, dirigiendo contra mí sus tiros, me hirieron de dos balazos: uno en el muslo izquierdo, no grave, y otro en el tobillo del pié izquierdo, causándome una herida grave.

Como todo esto sucedía al empezar el conflicto y yo habia sido conducido al linderó del bosque después de haber recibido las heridas, no pude ver mas, formándose una muchedumbre espesa alrededor mio en tanto que se me curaba. Puedo, sin embargo, asegurar concienzudamente, que en toda la línea que estaba á mi alcance, y á la de mis ayudantes de campo, no se disparó un tiro. Como de nuestro lado no se hacia fuego, les fué fácil á las tropas aproximarse y mezclarse con los nuestros; pero como se me dijo que pretendían desarmarnos, respondí que las desarmaríamos á ellas. Sin embargo, las intenciones de mis compañeros eran tan poco hostiles, que no llegué á hacer desarmar mas que á algunos oficiales y soldados regulares.

No sucedía así en nuestra derecha. Los *picciotti*, atacados por las tropas regulares, respondieron haciendo fuego sobre toda la línea, y aunque las trompetas tocaban para que cesase el fuego, hubo un fuerte fuego de fusilería que no duró, sin embargo, mas que un cuarto de hora.

Mis heridas fueron causa de que se desconcertase un poco nuestra línea; no viéndome nuestros soldados, comenzaron á retirarse al bosque, de manera que poco á poco, la multitud que me rodeaba se disipó, y solo quedaron los mas fieles.

En este momento supe que mi estado mayor y el coronel Pallavicino, que mandaba las tropas regulares, trataban con las condiciones siguientes:

- 1.º Que yo fuese libre con mi estado mayor, de retirarme donde me agradase (yo respondí que á bordo de un navío inglés).
- 2.º Que una vez llegados á la orilla del mar, el resto de mis compañeros sería puesto en libertad.

El coronel Pallavicino se condujo como jefe valeroso é inteligente en todos sus movimientos militares, y no ha faltado ni en miramientos, ni en cortesía hacia mí y hacia mi gente.

Manifestó su dolor de verter sangre italiana, pero habia recibido órdenes perentorias y debió obedecer. Mis disposiciones habian sido puramente defensivas, y habia esperado poder evitar un conflicto, merced á la fuerte posición que ocupaba, y creyendo que las tropas regulares tenian órdenes menos sanguinarias. Si yo no hubiese sido herido desde el principio, y si mi gente no hubiese recibido el orden de evitar una colisión cualquiera con las tropas regulares, la lucha entre unos hombres de la misma familia hubiera podido ser terrible.

Sin embargo, ¡mas vale así! Cualquiera que sea el resultado de mis heridas, cualquiera que sea la suerte que me prepare el gobierno, tengo la conciencia de haber llenado mi deber, y el sacrificio de mi vida es bien poca cosa si puede contribuir á salvar la de un gran número de mis conciudadanos.

En la arriesgada empresa en que yo y mis compañeros nos hemos arrojado, nada de bueno esperaba del gobierno de Ratazzi. ¿Pero por

qué no debia esperar menos rigor por parte del Rey, no habiendo alterado en nada el antiguo programa, y estando decidido á no alterarle á ningun precio? Lo que me alijia mas era esta fatal desconfianza que ha contribuido mucho á dejar incompleta la unidad nacional.

De todas maneras, esta vez todavía yo me presento ante la Italia con la frente erguida, seguro de haber cumplido con mi deber. En esta ocasión, aun mi vida indiferente, y la mas preciosa de tantos generosos jóvenes, han sido ofrecidas en holocausto á la mas santa de las causas, puras de todo vil interés individual.

J. GARIBALDI.

«31 de Agosto.

A bordo de la fragata el *Duque de Génova*, al partir de Scylla (Calabria), ayer á las cuatro de la tarde.

La columna mandada por el general Garibaldi se vió obligada por las condiciones en que se encontraba y por la dificultad del trayecto marítimo, á dejar atrás una gran parte de su gente. Después perdió muchos hombres aun, estenuados por la fatiga, por el hambre, por las marchas largas y desastrosas.

En la tarde del 28 de Agosto de 1862 se reunía y acampaba la columna sobre las llanuras de Aspromonte, al Nordeste, provincia de Reggio, en la Calabria, y precisamente en el lugar designado bajo el nombre de los *Forcitati*.

La fuerza de la columna estaba reducida á 1,500 hombres próximamente.

Garibaldi habia establecido su cuartel general en un cuarto muy estrecho de una de las dos cabañas que se elevan en medio de esta vasta llanura.

La noche del 28 al 29 fué fria y lluviosa. A intervalos la lluvia caía á mares acompañada de fuertes ráfagas.

Los voluntarios podian con gran trabajo alimentar las dos hogueras que habian encendido, á fuerza de paciencia.

En la tarde del 28 y en la madrugada del 29 se distribuyeron algunas pobres raciones, traídas de los pueblos circunvecinos.

Cohibidos como estábamos por las tropas regulares, la columna era demasiado numerosa todavía para poder recorrer, como era necesario para evitar un encuentro con las tropas, los senderos de la montaña y los cauces de los torrentes; era demasiado numerosa tambien para poder procurar lo estrictamente necesario en las aldeas pequeñas, diseminadas y pobres, casi todas ocupadas ya por los que nos perseguian.

El general Garibaldi habia ya resuelto dividir la columna en dos, para hacerla marchar con instrucciones, cada una con su objeto, siguiendo diversos caminos.

Sin embargo, las tropas regulares habian llegado el 28 á Arci, en tanto que una parte de los voluntarios se encontraba aun en Pedargoni y en Santo Stefano.

Estábamos separados por una marcha ó dos á lo mas. Las tropas llegaban á un paraje cuando los voluntarios salían de él; algunas veces los cuerpos destacados nos encontraban, y entonces tenian el aire de hacer prisioneros... de guerra. ¿De qué guerra? Nadie se habia batido.

Los voluntarios tenian órdenes expresas y formales de no atacar, de no defenderse, de marchar rápidamente; nada mas.

El 29 de Agosto, un poco antes del medio día, el general hizo levantar el campo de *Forcitati de Aspromonte*. Las tropas habian llegado por la noche á Santo Stefano. No tenian que marchar mas que dos horas, para ocupar la misma llanura que nosotros ocupábamos.

Siempre con la intencion de evitar un encuentro con las tropas, el general dió orden de pasar un riachuelo y de marchar al Norte hacia la colina.

Nos detuvimos á medio camino, y precisamente en el punto donde comienza un espeso bosque de pinos.

Al llegar allí, la columna hizo frente á las tropas que ya marchaban hacia nosotros y comenzaban á aparecer sobre las alturas.

No dejamos avanzadas. Las dos casas de *Forcitati*, no fueron ocupadas.

Entramos en el bosque.

Era, pues, evidente que la intencion de Garibaldi no era combatir; que queria, por el contrario, como siempre, impedir una vez mas un encuentro con las tropas.

Garibaldi se hallaba en el centro de la parte de la costa que ocupaba nuestra columna.

Enviaba oficiales sobre toda la extension de nuestro frente, para renovar las órdenes formales de no hacer fuego, y observaba por todos lados con su antejo.

Las tropas continuaban avanzando. Los bersaglieri á la cabeza, al paso de marcha y la línea detrás.

Desplegábase desde el centro hacia la derecha y la izquierda, y sin interrumpir la marcha de frente, mostraban claramente la intencion de envolvernos. Sabíamos que una columna, saliendo por delante de su derecha, intentaba por las alturas colocarse por nuestra retaguardia.

Las primeras líneas de bersaglieri habian ya llegado á ponerse á tiro, y se colocaban.

Toda la columna observaba en silencio.

Varios de los nuestros y de los mas valientes, determinados á no combatir, habian entrado en el bosque.

Ni un grito, ni un tiro. El general estaba en pié y observaba; su ancho capote gris claro lo tenia recostado sobre la espalda, y se volvía de tiempo en tiempo para decir: «No hagais fuego.» Los oficiales repetian la orden: «No hagais fuego.»

Pero las órdenes de atacarnos, dadas á las tropas, eran, por el contrario, positivas.

Los bersaglieri rompieron el fuego, y avanzaron.

Ninguna intimación preventiva fué transmitida.

Ningun parlamentario fué enviado.

El fuego se hizo mas vivo.

Oímos el silbido bien conocido de las balas que pasan á través de las ramas, y van, alrededor de nosotros, á introducirse en los árboles.

Desgraciadamente, algunos jóvenes imprudentes no saben resistir al efecto, nuevo para ellos, de este juego terrible, y responden con tiros, raros é inespertos, y que sin embargo, derraman sangre. Los otros no se mueven; los que están de pié, quedan en esta misma actitud; los que están sentados, permanecen sentados.

Todas las trompetas, sin escepcion, hacen la señal para hacer cesar el fuego. Todos los oficiales dan la misma orden. Tal es la respuesta que nosotros enviamos á la tropa, que hacia resonar el paso de carga, acompañándolo con un fuego muy nutrido.

El general, inmóvil, de pié, en medio de una espesa lluvia de balas, continúa gritando: «No hagais fuego.» En este momento, dos balas le hieren; la una, muerta, en el muslo izquierdo; y la otra, en toda su fuerza, en el tobillo de la pierna derecha.

La herida del muslo es ligera; la del pié, grave y complicada.

Garibaldi, en el momento en que es herido, no solo queda de pié, sino que se vuelve magistrosamente (*si atlegio maestosamente*), se descubre, y agitando en el aire su sombrero con la mano izquierda, grita repetidas veces: «¡Viva la Italia! no hagais fuego!»

Algunos oficiales, los que se encontraban mas cerca de él, le trasportaron y le acomodaron al pié de un árbol.

Allí, con su ordinaria calma, continúa dando órdenes. Las mas precisas fueron siempre estas: «Dejadlos aproximarse. No hagais fuego.»

Sobre toda nuestra línea, el fuego habia cesado.

Al cabo de poco tiempo se trajo también á Menotti, herido por una bala muerta, en la pierna izquierda, de lo que lo ha resultado una contusión muy dolorosa. No podia ternerse en pié, y el padre y el hijo fueron colocados bajo el mismo árbol.

Alrededor del general se forma un círculo de oficiales y soldados. El enciende un cigarro, y se pone á fumar, diciendo á todos: «No combatais.»

Los soldados interrogan con la voz y con la mirada á los oficiales. Todos responden lo mismo: «No combatais.»

Las trompetas continúan tocando para que cesase el fuego, no para nosotros, sino para las tropas, que se adelantan siempre haciendo fuego, y han llegado ya.

Voluntarios, bersaglieri y tropa de línea se encuentran al momento confundidos los unos con los otros.

Desde el primer tiro, hasta esta escena de confusion, apenas transcurre un cuarto de hora, y la confusion crece á causa de un espectáculo digno de llamar la atencion.

Amigos, hermanos, primos, conocidos, compañeros en recientes batallas dadas en defensa de la patria, se encuentran y se reconocen. Los unos llevan la camisa roja, los otros el uniforme de las tropas regulares.

Es un cambio prolongado de abrazos, apretones de mano, de saludos mezclados de recíprocos y severos reproches. Pero los mas severos llevan las camisas rojas, que á grandes gritos protestan y declaran no querer mas que á Roma.

Se oyen discusiones entre oficiales y oficiales, entre soldados y soldados, discusiones cuyo carácter es mas bien político que militar.

Los gritos de «¡viva el ejército italiano!» resuenan frecuentemente entre los nuestros, y son acogidos por los unos con indiferencia, y por los otros con abatimiento.

Un oficial de Estado mayor se adelanta á los demás, se le conduce á la presencia de Garibaldi, que le mira y le ordena deponer su espada.

El oficial obedece; pero hace observar que ha venido en calidad de parlamentario.

El general, con aire grave y digno, le habla en estos términos: «Yo sé desde hace treinta años, y mejor que vos, lo que es la guerra; sabed que los parlamentarios no se presentan de este modo.»

Otros oficiales de bersaglieri y de línea son conducidos hacia el árbol, bajo el cual está sentado el general, y ordena que se les quiten las espadas. Pero algun tiempo despues dá orden de que se vuelvan á todos, y la orden es ejecutada.

Todo esto pasa en muy corto tiempo, y mientras que los médicos examinan y vendan las heridas del general que continúa fumando, insiste que se le tengan las heridas siempre mojadas, y se trae agua de una fuente vecina.

Pregunta repetidas veces á los médicos si las heridas exigen la amputacion, y en caso afirmativo, que no vacilen en operarle inmediatamente. Los médicos responden que la amputacion no está indicada.

El general encarga en seguida á su jefe de estado mayor que llame al comandante del cuerpo que ha atacado, y se manda al efecto al oficial de estado mayor que ha llegado al principio, el cual parte y vuelve despues de veinte minutos con el coronel Pallavicino.

Las instrucciones que le dá Garibaldi, son de entrar en negociaciones, «porque nosotros,—dice,—no queremos combatir con el ejército italiano.»

El coronel Pallavicino, que encuentra tambien antiguos conocidos, declara en primer lugar que ha recibido órdenes positivas de atacar de cualquier modo y en cualquier sitio que fuese, y pregunta si nosotros reconocemos al Rey. Nosotros respondemos que no hay necesidad de declaraciones, y que basta el programa de Garibaldi y su último escrito fechado en Catania.

El coronel Pallavicino habla en seguida de rendicion. Nosotros respondemos que no puede haber rendicion, porque no ha habido combate; que los asaltados no han respondido á los que asaltaban, y que no se ha opuesto defensa al ataque. Las pocas bajas de tropa regular deben imputarse á un error de un momento.

El coronel Pallavicino fué conducido despues cerca del general. El se presentó con la cabeza descubierta, y se espresó en términos respetuosos. Poco despues se dejó, y algunos oficiales del estado mayor del general Garibaldi, fueron á proponerle el desarme de la columna. Desarmada seria confiada á la escolta de sus tropas.

Pallavicino respondió, que segun su opinion todos serian enviados á sus casas en el término de veinte y cuatro horas.

Se convino:

En que el general Garibaldi con un acompañamiento de oficiales cuya lista él presentaria, y á los cuales se les dejaria su espada, se trasportaria á Scylla.

Que en el camino podria detenerse donde le pareciera, para descansar y curar sus heridas.

Que en Scylla pediria un buque inglés, á bordo del cual subiria con los suyos.

Que el convoy seria escoltado á distancia por un batallon de bersaglieri.

En cuanto al embarque sobre un navío inglés, el coronel Pallavicino declaró que no tenia por su parte nada que objetar, pero que estaba obligado á pedir sobre este punto instrucciones al Gobierno.

El cuerpo de tropas que nos asaltó, se componia:

Del cuarto regimiento, mandado por el coronel Eberhardt, presente.

(Este coronel húngaro debe su grado á Garibaldi, y formaba parte de la expedicion de 1860.)

Del cuarto batallon del regimiento 29 de línea.

Del cuarto batallon del regimiento 57.

Del sexto batallon de bersaglieri.

Dos compañías del 25 de bersaglieri, comandante Pinelli Maccodomo, presente.

Comandante en jefe del cuerpo, el coronel Pallavicino de Priola.

De la provincia de Cantabro, nosotros habíamos sido informados de que de 25 á 30,000 hombres marchaban á nuestro lado, y esta noticia ha sido confirmada por el mismo Pallavicino.

El general Cialdini estaba en Reggio.

El contra-almirante Albini mandaba la flota.

Los muertos de una y otra parte son en muy corto número. Lo mismo sucede con respecto á los heridos.

En cuanto á los desarmes, acompañados en los primeros momentos de confusion de actos y de palabras brutales, es verdad que los ha habido. Nosotros estamos afijidos, sobre todo, por los que los han cometido. Nosotros no podemos ni queremos especificarlos, considerándolos como inspirados por sentimientos individuales.

Casi todos los bagajes se han dispersado; bien es verdad que nadie ha pensado en guardarlos.

Por nuestra parte hemos hecho volver una carabina que habia sido arrebatada á un bersaglieri.

Nosotros hemos dicho ya que las espadas que hizo depositar á algunos oficiales, les fueron devueltas.

El desarme se efectuó.

Llegaba la noche.

Improvvisamos una litera para trasportar al general. Este transporte debia ser la triste carga de los oficiales y soldados que le acompañaban. Y bien que estos oficiales fuesen mas numerosos que los inscritos en las listas, no se originaron dificultades.

Los bersaglieri, mandados por el mayor Pinelli, cerraban la marcha.

Caminando por una senda penosa y llena de accidentes, llegamos, despues de una hora de marcha, á un paraje donde habian sido conducidos los heridos.

Se preguntó al general si deseaba permanecer allí.

Respondió que preferia seguir adelante hasta llegar á alguna cabana ó granja, á fin de poder estar solo.

Una buena tirada mas lejos, y á nuestra derecha, debiamos encontrar, y encontramos en efecto, la cabana de Vicenzo, antiguo conocido de alguno de los nuestros.

Volvímos á tomar el camino; esta segunda parte del trayecto fué mas larga y mas penosa aun que la primera.

Las sacudidas producidas por las sinuosidades del camino eran para nosotros tanto mas dolorosas, cuanto que nos hacian pensar en los sufrimientos que debian ocasionar al general.

No le oímos ni un gemido ni una queja.

Enviámos adelante, para mayor certidumbre, á varios individuos

encargados de encender fuegos para guiar la marcha del convoy.

Los que habian tomado la delantera y llegaron primero, formaron como mejor pudieron un lecho de paja cubierto con los capotes.

El convoy llegó á la cabana despues de mas de tres horas de camino.

Era muy entrada la noche; la luna brillaba tristemente.

El silencio era profundo, siendo únicamente interrumpido á intervalos por los ahullidos de los perros de los pastores. En el momento en que llegamos hicimos preparar agua para lavarle las heridas.

Nos pusimos igualmente á hacer caldo con carne de cabra, única que habia. Los médicos empezaron su tarea. Era ya media noche.

Al alba tratamos de hacer una litera mas cómoda y mas sólida.

A las seis nos pusimos en camino para Scylla.

Es inútil hablar de nuevo y largamente del camino. Marchamos casi continuamente de roca en roca, al borde de los precipicios.

Llegados á un grupo de casas que se llama San Angelo, decidimos detenemos media hora, á fin de dejar reposar al general. Los médicos renovaron los apósitos y las lociones; nosotros preparamos é hicimos tomar al general un sorbo de caldo. Sonrió y nos dió las gracias.

Cuando el sol comenzó á hacerse sentir, hicimos una especie de quitasol con ramas de laurel.

En fin, á las dos de la tarde llegamos á la aldea de Scylla.

Creíamos que en la parte superior de Scylla habria preparada una casa donde podriamos depositar al general para que tomase algun reposo. No fué así, y se nos dijo que la casa habia sido preparada en la parte baja y sobre la misma playa.

El coronel Pallavicino se habia dirigido á Scylla desde el dia antes (29). Salió á nuestro encuentro. Por él supimos que las instrucciones recibidas del Gobierno eran severas.

El lenguaje empleado en la víspera por el coronel, hacia resaltar aun la mas brutal severidad de las disposiciones gubernamentales.

No se consentia que el general se embarcase en un navío inglés.

No se consentia que le acompañasen los oficiales de que habia dado la lista el dia precedente.

Cuando el general supo esto, no mostró ninguna estrañeza. Dijo solamente con dulzura á sus oficiales: «¡Ah! Me habeis engañado.»

Las disposiciones gubernamentales eran:

Que el general Garibaldi se embarcase á bordo de la fragata *Duque de Genova* con su hijo.

Que no podia ir acompañado mas que de diez oficiales.

El general no quiso descansar en la casa que habia sido preparada para él. Prefirió embarcarse al punto.

La fragata estaba pronta á hacerse á la vela.

Se dió aviso de enviar las lanchas. Las esperamos, y esperándolas depositamos la camilla que conducia al general sobre una gran barca atracada á la playa.

El convoy quedó encerrado entre los bersaglieri y la mar.

Al cabo de veinte minutos, las barcas llegaron; los marineros estaban todos armados, como delante del enemigo.

Nos embarcamos dirigiéndonos hacia el buque que nos estaba destinado. Pasamos por delante del vapor *Estrella de Italia*. Hallábase sobre el puente, de uniforme, el general Cialdini, el contra-almirante Albini y varios oficiales superiores. Nadie saludó. Nosotros pasamos sin saludar.

Se dejó ir libremente á la barca que llevaba al general Garibaldi.

El contra-almirante Albini hizo detener á la segunda.

Albini en persona habia venido detrás de nosotros en una tercera barca, para ordenar muy bruscamente, en nombre del general Cialdini, que se las hiciese bajar.

¡Un contra-almirante habia venido de parte de un general á dar órdenes tan importantes!

Nosotros respondimos que la manera rigurosa con que se nos trataba no era conducente, en atencion á que si habíamos subido á la barca, habíamos sido llamados.

El contra-almirante replicó que era necesario ejecutar las órdenes del general Cialdini.

La barca que conducia al general fué elevada por medio de un aparejo, al nivel de la cubierta de la fragata, á cierta distancia, y despues se la hizo pasar sobre cubierta.

El general estaba sentado, teniendo con las manos una cuerda, con la cabeza levantada, dando por sí mismo algunas órdenes para regular la triste maniobra. Los marinos miraban asombrados y admirados.

Un instante mas tarde, nosotros estábamos todos á bordo.

El general tenia consigo:

Los tres médicos, Albanesi, Basile y Ripari, su hijo Menotti, y su amigo Basso.

Los oficiales Bruzessi, Bideschini, Corte, Cattabene, Cairoli, Frigyesy (húngaro), Guastalla, Mancini, Malato, Nullo.

Algunos minutos despues que estuvimos á bordo, llegaron los dos ordenanzas que se habian enviado. Estos dos jóvenes habian observado que el coronel Pallavicino no se habia opuesto á su embarque; el general Cialdini se dignó tambien permitirselo.

La separacion de nuestros amigos fué conmovedora; todos se descubrieron, gritando: «¡Viva Garibaldi! ¡A Roma! ¡A Roma!»

El general saludaba con la mano.

Nuestros amigos fueron conducidos al castillo de Scylla. Se nos dijo que era solamente por una hora: despues debian ser tambien embarcados. ¿Para dónde?

Veremos.

A bordo del *Duque de Genova*, nosotros fuimos tratados con la mas exquisita cortesía.

¿Dónde vamos?

A la Spezzia, se nos dijo.

¿Y despues?

Hay pliegos sellados del gobierno que encierran las instrucciones posteriores.

Firmas del original.

Bruzessi, Bideschini, Corte, Cattabene, Cairoli, Guastalla, Mancini, Ripari, Nullo, Albanese, Turillo, Malato, Basile, Frigyesy y Basso.

En el momento de entrar nuestro número en prensa, se reparte el correo de Cuba.

Nos escriben de Biarritz con fecha del 16:

«Se observa este año que la familia imperial vive mas retirada que lo que acostumbra en semejante estacion. Es cosa sabida que el emperador está de malísimo humor, y ha prohibido severamente que se le hable de Italia mientras se halle en estos baños. Por esto nadie cree que venga Mr. Lavalette, como han dicho los diarios. Dicen que la derrota de Garibaldi ha sido prematura, y que se deseaba que la guerra civil estallase en Italia, para que sirviese de pretexto á la entrada de cien mil franceses, y, por consiguiente, al establecimiento de la Confederacion: ahora predomina el temor de que Ratazzi suelte la carga, y de que no haya un hombre respetable en Italia que quiera recogerla. Este seria un gran apuro para Luis Napoleón, pero lo arrostraria impávido, y sus tropas continuarían, como hasta ahora, ocupando á Roma. El mejicano Hidalgo forma parte de la escasa servidumbre que acompaña este año á sus majestades. Se habla *sotto voce* de algunos síntomas de descontento en el clero, por la tibieza con que ciertos obispos definden la causa del dominio temporal del Papa. Yo sé de un cura que ha dicho sobre esto, terribles cosas á uno de nuestros compatriotas.»

puntos frecuentados por la sociedad que la abandona en la estacion de verano, llevándose consigo sus fiestas, sus exigencias, sus pretensiones, me encaminé á una pobre aldea recostada en la falda de la sierra, que me ofrecia fresca temperatura, ricos panoramas y la dulce soledad que anhela mi agitado espíritu.

Al encontrarme en medio de aquella naturaleza virgen, al admirar á mis piés dilatadas vegas de mullido césped y pintadas flores, al contemplar ante mí la elevada sierra que parecia esconder su cima entre las mismas nubes, y al verme rodeado de sencillos aldeanos que se encaminaban con la aurora á sus faenas y volvian al morir la tarde, con sus aperos y sus mulas de labor, entonando alegres cantares, mi corazon se dilataba, mis ojos se elevaban con reconocimiento al cielo y murmuraban mis labios:

—¡Hé aquí la verdadera dicha! ¡En estos sitios donde todavía se conservan las costumbres de nuestros padres, aquí donde no se enseña á los niños á mentir ni á disimular, aquí donde cada uno vive contento con su suerte, aquí se aprende á conocer á Dios y servirle!

Tal era la exclamacion que á cada instante lanzaba mi alma, y en el mancebo que alegre sacudia la parva, y en la zagala que risueña trasportaba los cántaros, y en el anciano que se quitaba respetuosamente su sombrero de anchas alas al pasar ante la iglesia de la aldea, contemplaba yo otros tantos modelos de virtud, desconocidos en las grandes ciudades.

A los pocos dias de permanencia en aquella pintoresca aldea, conocia á todos sus habitantes, con todos hablaba, y en breve formé parte de la modesta tertulia que en las primeras horas de la noche reunia en su casa el alcalde y pasaban el rato en el invierno jugando á la treinta y una y en el verano charlando en el espacioso portalon.

Era el alcalde hombre que contrastaba con la rústica simplicidad de sus convecinos por su ameno trato, su no vulgar instruccion y sus maneras desembarazadas, fruto de sus frecuentes viajes á la córte; estaba en esa edad en que se tiene experiencia de la vida sin ostentar aun el cabello cano, y á esa experiencia y á su claro entendimiento debia sin duda el considerarse feliz en su pueblo natal con medianos bienes de fortuna; su mujer, señora muy recogida y cristiana; dos niñas hermosas como luceos y su baston de alcalde que manejaba con llaneza y rectitud.

Estábamos una noche sentados en círculo como de costumbre los contertulios, la conversacion giraba sobre diversos asuntos de interés local y entre tanto las niñas del alcalde saltaban sobre mis rodillas distrayéndome con sus caricias: de repente la campana de la iglesia con el toque de ánimas cortó la conversacion general, dándole al punto otro giro.

—A la cama, niñas,—exclamó la alcaldesa, tratando de llevarse á sus hijas.

—Otro poquito, otro poquito,—dijeron á un tiempo las dos.

—Imposible; mañana no podreis madrugar, y ya sabeis que al que madruga, Dios le ayuda.

Las niñas no replicaron; se despidieron de mí con un beso cariñoso, fueron asimismo despidiéndose de los demás circunstantes, y por fin se dirigieron ambas á su padre que las sentó en sus rodillas, las colmó de besos y las dejó marchar, volviéndose las dos desde la puerta á mandar otro beso á su padre en las puntas de los dedos, diciendo:

—Para tí, señor alcalde.

Lo cual hizo prorumpir á todos en una carcajada, haciendo asomar una lágrima de ternura á los ojos de la autoridad.

—¡Qué hermosas!—exclamó uno.

—Retrecherías es lo que ellas saben,—dijo otro.

—¡Son la alegría de la casa!—añadió su padre.

—¡Os harán muy dichosos!—exclamé yo.

—Cierto,—me dijo,—al contemplarlas, comprendo que la dicha no es tan extraña para los mortales, como algunos suponen.

—Sí; para el que como V. tiene la suerte de encontrarla,—murmuró un señor ya machueho y regordete, citado en el pueblo como el mas rico y el mas escéntrico de sus moradores.

—Es verdad, Sr. D. Rufo,—exclamó una señora alta, enjuta, y de expresion desapacible,—no es la dicha para el que la busca, sino para el que la encuentra.

—Tiene razon Gila,—añadió otro personaje, hombre como de unos cuarenta años, pálido, flaco, marido de la señora que acababa de hablar, y eco siempre de sus últimas palabras.

—¡Qué ha de tener!—dijo con suma gravedad otro marido, que, con su dulce mitad, formaba parte de la reunion:—yo me propuse encontrar la dicha, y mi casa es un nido de ventura; ¿verdad, paloma?—añadió dirigiéndose á su consorte, que no le contestó, mientras dos mujeres que á mi lado estaban, murmuraron, no tan bajo que no llegase á mi oido:

—¡Qué zalamerías, y anoche no quedó trasto sano en su casa!

—¡Como de costumbre!

—Pues no, señor,—continuó D. Rufo,—no á todos otorga Dios la dicha que apetece.

Unos negaron este aserto, otros le apoyaron, promoviéndose una acalorada discusion, en la que solo dejamos de tomar parte, Rosa, muchacha fresca y sonrosada, hija del marido de Doña Gila, y yo. Ella, porque quizá no daba á la cuestion importancia, y yo, porque preferia oír el parecer de los demás. Por fin, D. Antonio, que así se llamaba el alcalde, exclamó terminando la cuestion:

—Es un error. El Eterno no niega la felicidad á ninguna de sus criaturas, siempre que estas, por guia, elijan á la virtud y al buen proceder: ellos conducen á la felicidad, que el Hombre-Dios nos anunció al decirnos: *buscad y hallareis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá.*

Todos lanzamos exclamaciones de alabanza y gratitud, al que nos legó tales frases de esperanza y de consuelo, excepto D. Rufo y Doña Gila. Terminado el dialogo, fuimos despidiéndonos del alcalde hasta el dia siguiente, dirigiéndonos cada uno á nuestra casa.

Al pasar el dintel de la puerta, apercibí mi oído la voz agreste de Doña Gila, que decia á su marido:

—¡El, como es rico!

Y la de D. Rufo, que murmuraba:

—¡Si se comprase la dicha!

Mientras yo, lanzando un suspiro, decia para mí con amargura:

—¡Tambien en las aldeas se miente, se murmura, y se desconoce la bondad de Dios!

II.

Cuantas veces en esas tristes horas en que el espíritu decae y el alma desfallece; en esos dias en que el corazon, presa de amargo dolor, se comprime cual si quisiera robarnos el aliento que nos da la vida; en esos dias en que el pensamiento encerrado en estrecho círculo de dolor da solo cabida á pensamientos tristes, habremos hecho la misma exclamacion que D. Rufo.

¡La dicha no existe por igual para todos!

Siempre nos complacemos en aumentar nuestro dolor.

Suspende en nuestros labios la sonrisa la vista de un espectáculo triste, y al punto nuestra mente recuerda cien ejemplos dolorosos y nuestro espíritu se abate como si nuestros ojos vieran por do quiera solo desdichas.

DICHA COMPRADA.

I.

Hace unos cuantos meses que huyendo del calor que se disfruta en la córte, y no queriendo dirigirme á ninguno de esos

Arranca á nuestros ojos una lágrima, un desengaño de amistad ó cariño, y parece que la alegría huye para siempre de nuestro corazón, que la naturaleza nos niega sus encantos, la humanidad sus consuelos, y hasta el Ser Supremo su visible protección.

¡Tal es nuestra condición mezquina!
 En vez de buscar consuelo al dolor, no perdonamos medio de agravarle; en vez de procurar el remedio que la Providencia coloca siempre el lado del mal, desconfiamos de ella y corremos en pos de nuevas desdichas: ¿quién no ha deseado la voz de la razón cuando era víctima de un dolor violento lanzando acaso la exclamación impía de don Rufo?

¡Si se comprase la dicha!
 ¡Ay! Si en alguna otra ocasión el alma misma que tal exclamación lanzase, se tomara el trabajo de averiguar el origen de la alegría que experimenta, comprendería á qué poco precio se compra el bien que llamamos dicha.

Entonces apreciaría la sabiduría del Eterno que supo crear junto á las plantas venenosas yerbas que dan la salud, y al lado del jaramago, pintadas flores, dándonos inteligencia para que las distingáramos y busquemos.

¡Feliz el que encuentra en sí mismo valor y fortaleza para ir poco á poco apartando el jaramago y cojiendo las flores con que Dios sembrara su camino! Si en su precipitada marcha confundiera todas las plantas hollándolas bajo su pié, suya sería la culpa de que su ambiente carezca de perfumes, y no recreen su vista los matices de las flores.

III.

A las pocas noches estábamos todos como de costumbre, reunidos en casa del alcalde, y muy preocupados con un suceso acaecido en el pueblo aquel mismo día.

—¡Infeliz! exclamaba la compasiva mujer de D. Antonio.

—¿Pero cómo le dieron con tal precipitación la noticia?

—Por ignorancia, por aturdimiento: al ver á Pedro tendido en el campo, víctima de mano alevosa, no reflexionaron que su mujer, que el día antes había dado á luz una niña, no podría resistir la noticia de su desgracia, y en efecto, hace media hora que yo salí de allí y no había esperanza de salvarla.

—¡Pobre esposa!
 —¡Pobre madre!
 —¿Y la niña?

—La niña,—continuó el alcalde,—se ha hecho cargo de ella una vecina que está criando y la alimentará en tanto que se la envíe á la inclusa, si Dios, como es creible, la priva de su madre.

—¿A la inclusa!—exclamaron algunas mujeres.
 —¡Pobre María!—añadió Rosa.
 —¿Y la mandarán á la inclusa?—continuó indignada la mujer del alcalde.

—¿Y qué hemos de hacer, hija mía? Hoy ha sido uno de tantos días en que el cargo que desempeño hace asomar las lágrimas á mis ojos. De buena gana recogería á la pobre recién nacida, pero tengo dos hijas, pocos bienes de fortuna; y, habré de ser para ese angelito alcalde sin corazón.

—¿A la inclusa! Mas valía que Dios se la llevara también.
 —Hé ahí lo que yo decía la otra noche,—exclamó con amargura el señor regordete á quien llamaron D. Rufo,—esa pobre niña que apenas viene al mundo pierde á su padre y á su madre, que tendrá que deber á la caridad el pan que coma, ¿cómo podrá encontrar la dicha aunque la busque con afán? Vivirá siempre sola, sin padres, sin familia....

—¡Ay! Sr. D. Rufo, no es siempre la familia la que da la dicha,—exclamó con su tono áspero doña Gila,—si Dios la dejara bienes de fortuna....

—¿Qué había de hacer con ellos á su edad? ¿Su padre hubiera sido la mejor fortuna para ella!
 —Por el contrario,—dijo Rosa con naturalidad,—yo creo que su madre será el mejor tesoro que Dios puede dejarle todavía.

—Cierto, cierto,—exclamamos todos á tiempo que entró un mozo con aire cabizbajo, y dijo al alcalde:
 —D. Antonio, vengo á decirle á V. de parte del señor cura, que vaya á casa de la Isidora á hacerse cargo de lo que hay allí, porque ella acaba de reunirse con su marido en el cielo.

Un silencio general acogió estas palabras: el alcalde tomó su sombrero y su bastón y salió con el emisario mientras Don Rufo decía:
 —¡Pobre huérfana!
 —Y doña Gila:
 —¡Pobre del que no es rico!

IV.

Todos aguardábamos melancólicos la vuelta del dueño de la casa, que se verificó bastante adelantada la noche.

—¿Qué hay?—exclamamos al verle aparecer.
 —Lo que había: que los dos esposos están en el otro mundo y la huérfana confiada por su madre moribunda á la clemencia de Dios.

—¿Cómo!
 —Pocos momentos antes de morir, la moribunda, dicen que pronunció estas palabras: «Velad, Dios mío, por mi pobre hija.»

—Dios la habrá oído,—dijo entonces la mujer de D. Antonio enjugando sus lágrimas,—porque Isidora fué siempre buena hija.

—¿Y buena esposa!
 —¿Y buena madre!
 —¡Dios recompensará en su hija sus virtudes!
 —¿Y á donde vaya esa niña llevará la felicidad.

Estas exclamaciones fueron simultáneas, y despues de un momento de pausa, nos despedíamos todos, cuando una de las señoras que allí había, exclamó:

—Buenas noches, D. Antonio y busque V. padre á esa huérfana.

—Yo, señores!—repuso el alcalde sonriendo.
 —Nadie como V. está en el deber de hacerlo,—añadió Don Rufo con jovialidad: ¡es V. el alcalde!

—¿Si? Pues mañana prometo á V. habérsele buscado;—continuó despues de un momento de reflexión el alcalde.
 Todos celebramos el proyecto, y á la noche siguiente dijo D. Rufo:

—¿Ha buscado V. padre á la criatura?
 —Sí, por cierto;—replicó con acento firme el alcalde.
 —¿Y quién se encarga de tan buena obra?
 —¿Quién servirá de padre á un huérfano?
 —¿Quién enjugará las lágrimas de un angel?
 —¿Y merecerá la bendición de Dios?—preguntamos con anhelo.

—Una persona que es desgraciada, porque con toda su fortuna no puede comprar el cariño de una familia,—dijo D. Antonio:—una persona que blasfema de la vida, porque no tiene á su lado un ángel que se la embellezca: nuestro amigo Don Rufo.

Todos fijamos en él la vista con sorpresa, mientras Don Rufo, saltando casi del asiento, exclamó:

—¿Yo? ¿Yo que no me he casado por no sufrir las impertinencias de una mujer y los lloriqueos de un chiquillo? ¡V. tiene sin duda gana de broma!—replicó un tanto amostazado.

—No, en verdad; pero despues de meditarlo mucho, me he convencido de que solo V. puede en el pueblo hacer esa obra de caridad. V. que no tiene familia....

—Porque no la he querido.
 —Y que es rico....
 —A nadie le importa.
 —V. que no es feliz....

—Por lo mismo, no puedo hacer feliz á otro.
 —¿Con que es decir que V. se aventuró á preguntar á la alcaldesa?.....

—Nunca, nunca;—contestó secamente D. Rufo.
 Nadie se atrevió á replicar, y solo Rosa, la hermosa niña que ya conocen nuestros lectores, exclamó:

—¿Con que irá á la Inclusa?
 —Hija mía, he hecho cuanto ha estado en mi mano para impedirlo.
 —¡Infeliz!
 —¡Angelito!

—¿Y entre todos, la dejan Vds. salir del pueblo?—insistió la jóven.
 Un silencio general acogió estas palabras.

—Pues bien,—continuó Rosa con un arranque generoso;—yo la recogeré.
 —¿Tú!—exclamaron todos los circunstantes.
 —¿Qué estás hablando?—exclamó fuera de sí su madrastra.

—¿Eres tú rica, acaso, para encargarte?.....
 —Trabajaré, y Dios nos protegerá á las dos.
 —No hagan Vds. caso de esta chiquilla;—exclamaba con su voz áspera Doña Gila,—no sabe lo que se dice: es una local!

—Sí, sí; es una local,—repitió su padre, eco siempre de las palabras de su mujer.
 D. Antonio, dominando la situación, exclamó pausadamente:

—Tú, hija mía, no puedes encargarte del cuidado de esa niña, porque tiene necesidades que no puedes satisfacer: tú no puedes pagar una nodriza: pero Dios recompensará desde su altura tu noble resolución, por mas que no la realices.

Con esto acabó la conversacion, y todos salimos sin el órden que acostumbrábamos, murmurando unos:
 —¿Vaya á la inclusa!
 Y otros:
 —¡Pobre expósita!

D. Rufo fué el único que, como si el sacrificio que de él se exigía le hubiese anonadado, guardaba profundo silencio; pero sus vagas miradas, su abatido semblante, demostraban que su alma no estaba tranquila, y su mente participaba de la preocupacion general.

V.

Un cielo azul, un sol radiante, y una brisa de Janio refrescada en la cima de la sierra, llegó á la mañana siguiente á consolar nuestro ánimo, y las flores entreabriendo sus hojas bañadas de rocío, las aves saludando á la aurora con sus mas cadenciosos trinos, la naturaleza, en fin, ostentando todos sus encantos, parecía querer cubrir con un bello manto los dolores de la vida.

Preocupada con la conversacion de la noche anterior y con la suerte de la pobre huérfana, dejé temprano el lecho y á primera hora salí de casa, dirigiéndome á la campiña sin mas compañía que mi sombrilla y un libro.

Embebida estaba en mi lectura cuando sentí pasos al lado mio; levanté la cabeza y ví á D. Rufo.

—¡Hola! se ha salido á disfrutar el fresco de la mañana? Espere que él habrá devuelto á V. la tranquilidad, dije sin poder disimular una sonrisa.

—Sí, señora,—repuso mi interlocutor un poco turbado y añadió:—cierto es que anoche me exalté algo, pero hay proposiciones....

—En efecto,—dije prestándome gustosa á rehabilitarle á mis propios ojos;—¿hacerse cargo de un niño!
 —Eso es,—repuso vivamente;—cargar con.... y no es que yo tenga mal corazón, no señora....

—Así lo creo, y estoy segura de que si solo se hubiera tratado de un donativo, de un desembolso....

—¿Cómo?
 —Sí, por ejemplo, le hubieran á V. propuesto pagarle la nodriza, única cosa que necesita por ahora....

—Tiene V. razon, eso hubiera sido lo de menos, pero luego que corra, que chillé, que no me deje trasto sano....

—Cierto, los niños dan muchas incomodidades, pero en cambio, los beneficios que se les hacen, se encarga de recompensarlos Dios.

—Despues de estas palabras, me despedí, dejando pensativo á mi interlocutor, que así que se separó de mí, corrió á casa de la nodriza provisional de la huérfana, la cual presentándole la recién nacida, exclamó:

—¿Yo ya he dicho que no puedo tenerla mas que hoy!
 —¿Y qué vas á hacer con ella?—repuso alarmado D. Rufo.
 —Toma, que dispongan, yo no tengo obligación....

D. Rufo sacó una moneda del bolsillo y dijo:
 —Toma, y cuidala ocho dias mas por mí.
 Y como la niña le tendiese casualmente sus bracitos, D. Rufo huyó bruscamente como si quisiera esquivarse á una influencia fatal.

Ignoro lo que haría despues, pero de seguro vagó por el pueblo ó por el campo sin direccion fija, hasta las once, hora en que se dirigió á casa del alcalde.

—¿Qué le trae á V. por aquí?—repuso este con jovialidad.
 —Pasaba casualmente, y... digo mal,—añadió variando de tono,—vengo á decirle á V. que quiero pagar la nodriza á la chica de la Isidora.

—¡Ah! por fin;—dijo D. Antonio sin poder disimular su alegría.
 —No, no por fin; yo no haré mas que pagarle la nodriza y despues que ella se la busque como pueda.

D. Antonio no pudo menos de sonreír al ver que queria que una niña de año y medio se buscara la vida, cuando llegó á distraer su atencion su mujer, que entraba seguida de Rosa.

—Mira,—exclamó la alcaldesa,—á ver cómo arreglas lo de la niña, porque Rosa está resuelta á cuidarla, y es una vergüenza que la niña salga del pueblo por falta de nodriza.
 —Pues ya está todo arreglado,—dijo D. Antonio;—de la nodriza se encarga D. Rufo.

—¿De veras?
 —De veras,—exclamó el interrogado con orgullo.
 —¡Ay! qué gusto,—exclamó Rosa,—yo me llevaré á la nodriza á mi casa y yo cuidaré de mi niña.
 —¡Eh! poco á poco, chiquita; quien va á pagar á la nodriza soy yo, y en mi casa es donde debe vivir.
 —A V. no le gustan los niños.
 —Es verdad, pero ese todavía no da guerra, y además eso de que parezca que depende de ti....
 —¿Y qué importa? ¿No voy yo á ser luego su madre?
 —Su verdadero padre será siempre yo, que la recojo ahora.

—Pues bien,—insistió D. Antonio,—hágase V. cargo por completo de la huérfana.

—No, lo que es eso...
 —Hé ahí lo que yo decía,—añadió Rosa.
 —Pues llévatela tú desde ahora mismo.
 —¿Yo no puedo!—dijo la muchacha con pesar.
 —Pues ya ves como yo seré su padre.
 —Pero si yo me obligo á cuidarla, á velar por ella...
 —Pues bien, vente á cuidarla á mi casa.

Una carcajada de la muchacha, D. Antonio y su mujer hicieron conocer á D. Rufo que había dicho una tontería.

—Es verdad,—dijo,—ya veo...pero no importa yo llevaré quien la cuide.
 Ante esta resolución nada había que oponer, y solo Rosa dijo con los ojos arrasados en lágrimas.

—Eso no es justo: yo he pretendido la niña cuando todos la desechaban.
 —Pues bueno, vente á cuidarla á mi casa.
 —¿Y cómo he de ir? V. es soltero y todo el pueblo murmuraría.

—Todos saben que á mí no me gustan las mujeres.
 —Vaya una cortesía!
 —Nada, no la cuides, la cuidaré yo.
 —¡Nunca! Aunque tenga que buscar dinero por todo el mundo....

—¿No te la cederé, aunque tenga para ello que casarme!
 —¿Casarse V.!—exclamó la muchacha, riendo de nuevo.
 —¿Tan difícil te parece?
 —¿Casarse V.!

—Pues me casaré con quien cuide á mi niña.
 —Falso, nadie la cuidará mas que yo.
 —¡Bravo!—exclamó D. Antonio;—cásense Vds. los dos.

Ambos miraron asustados á D. Antonio, y exclamó Rosa, lanzando una carcajada:
 —¡Qué barbaridad!
 Mientras, D. Rufo, por toda contestacion, volvió la espalda, lanzándose fuera del cuarto y de la casa, como si alguien le persiguiera.

VI.

Dos meses habían trascurrido desde el día que tuvo lugar la escena que antecede, cuando amaneció uno en que yo debía volver á la córte, dejando aquellos sitios, para mí de paz y de ventura.

¡No hay partida que no sea dolorosa; no hay despedida que deje de arrancar una lágrima! Al abandonar los sitios en que nuestro llanto ha corrido con abundancia, experimentamos una tristeza vaga: ¡quizá con aquellas lágrimas sepultamos allí nuestra alegría ó nuestra juventud, y nos alejamos con amargura del sepulcro que guarda estas preciosas cenizas! Al despedirnos de otros, donde disfrutamos horas tranquilas, nuestra alma se estremece, como si la llevara en busca del dolor.... ¡No hay despedida que deje de arrancar una lágrima!

Amaneció, pues, el día en que yo debía derramarla, al dejar aquella risueña aldea, donde el mas leve pesar no había alterado mi alegría, y desde muy temprano aquellas gentes sencillas acudieron á darme pruebas de su ingenuo cariño, permaneciendo á mi lado hasta mi partida, las que estaban unidas á mí por mayor amistad. En este número se contaba la familia de D. Antonio, y alguna otra.

Estos se constituyeron á mi lado, y á él permanecían, cuando llegó el vehículo que había de trasportarme á la ciudad cercana, de donde salía diligencia para Madrid. El vehículo consistía en un carrito cubierto, semejante á los que usan en el reino de Valencia.

Despidiéndome estaba yo de mis buenos amigos, cuando entró la agreste Doña Gila, con su paciente marido, que llegaban muy agitados, á fin de detenerme unos minutos.

—¡Espérese V., espérese V.!—exclamó Doña Gila;—Rosa viene enseguida.
 —Si, en seguida,—murmuró su marido.
 —Solo que los chicos dan mas guerra.... ¡Dígole á V. que hay gustos que merecen palos!

Todos nos dirigimos significativas miradas, que eran otras tantas acusaciones al mal carácter de Doña Gila, cuando llegó Rosa, fijando todas las miradas.

Llegaba Rosa hermosa y risueña como la verdadera rosa de mayo, y mas compuesta que de costumbre, porque todas las prendas que la adornaban, aunque modestas, parecían formar parte de un equipo muy nuevo. Rosa ostentaba con orgullo á su lado una mujer que daba el pecho á una niña envuelta en lujosas mantillas y ambas mujeres iban acompañadas de un hombre conocido en el pueblo por sus muchos doblones y sus muchas excentricidades. La mujer que acompañaba á Rosa era una nodriza, la niña que tenía en sus brazos la huérfana María, el hombre que las acompañaba era D. Rufo marido de Rosa hacia un mes.

—¡Gracias á Dios! Esclamé abriendo mis brazos á Rosa.
 —He estado avinando á esta chiquilla, dijo volviendo con ternura los ojos á la niña.
 —¿Y cómo le vá á V. con la niña? dijo á D. Rufo la alcaldesa.

—Con las dos niñas! añadió maliciosamente D. Antonio.
 Rosa bajó los ojos ruborizada, y D. Rufo repuso con verdadera emoción estrechando la mano que D. Antonio le tendía.

—Hace un mes que no conozco el hastío.
 —Es que mi niña, como yo dije, lleva consigo la felicidad, exclamó Rosa.

—No lo creas, dijo la mujer de D. Antonio, es que su madre vela por vosotros desde el cielo.
 —¿Tampoco: dijo entonces D. Rufo; es que he sabido comprar mi dicha.

—Cierto, repuso D. Antonio con profunda convicción, quien busca encuentra.
 —¿Hay personas que no encuentran nunca! dijo doña Gila con voz chillona á la que hizo eco un suspiro de su marido.

—Es que esas personas no habrán sabido buscar.
 —Cierto, añadió D. Rufo; nadie como yo puedo afirmar la verdad que encierran aquellas divinas palabras. Buscad y hallaréis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá.

Tras estas consoladoras frases, partí estrechando la mano de mis amigos y hoy tan solo guardo de aquella pintoresca aldea el recuerdo de este sencillo episodio que mantiene vivo en mi memoria un ejemplo palpable de que la única moneda que sirve para comprar la dicha son las buenas obras.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Editor, don Diego Navarro.